Cosas que pasan en esta ciudad

TERESA RIBELLO

UNIVERSO de LETRAS

Cosas que pasan en esta ciudad

TERESA RIBELLO

UNIVERSO de LETRAS

Cosas que pasan

en esta ciudad

Teresa Cabello Rebollo

Cosas que pasan en esta ciudad

Teresa Cabello Rebollo

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Teresa Cabello Rebollo, 2022

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2022

ISBN: 9788418855436

ISBN eBook: 9788418855917

A todas las personas que cada día pasan por mi vida, regalándome algo nuevo.

Prólogo

He querido representar en estas páginas una serie de vidas e historias, describiéndolas como retrato de una semblanza, no solo de los personajes, sino también de la misma ciudad.

Mi propósito, de alguna manera, es que el lector sienta distintas emociones al ir conociendo cada historia o personaje. Que simpatice, deteste, admire o se vea reflejado con las distintas personalidades que aparecen a lo largo de toda la obra.

La causa para proponerme escribir este libro fue como un tañer de campanas que me empujó, como a muchos artistas les pasa, a recoger y organizar una serie de vivencias, casi todas ellas plasmadas con un carácter entusiasta y positivo. Aunque también hay ciertas manifestaciones, como en la vida misma, de aflicción y tribulación.

Si me he extendido con algunos personajes más que con otros, no ha sido por ningún motivo en especial, porque todos se merecen la misma distinción y todos tienen algo que ofrecer a las historias que se cuentan.

Cosecha de ciruelas

La frutería de la plaza estaba repleta de gente, pero claro, no era una frutería cualquiera. A ella llegaba todas las mañanas lo mejor de lo mejor. Y no tenían que ir muy lejos a por el género. Este pueblo daba para todo y, cómo no, poseía una tierra idónea para cultivar múltiples variedades de verdura y fruta.

Por fin le tocó el turno a Raúl.

—Buenos días, Raúl, usted dirá.

—Buenos días, me parece que por la pinta que tienen, me voy a llevar dos kilos de manzanas rojas y un canónigo.

—Me parece estupendo. ¿Hoy no te llevas naranjas? —dijo la frutera.

—No, tengo de sobra en casa.

—¿Y tus padres?

—Se encuentran bien, con alguna que otra molestia por aquí y por allá, pero bueno, lo típico de la edad.

Raúl era hijo único, y aunque tenía ya 40 años, aún vivía en casa de sus padres. No podía permitirse comprar una casa, porque aunque trabajaba como periodista, solo le salían chapuzas de corta duración. Ya estaba harto de que le preguntaran por sus padres haciendo alusión de que todavía vivía con ellos.

El mundo del periodismo no es tan fácil como parece. De las universidades salen muchos graduados en Periodismo, pero luego hay escasos puestos de trabajo disponibles. Él tiene claro lo que quiere hacer. Quiere optar por el empleo público y, para ello, se prepara unas oposiciones específicas para graduados en Periodismo y así poder trabajar en el Departamento de Prensa y Comunicación del Ayuntamiento de la ciudad, donde actualmente trabaja

temporalmente y donde empezó como reportero e informando sobre noticias de la zona para la televisión local.

Como de costumbre, se prepara su desayuno, conversa un poco con sus padres y se pone de nuevo manos a la tarea para estudiar. Es un poco fastidioso, pero si quiere ser fiel a perseguir sus sueños, no le queda otra.

Esta tarde había quedado con unos colegas para la maquetación de un trabajo sobre la recolección de la ciruela, aunque todavía le falta la parte más importante, que es la entrevista, pero aun así, él se verá con ellos para dar unos últimos retoques y después proseguir con la entrevista.

Una vez que llegó al lugar de trabajo, ya estaban los compañeros allí. Le recibieron con gran interés. Era un proyecto de un gran interés por parte todos los miembros del equipo. Ellos siempre actuaban con gran inclinación hacia sus trabajos, pero quizás este les había llegado como más de su agrado.

El texto era el adecuado, los titulares estaban bien subdivididos, las fotos con su pie de fotos descriptivos y el crédito del fotógrafo. Algunas ilustraciones, varios boxes o cajas, encabezados y pies, cómo no, los espacios para publicidad, espaciamiento y tipología. Todo listo.

Mañana a primera hora Raúl ya había acordado verse con Pedro Ramírez, el cual le daría todos los pormenores sobre el cultivo y cuidado de la ciruela.

El agua salía demasiado fría de la ducha. En esta época del año a Raúl ya le gustaba el agua tal y como salía del grifo, pero desde luego no tan fría como la que tuvo que soportar esa mañana.

—Vaya, otra vez roto el calentador de agua. No puede ser...

Mientras se duchaba, pensó en que no se le podía pasar ni una de las preguntas que estaba previsto hacerle al Sr. Ramírez aquella mañana.

Se puso la ropa y el calzado adecuado, hizo un desayuno bastante completo, compuesto de leche, cereales y fruta, tal y como a él le gustaba; y allá que se fue hacia el campo.

El Sr. Ramírez le estaba esperando a las diez de la mañana, hora acordada, en el portón de entrada al gran terreno que poseía a las afueras de la ciudad.

—Buenos días, Sr. Ramírez, está fresca la mañana, ¿eh?

—Buenos días, Raúl, sí, un poco fresquita sí que está..., pero en la época que estamos es apetecible. Le voy a preguntar una cosa. Usted me dijo que esta entrevista iba a tener un fin sola y exclusivamente informativo y explicativo. Entonces, ¿de alguna manera saldría algún dato o referencia relativo a mi terreno, mi producto o mi identidad? —preguntó pensativo el labrador.

—A ver, Sr. Ramírez, yo me voy a limitar a informar sobre el producto, su siembra, crecimiento, cuidado y recolección, pero por supuesto, también voy a hacer referencia a la fuente de esa información, que ha sido usted. Y cómo no, daré a conocer a quién pertenece el terreno y el fruto.

—Perfecto. Aunque al final, me van a dar lo mismo en el mercado...

—Bueno, si nos ponemos así... Pero nunca está de más promocionar un poco lo que es de uno. A ver, Sr. Ramírez, ¿cuántos kilos viene produciendo aproximadamente su cultivo?

—Pues esa es una pregunta un poco difícil de contestar, puesto que no siempre se produce lo mismo. Este año se prevé que haya una buena cosecha, de más o menos veinticinco mil kilos.

—Bueno, es que tiene usted parcela que da para eso y mucho más.

—Aunque le tengo que decir que lamentablemente es el agricultor el que se lleva la peor parte, como usted sabrá.

—Sí, lo sé y es una pena que sea el que más trabaje, el que tenga que cargar con la tarea más dura y que al final no consiga un beneficio acorde con el esfuerzo realizado.

—¿Qué tipo de ciruela es la que normalmente usted cultiva?

—La damascena y la mirabel.

—¿Me podría decir la diferencia entre una y otra?

—La damascena es de color morado y forma oval y la mirabel es redonda y amarilla. La mirabel es mucho más dulce.

Raúl terminó de hacerle las últimas preguntas para su reportaje.

—Como última cuestión le quisiera hacer una pregunta que creo que es importante. ¿Es un cultivo difícil de llevar para un agricultor? ¿Es una planta que requiere muchas exigencias hasta llevarla a buen término?

—Sí, es fácil de cultivar, resiste muy bien las bajas temperaturas y sus flores son bastante resistentes a los cambios de las mismas.

Cuando Raúl terminó su entrevista agradeció muchísimo la labor prestada por el Sr. Ramírez y, augurándole una próspera cosecha, se despidió de él.

«Este trabajo es fascinante, cada día me interesa más. Hoy he tenido la suerte de conocer más de cerca el campo y la gente que trabaja en él. ¿No es maravilloso introducirte cada ocasión en mundos distintos?».

La vuelta en el coche, aunque conducía un todoterreno, no fue nada fácil, ya que había bastante barro en el suelo por haber estado lloviendo estos días atrás. El camino estaba realmente fangoso. El vehículo se quedó detenido en dos ocasiones en el barro. Si no llega a ser porque aparecen dos personas para empujar el coche, no hubiera podido salir de allí. Y eso que era un todoterreno. Había llovido mucho.

—Trabajo terminado.

—¿Qué tal esta mañana? ¿Fue difícil llegar? —dijo su compañero de redacción, ya en la oficina.

—No hubo dificultad, tan solo a la vuelta, con el carril lleno de barro... Terminé de hablar con este señor. Por cierto, un tanto misterioso, por la forma de expresarse y vestirse. Vive solo en su finca y tiene una extraña forma de comportarse. La ropa sucia, y por el olor, le debe gustar el alcohol, pero luego se le ve muy entregado a su trabajo. Debe de haber tenido un pasado un poco sombrío.

—En este trabajo nos encontramos con todo tipo de personas, solo hay que tener prudencia, amigo. ¿Hasta qué hora estás hoy? —añadió su compañero.

—Hasta las tres —contestó Raúl.

—Es que llamó tu novia esta mañana a la oficina. Me dijo que estaría en casa.

—Gracias.

Raúl salió de su trabajo un tanto receloso de pensar en la rutina que le esperaba cuando llegara a casa. Su madre había sufrido una caída en una pequeña excursión que había realizado con un grupo de amigos.

Raúl y su familia vivían en una humilde casa en el casco antiguo de

Brento. La zona no era de las más apetecibles para vivir, pero su familia siempre había sido de pocos recursos —su madre costurera con un bajo sueldo y su padre repartidor de pan—, con lo cual no reunían lo suficiente como para buscar algo que estuviera más cerca de la costa o de las principales calles. Por allí pasaba todo tipo de gente, tanto gente honesta como personas de dudosa reputación. La verdad es que a veces no apetecía mucho pasar por allí, dependiendo de la hora que fuese. A partir de las siete de la tarde —horario de invierno— ya no era recomendable.

Una vez, mientras el padre de Raúl estaba leyendo el periódico, como de costumbre, en la antigua cafetería situada en la misma calle donde vivían, aparece de repente un encolerizado tipo empuñando una navaja y apuntando hacia uno de los que había allí, que por lo visto era su cuñado; y todo por motivos de venganza y envidia.

Afortunadamente ese día no pasó nada, ya que la policía apareció a su debido tiempo.

Menudos malos ratos se llevan a veces los habitantes de este barrio. La mayor parte de las veces son casos que nunca llegan a ser situaciones demasiado graves. Es más que nada la forma de ser y actuar de algunas personas. Ya se ha convertido en la idiosincrasia del barrio.

—¿Quién me habrá mandado montar la cafetería en este sitio? ¡No llegara un vendaval y se llevara toda esta escoria junta! Sería todo distinto —exclamaba el dueño de la cafetería.

***

Llega a la mercería de la Sra. Sánchez un señor con un mapa en la mano.

—Buenos días, señora, estoy buscando la calle Violeta.

—Pues justamente está usted en ella. ¿Qué busca concretamente? —dijo la señora.

—Es el portal 6.

—Sí. Este es el 3 —dijo ella.

—Sería entonces la acera de enfrente, un poco más para allá. Gracias, señora.

El repartidor de la empresa de transportes avanzó hacia el portal donde vivía Raúl. Cuando llegó a su puerta, esta estaba entreabierta, pero al no ver a nadie, tocó el timbre. Al fin salió Raúl, firmó el justificante y cogió el paquete.

—Mamá, ha llegado un envoltorio para ti.

—Sí, lo estaba esperando.

—¿Me puedes decir lo que es? Es que llevas ya de un tiempo a esta parte solo recibiendo paquetes y no comentas nada. Creo que debería estar un poco informado, porque por una razón o por otra, convivo con vosotros.

—Ah..., no te preocupes, son historias mías...

—Historias tuyas... Y ¿cuándo has tenido tú historias así, en secreto?

—Bueno, vale, me encanta leer. Hace tiempo que descubrí la lectura y eso me hizo inscribirme en un club. Este último envío es para Olga, que también quiere hacerse socia.

—Me parece muy bien. Bueno, voy a coger el chubasquero, que quiero hablar con ella. Me llamó esta mañana. Hasta luego.

—Hasta luego, hijo. Ten cuidado con el suelo resbaladizo. Ya de paso le dejas el envío. Acuérdate que esta tarde tendrás que

hacerme algunos recados y ayudarme en casa en algunas tareas. Ya estoy algo mejor, pero aún me veo convaleciente.

Metió el libro en una bolsa y fue en busca de su moto hacia la casa de Olga, su novia.

Por el camino se veía plácidamente cómo el sol se asomaba entre las nubes llenas de agua y producía un brillo con un dorado especial sobre la playa.

Las tardes en Brento eran siempre hermosas de contemplar. El paisaje era apropiado para ello. Una de las cosas más bonitas de presenciar eran las puestas de sol en la playa. Numerosos turistas o también residentes se iban a la orilla o a los cafés que había instalados a lo largo de toda la costa, desde Los Pedregalejos a los Baños de San Martín, para no perderse el gran acontecimiento que para muchos significaba ver ponerse el sol. Hoy, precisamente, no era el día más acertado para tal evento natural, ya que los nubarrones, típicos de esta época del año, persistían con su presencia y además lloviznaba, con lo cual la gente era un poco más reticente a salir.

En el trayecto hacia la casa de su novia, Raúl, con su camiseta al viento, vio cómo un grupo numeroso de gente corría y se amontonaba en la orilla para ver cómo socorrían a un hombre mayor, que al parecer lo había tenido difícil para sobrevivir en medio de las agitadas aguas que ese día les había tocado aguantar a los bañistas. Raúl se detuvo un poco, pero no con mucha dilación porque sabía que le esperaba Olga, y a lo mejor no con mucho agrado, pues estos días atrás no habían sido los mejores para la pareja. Había habido discusiones, desavenencias y desacuerdos, por motivos diversos; y no estaba la cosa como para andar echando cohetes. Salió como una flecha, pensando en cuál sería el motivo de su llamada.

—Vaya, has llegado.

—Pues sí, si no me hubieras reconocido, tendrías que ir al oculista —dijo Raúl en un tono repelente.

—Raúl... ¿Vamos a seguir así siempre? ¿Es que va a ser ese tu sello de identidad en nuestra relación? ¿También eres así con el resto de la gente? —dijo Olga.

—Vale, ya, ya. No tengo ganas de discutir hoy, ¿sabes? ¿Qué es lo que querías? ¿Por qué me llamaste hoy?

—Nada..., tenía ganas de hablar contigo, aclarar algunas cosas y poner fin a esta situación. Me he sentido abandonada en todo este tiempo en que no has querido estar conmigo. Últimamente siempre discutimos por todo cuando nos vemos —dijo Olga decepcionada.

—Por algo será, ¿qué motivos te he dado yo?

—Ah, es que claro, no lo reconoces; pero te veo vanidoso y prepotente, no solo conmigo, también con los demás, incluidos mis padres y todas mis amistades. Y si hay algo que no soporto es a una persona con esas características. El otro día, en la conversación que mantuvimos con Lucía y Santiago, me dejaste como una persona insignificante, cuando hablábamos sobre aquellos africanos que nos encontramos en la montaña el fin de semana pasado. Y eso me dolió bastante. Me hizo mucho pensar sobre ti y nuestra relación.

—Solo dije que me parecía un poco extraño ver a un grupo de personas totalmente distintas a nosotros con un comportamiento bastante sospechoso, o ¿no te parece sospechoso el hecho de estar merodeando cerca de nosotros durante un buen rato?, o esas conversaciones que mantenían entre ellos al mismo tiempo que nos miraban...

—La verdad, yo no le di importancia —dijo ella.

—Pues yo, si llega a haber un agente de policía cerca, quizás le hubiera advertido.

—Vale, pero todo eso no es motivo para que me tuvieras que infravalorar ante mis amigos. Nuestra historia de amor tiene ya más

de un año de duración y es hora de plantearnos nuestra relación.

—¿Qué te parece si nos vamos a la playa o al bosque para hablar? Por cierto, este envoltorio es para ti. Me lo ha dado mi madre... Conque te has unido al club. Yo creo que deberías arreglar primero el desorden que tienes siempre en tu casa, trabajar un poco menos, ir a menos fiestas y así sacarías un poco más de tiempo para leer.

Esto último fue lo que colmó el vaso de la paciencia de Olga, ya que todo lo que le dijo y en el tono en que se lo dijo perjudicaba a su honor y eso sí que no lo iba a tolerar.

Después de estar un buen rato en controversia y a pesar de todo, ella accedió a dar una vuelta por la playa. Cuando al fin parece que la calma y el sosiego hacen acto de presencia entre los dos, pasan por delante de un quiosco de flores, de los que siempre hay instalados en el paseo, y se detienen. Raúl quiere obsequiarle con un clavel rojo; sí, entre tantas flores, escoge un clavel porque él sabe lo que simboliza y se lo manifiesta a ella. Para él, el clavel simboliza la pasión y el romance, dos cosas que se hallaban entre los dos, pero que la personalidad de cada uno a veces hacía que las cosas no funcionaran.

—¿Lo quiere con alguna tarjeta? —preguntó el corpulento vendedor, con una gran sonrisa en la cara, dando la impresión de que lo que tenía en su cabeza no era su pelo natural, sino una peluca, por el gran volumen de cabellera que exhibía.

—De acuerdo.

El vendedor añadió a la flor, a través de un finísimo y delicado cordoncillo color dorado, una pequeña tarjeta con el espacio correspondiente para escribir algunas palabras. Raúl parece que no se lo pensó mucho y enseguida comenzó a escribir: «Me encantan, como tú, las cosas que me hacen sonreír. ¿Quieres ser mi pingüino

para siempre?».

Se despidieron del simpático vendedor que se limpiaba la sangre en el dedo, después de haber cogido un manojo de rosas de su estante y envolverlo para una señora que pasaba por allí.

El negocio de las floristerías en Brento se puede decir que es rentable y más por el enclave en el que se encuentran. Hoy en día se ven cerrar pocas floristerías, pero tampoco abrir muchas. Todavía, desde el tiempo que llevo viviendo aquí, no he visto cerrar ninguna. Además, parece un producto barato con un buen margen de beneficio.

Cuando llega el catorce de febrero o el día de la madre, las ventas se disparan y los vendedores se forran.

Estos mercadillos de flores se instalaron a propuesta del propio ayuntamiento, no solo para dar puestos de trabajo, sino para embellecer la ciudad y darle un toque un tanto idealista y soñador. Numerosos visitantes y habitantes acuden a este mercadillo donde se puede encontrar cualquier tipo de flor y producto relacionado con la floricultura. Además, este mercado tiene acceso al muelle de la ciudad. Eso hace que su visita sea aún más atractiva, si se combina con otros lugares de interés.

Ya de vuelta a casa, observaron un gran globo que andaba dando vueltas por toda la costa. Era enorme y todo lleno de un gran colorido.

—Debe ser fantástico montar en globo —dijo Raúl.

—¿De verdad te gustaría? Es un medio al cual nosotros no estamos acostumbrados. Yo por lo menos tengo mis dudas y me pondría un poco nerviosa, ya que es una práctica desconocida para mí —dijo Olga.

—No, pero dicen que es algo muy tranquilo, hasta relajante. Y no creas que vas a sufrir vértigo. Un amigo mío dice que todo

transcurre con suavidad y no hay, al contrario de lo que pueda parecer, vaivenes ni movimientos bruscos, con lo que no tienes que tomar ninguna pastilla para el mareo, ni nada de eso.

—Sí, mi hermana ya se ha subido un par de veces y dice que la mejor hora para subir es al amanecer, que es cuando el viento no entorpece el desplazamiento.

—Ponte bien el pendiente, que casi se te va a caer.

—Gracias. Por cierto, ¿cómo está tu madre con la pierna?

—Algo mejor, pero como el médico le ha dado reposo, hay que ayudarle en algunas cosas.

—Ah, pues mañana podría ir a echarle una mano, porque me he pedido asuntos propios.

—Como quieras. Habla con ella.

***

Menudo cuadro se le presentaba a Raúl al día siguiente. Tuvo que dejar de asistir al trabajo porque le acababan de dar la noticia de la muerte de su tía Adriana. Ella era una persona muy vinculada a su familia desde siempre, aun sabiendo que era una mujer muy dominante y posesiva.

Detrás de la verja de la iglesia ya se encontraban todos los miembros de la familia, esperando llegar al sacerdote que iba a oficiar el funeral. Cada uno con su carácter y particularidad. Algunos con más accesibilidad que otros. Había algunos a los que se les notaba como un espíritu de venganza y malos sentimientos sin causa evidente. Más bien envidia pura y dura.

Hubo que ir a la carrera a comprar un par de muletas para su madre por la dificultad grande que tenía para caminar. Para colmo, a Olga le comunican que no había aprobado las dos asignaturas que le

faltaban para terminar sus estudios.

Desde luego, no ha sido uno de los mejores días para Raúl y a lo mejor mañana tampoco lo será, pero él se fue a dormir, como cada noche, con el optimismo que siempre le había caracterizado.

Amigas incondicionales

Eloísa tiene que ganarse el sustento cada día de la mejor manera posible, ya que tiene a su cargo tres hijos, de ocho, diez y quince años respectivamente. Ella es una mujer separada desde los cuarenta y dos años, por motivos de alcoholismo y malos tratos por parte de su marido. Todo ello le llevó a caer en una situación psicológica bastante extrema. La verdad es que lo pasó mal, bastante mal, cosa que no es de esperar en una chica como ella, reuniendo todas las mejores cualidades que se puedan dar.

Vive sola con sus hijos en el número doce de esta plaza tan singular para mí —después de varios años viviendo fuera, sigue siendo el lugar más bonito del mundo— como es la plaza de Los Cerezos, en pleno centro de Brento. Ahora en primavera, verlos en flor, tan preciosos, es una maravilla, tanto para cualquier visitante como para nosotros, los vecinos, que jamás nos cansamos de observarlos cuando damos un paseo o nos sentamos para charlar en los bancos o simplemente pasamos, cuando tenemos algo pendiente que hacer.

Es una plaza que siempre tiene gente, desde los más mayores, los abuelos o viejecitos —estos siempre están— a los más jóvenes y de mediana edad. Es como si la plaza tuviera poder de persuasión para llamar a los vecinos y nunca quisiera estar sola. A veces, cuando paso, sin querer, me quedo con algunas conversaciones que escucho de diversas personas con las que me cruzo. Algunas, la verdad, son un poco triviales y poco interesantes.

—Me los compré ayer y ya me ajustan una barbaridad en los dedos.

—Sí, algunas veces los zapatos engañan.

—Por lo que se ve, estos no se van a hacer viejos en mis pies.

Uno de los episodios más dolorosos que vivió Eloísa fue cuando su marido llegó a casa con muchas copas de más y trató de levantarla a la fuerza del sofá. De repente siente un golpe fuerte en su cara que la deja paralizada, casi inconsciente. Fue desconcertante. Ella no esperaba tanto. También sufría por sus hijos, que estaban presentes, llorando por todo lo que ocurría. Fue una escena desoladora.

Después, él ha ido repitiendo la misma conducta a lo largo del tiempo. Ella ha venido denunciando todas las agresiones, pero claro, como en todos estos casos, el trámite es bastante lento. Hasta que al fin se recibió una orden de alejamiento. Fue una sensación de alivio y descanso para ella.

La familia de Eloísa ha sufrido mucho junto a ella. La madre no es que no estuviese de acuerdo desde un principio con la elección de Eloísa a la hora de encontrar pareja, sino que siempre tuvo sus reticencias, entre otras cosas, por su forma de ser, su comportamiento un poco sospechoso.

Siempre recordaba las veces que la dejaba colgada cuando le pedía que la llevara al médico, hospital, mercado o cualquier sitio de primera necesidad, o de no tanta necesidad... y tantas otras muchas cosas.

Con su padre también hizo muchas perrerías, como cuando utilizaba expresiones un tanto fuera de tono: «¡Usted se mete en sus asuntos! ¡Déjeme en paz!»; «¡Bueno, pues aquí se va a hacer lo que yo diga! ¿Está claro?». Y todo por el mismo estilo. Al menos, a los niños no intentaba hacer ni decir nada.

Ahora está más tranquila, gracias a Dios, se le ve más relajada y aliviada de todo aquello. Ya sale a la calle con su alegría característica, que transmite por donde quiera que va. Sus hijos también han cambiado mucho, parecen otros. En el colegio han vuelto a ser los buenos estudiantes de siempre, aplicados y obteniendo buenas notas, de lo cual su madre está bastante contenta y orgullosa.

—Mamá, mi profesora dice que podría llegar muy alto en la vida.

—Esfuérzate, Jaime, esfuérzate, tú puedes llegar a donde quieras, al igual que tus hermanos.

—¿Qué profesión crees que podría elegir?

—No sé, hijo. Solo te digo que hagas lo que te guste, que trabajes en lo que sientas pasión.

—A ver...

Después de la separación de Eloísa, su amiga Lara la llamaba todas las tardes para ir a tomar algo a cualquier bar o cafetería de la ciudad y echaban toda la tarde de charla, ellas solas o con más amigas.

La verdad es que Brento es impresionante, no solo de tamaño, también tiene de todo. Está muy cerca de la capital, con lo que para cualquier imprevisto o urgencia les lleva poco tiempo llegar a la misma. No le falta de nada. Dispone de centro de salud, cine, colegios, institutos, hipermercados, grandes parques y muchas cosas más para todas las necesidades. En fin, es una suerte poder vivir aquí.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó su amiga Lara—. Se te ve ya

más animada.

—Bueno, la verdad es que ya todo se va poniendo en su sitio. Ha sido duro, pero ya se puede decir que todo pasó.

—Me alegro, Eloísa. No sé cómo has podido aguantar tanto tiempo...

—Cuando no se puede, no se puede. Nada es tan fácil. Gracias por tu apoyo en todo este tiempo. Te lo agradezco, de verdad. Sé que siempre has estado ahí. No solo he tenido la ayuda de mi familia, sino también la tuya y del resto de las amigas. Pero parece que tú me has escuchado más, no sé, has estado ahí cuando lo he necesitado. Gracias, Lara.

Eloísa, mientras decía estas palabras, no podía contenerse y se le caían las lágrimas sin poder reprimirlas.

Tuvo que dejar el trabajo que tanto amaba, como era el de secretaria en una empresa de automóviles, porque para ejercer ese trabajo no se veía preparada todavía, emocionalmente hablando, y lo intentó con algo un poco más llevadero, acorde con las circunstancias del momento. Por eso solicitó un trabajo de reponedora en un supermercado y se lo concedieron. Allí se siente bastante bien, realizada como persona y muy valorada por los demás.

—Es genial, Lara. Cuando salgo del súper, me da tiempo a recoger a Álvaro y Beatriz del colegio y cuando regreso a casa, Jaime ya ha llegado del Instituto, estamos reunidos en casa otra vez y tenemos toda la tarde para hacer lo que queramos.

Estoy viviendo como nunca, ¿qué le puedo pedir más a la vida? Y pensar que hace seis meses estaba metida en un pozo..., con tantos problemas. Doy gracias a Dios por todo lo que me está pasando, por mi vida.

—¿Ves? Te lo dije, tienes que darle tiempo al tiempo. Las cosas no se arreglan de un día para otro, se necesita de un tiempo para poner cada cosa en su sitio. Yo también he pasado por momentos difíciles, como ya sabes. Tuve que ser fuerte conmigo misma y con la ayuda de mi familia y amigos. Luego, también está la mano de un profesional, que nunca está demás y viene de maravilla en los momentos críticos. Pero, sobre todo, lo más importante es tu fuerza de voluntad. He sacado energía de donde no la tenía para poder salir adelante, y tú bien lo sabes. Anda, vamos a dar una vuelta por la playa y nos relajamos un rato —dijo Lara.

***

Brento es un encanto de ciudad. Por tener, tiene hasta costa, que va desde Los Pedregalejos hasta los Baños de San Martín. En total son cinco kilómetros para disfrutar, cada uno como quiera. Eloísa y sus amistades casi siempre prefieren caminar por la orilla, por eso de que relaja un montón y al mismo tiempo hace desaparecer alguna que otra toxina.

El mar tiene un maravilloso color azul cobalto, y en esta época del año, sus templadas aguas invitan a zambullirse en ellas con gran facilidad.

Este era un día soleado y con temperatura agradable. La brisa corría apeteciblemente por toda la orilla. A lo lejos se podía divisar perfectamente cómo los veleros más grandes y más pequeños navegaban plácidamente por todo el ancho del mar desde una punta hasta la otra.

Había gente andando, tanto por el paseo marítimo como por la misma orilla de la playa, aunque bañistas eran los menos, ya que aún no era temporada alta en la zona, aún era primavera. Así que, viendo la temperatura que hacía, la brisa suave que corría y el estado de la mar, Eloísa y Lara decidieron darse un agradable baño, leer y charlar un rato.

***

Ya por la noche, cansada de todo lo acontecido durante el día, se reclinó en su sillón para tomar una infusión relajante, de esas que a ella le encantan, la cual le hizo volver en sí para programar un poco lo que iba a ser el día siguiente.

Álvaro y Beatriz estaban terminando sus tareas escolares para el día siguiente y Jaime se sentó en el sofá a hojear un libro.

—Jaime, mañana tendré un día un poco ajetreado. A primera hora tengo que estar en el juzgado para firmar unos documentos. Seguidamente me iré hacia el trabajo. Por cierto, mañana tengo que estar también de tarde. No os preocupéis, ya tendremos tiempo después para hablar sobre lo que haya pendiente o alguna cuestión que os haya surgido en el cole o en casa, ¿vale?

—Vale, mamá. Me encantaría poder estar toda la tarde juntos, pero si no puede ser... Un beso, hasta mañana —contestó Jaime.

—Hasta mañana, hijo. Venga, vosotros también a la cama. Besitos y a dormir.

***

Al día siguiente Eloísa se levantó como siempre, muy temprano para ir a trabajar. Fue una mañana ardua y pesada. Tuvo que hacer no solo su tarea correspondiente, sino también la de un compañero que no acudió al trabajo por una caída que había sufrido en su casa. Esto no le sentó demasiado bien, pero en fin, al día siguiente se supone que habría un sustituto. Menos mal, porque con lo que deja en casa...

El trabajo de reponedora no es que sea muy difícil, pero a veces se hace arduo y complicado. El producto tiene que quedar perfectamente emplazado y localizado, además, trabajar en las últimas estanterías de arriba resulta muy costoso. A veces tiene que esforzarse por no perder la calma cuando se encuentra con gente impertinente que le hace el trabajo imposible.

—Señora, tenga cuidado, voy a pasar con la carretilla... —dice Eloísa.

—Oichhh, cada vez es más difícil andar por este súper, con tantos cacharros y máquinas —contesta la señora.

—No, señora, es que es necesario que yo le avise para evitar que pueda pasar algo. Estos cacharros son muy útiles para nosotros. Así se gana tiempo y eficacia para que usted pueda tener más pronto y a mano todo lo que necesita. ¿Comprende?

—Perdone, es que esta mañana vengo con el carácter un poco revuelto y lo pago con el primero que me encuentro. Perdone mi impertinencia.

Y así casi todos los días. Es raro, como en todos los trabajos, no encontrarse diariamente con personas de este tipo o parecidas. Hay que actuar con cautela con esta clase de personas y hasta con los propios compañeros y jefes.

Después, Eloísa pidió salir un poco antes para pasarse por el juzgado para firmar un documento importante.

Cuando terminó, llegó a casa para comer algo y después otra vez al trabajo para terminar su jornada.

«Voy a llamar a Lara y Cristina para quedar mañana e ir al centro comercial. Así me despejo un poco de todo el trabajo y compro algo que necesite», pensó Eloísa mientras sacaba el móvil de su bolso color beige, en el cual se podía leer la frase: «Nunca dejes de soñar».

***

Al llegar al centro comercial, situado a las afueras de la ciudad, enseguida vio a Cristina en la tienda de ropa donde habían quedado para echar una ojeada.

—¿Y Lara? —preguntó Eloísa.

—Al final no ha podido venir. Me ha enviado un mensaje diciendo que ha tenido un pequeño contratiempo con su coche, pero nada grave. Ella está bien. Bueno, ya nos contará...

—Pobre, hace tres días su madre y ahora esto. Espero que la cosa no haya sido muy considerable. Sí, mañana hablaremos con ella. Bueno, ¿no has comprado nada todavía?

—¿Qué dices? Si acabo de llegar y te estaba esperando... ¿Qué quieres que compre? Si empezamos a ver cosas, probablemente me dé por elegir algo —contestó Cristina.

—Pues vamos a entrar en esta, que parece que promete... ¡Hala! ¡Qué blusa más chula! Y muy de moda —dijo Eloísa entusiasmada con la tarde de compras que iban a tener, aunque con la ausencia de su querida amiga Lara.

Cualquier tienda a la que entraban estaba abarrotada de gente. Era comprensible, porque se acercaba el día tan plenamente comercial como era el Día de la Madre y eso era motivo más que suficiente para la concurrencia de cientos de personas.

Estas dos chicas, tanto Eloísa como Cristina, hicieron un itinerario bastante agotador a lo largo y ancho de todo el recinto. Salían de una tienda y se metían en otra. Solo cesaban para tomar café o helado.

Una vez que ya lo tuvieron todo comprado y satisfechas con sus adquisiciones, decidieron que ya era hora de volver a casa.

—Perfecto, ya tengo qué ponerme para la fiesta de cumpleaños de mi marido, que es la próxima semana. Por cierto, estáis las dos invitadas —dijo Cristina, pasándose la bolsa de una mano a otra por el peso que soportaba.

—Muy bien, gracias, querida. Creo que yo también optaré por alguna prenda de las que llevo —dijo Eloísa—. La verdad es que, como bien sabes, soy feliz solo con lo que necesito. Si compro algo de más, luego me siento mal; y es que no me da tiempo a ponerme toda la ropa.

***

Al día siguiente era sábado y las tres decidieron ir a caminar junto a la playa. Durante toda la mañana hubo una buena temperatura, con nubes y claros, pero el agua se mantenía en calma.

Una vez que ya estuvieron todas reunidas, emprendieron el paseo por todo el borde de la costa hasta los Baños de San Martín, haciendo paradas de vez en cuando.

No paraban de cruzarse con gente de todo tipo, tanto autóctonos como turistas venidos de diferentes países.

—Bueno, Lara, ¿qué te pasó ayer? Te echamos de menos —dijo Cristina.

—No habrá sido para tanto. La verdad es que llevo una racha horrible. El mes pasado, el cólico nefrítico de mi madre, lo cual me vino fatal porque también estaba liada con el trabajo y la limpieza de la casa, y ahora el accidente de ayer, ¡vamos! Es que no gana

una para sustos.

—¿Qué pasó? —preguntó Eloísa.

—Pues nada, iba dando la vuelta por la rotonda de entrada a la ciudad, cuando de repente me viene por detrás un negligente atolondrado y me da un golpetazo en la parte trasera...

—¿Le pudiste coger los datos? —preguntó Cristina.

—Sí, menos mal que no se dio a la fuga. El tío más antipático no podía ser, pero al final se dignó a hacer las cosas bien.

—Qué bien que todo esté solucionado y sobre todo que tu madre esté mejor. Me alegro, Lara.

—Por cierto, estás invitada al cumpleaños de mi marido, aunque eso no hace falta que te lo diga. Es el sábado que viene. Será en el barco, a las siete —dijo Cristina.

—Estupendo, gracias, Cristina. ¿Tú también vas, Eloísa? —dijo Lara.

—Eso espero...

Cuando llevaban un buen rato andando, se detuvieron un poco para descansar y alcanzaron a ver un puestecillo de helados. Se les apeteció refrescarse un poco después de la larga caminata. Tenían una pinta cremosa y riquísima, como casi todos los que se hacen por esta zona. Cada una quiso un sabor distinto.

—Mmmm..., el de banana split es el mejor de todos, por lo menos para mí. ¡Es plátano puro!

Es difícil encontrarse todos los días escenas como estas. Amistad, paisajes hermosos, paseos por la orilla del mar, paz, entretenimiento, pero hay días en que, afortunadamente, te lo

puedes permitir, a pesar de las dificultades u obstáculos que se puedan presentar en el día a día. Al final logras lo que tanto anhelas, que es estar cerca de tus amistades, lo cual no quiere decir que esto vaya en detrimento de la relación con tu familia. Nada más lejos de la realidad. Me refiero a ese paréntesis de tiempo que todos necesitamos para encontrarnos con personas que van a transformar nuestra vida de un modo u otro.

Da gusto verlas juntas, disfrutando del sábado lo mejor que pueden. Tienen la ocasión de olvidarse de todo por unas horas y después contagiarlo a los demás.

Eloísa dio un salto de la muralla junto al mar en la que estaba sentada.

—Me ha agradado enormemente pasar la mañana con vosotras, pero el deber me llama. Llegó la hora de estar con los míos otra vez... Lo siento, pero me tengo que ir.

—Ohhh... ¿No te puedes quedar un poquito más? —dijo Lara—. Aunque yo tampoco podría estar mucho tiempo más... Tengo acumulación de tareas.

—Yo tengo que ir de compras, al hipermercado. Quiero ver las ofertas que hay en electrónica —dijo Cristina.

—Bueno, veo que todas estamos demasiado ocupadas esta tarde... —dijo Lara—. Así que... ¿nos vamos ya?

—Vale, pues vamos todas.

Parece ser que el encuentro de amigas finalizó por aquel día. Lo habían pasado genial todas juntas haciendo lo que realmente deseaban, pasear junto al mar y conversar de sus cosas.

La verdad es que todo lo que les rodeaba daba pie a todo eso y mucho más. Vivían en un sitio privilegiado, donde cualquier cosa podía originar una situación entretenida y placentera.

Para Eloísa sus amigas eran su salvación, ya que significaba el hecho de poder comunicar muchos aspectos de su vida a personas que, aunque algunas veces no llegaran a comprenderla del todo, para ella significaban su evasión.

Su vida a veces no es fácil en muchos aspectos, y es que ella padece una enfermedad emocional desde hace bastante tiempo. Es un padecimiento que a veces le juega malas pasadas porque afecta a su estado de ánimo. Pero claro, ella lo lleva muy bien porque hace muchos años que sabe descifrar y comprender este mal que le afecta. Eloísa lo compara con la vida misma, con sus momentos más álgidos y sus momentos de declive y también, por supuesto, de estabilidad. Por eso ella siempre le saca el lado poético o simbólico que tiene. La vida misma.

***

El domingo fue para Eloísa de lo más tranquilo. Quiso dedicarlo por entero a sus hijos y su madre. Mariola, su madre, tiene setenta años, pero muy bien llevados. A su edad sabe pintar, y canta en el coro de la parroquia, con muy buena voz, por cierto. Pero su gran afición y a la que le dedica más tiempo es la escritura. Esta vocación le vino un poco tarde, pero acertadamente. Le gusta escribir sobre todo novelas. Es lo que mejor se le da. Ha publicado un libro y está encantada con ello. Dice que eso le ha subido totalmente la moral, que el hecho de que su obra haya llegado a tantísima gente le hace siempre pensar que, de alguna manera, ha hecho algo por los demás. Lo interesante es que tus ideas pueden llegar a mejorar muchas vidas y eso es gratificante», dice ella.

—Eloísa, ya estoy con mi segundo libro, no me lo puedo creer...

—¿Ves? Tu forma de hacer llegar al público lo que tienes dentro es fabulosa, si no, no hubiera llegado a tantas personas. Me encanta tu forma de hacer literatura, porque llegas a todo el mundo. Sigue así —dijo Eloísa.

—Gracias, hija. A ver si se te pega algo.

—Me encantaría, pero de momento no veo la inspiración por ninguna parte. Cambiando de tema, ya que es domingo y parece que estamos un poco aburridos, podríamos ir en coche hasta los Baños de San Martín y de camino visitamos a la tía Herminia.

—¡Mamá! Yo prefiero quedarme aquí... He quedado con los amigos —dijo Beatriz.

—Anda y vístete, que vamos tarde —indicó la abuela.

—¡Mamá!

Los niños se arreglaron pronto, al igual que Eloísa y su madre, y se dispusieron a coger el coche, camino a la casa de su hermana Herminia, que vive en el otro extremo de la ciudad.

Eloísa es mayor que Herminia tres años y desde siempre había habido diferencias entre ellas dos. Siempre ha habido conflictos derivados, fundamentalmente de los desacuerdos y discrepancias mantenidas en sus relaciones desde pequeñas.

Eloísa siempre ha sido más abierta, generosa, altruista y desinteresada. En cambio Herminia es más reaccionaria e indomable.

—Pero Herminia, ¿cómo te puedes permitir estar todavía en la cama? —dijo su hermana.

—¿Qué pasa? Es domingo y puedo estar hasta la hora que me dé la gana. Para eso vivo en mi casa.

—Ya, bueno, ¿nos vas a dejar entrar o no? —dijo Eloísa desde su móvil—. Hemos venido a verte, ya que tú nunca te dejas caer por allí. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no vienes a vernos? ¿Hemos venido en un mal momento?

—Nooo..., pero, digo yo, que podríais haber llamado antes de venir. ¿Y si hubiera salido? Vuelvo a repetir, es domingo. Es que tenéis una agudeza... —contestó Herminia, al mismo tiempo que abría la puerta.

—A ver. Queríamos dar un paseo en coche y de camino llegar a verte.

—Ah, conque «de camino». En otros términos, no había propósito de llegar, sino que era de paso... Ya, ya.

—Vamos, se comprende que no es así... Bueno, ¿y tú cómo estás desde la última vez? —preguntó su hermana.

—Bien, aunque sigo con la anemia. Estoy un poco asustada porque aún con las pastillas que tomo no se llega a corregir del todo la deficiencia de glóbulos rojos —dijo Herminia.

—A lo mejor deberías corregir la alimentación con más comida rica en componentes que ayuden a incrementar esa carencia —dijo su madre, preocupada.

—Sí, todo eso me lo ha hecho saber el doctor.

—¿Y lo llevas a cabo? —dijo su hermana.

—Sí, como mucho hígado, que me encanta, sobre todo en forma de paté, verduras como las espinacas, acelgas y lo que más me agrada de todo son los mariscos de concha. Este fin de semana pasado fuimos unos amigos y yo a La Perla y nos atiborramos de vieiras. Era una apuesta que teníamos pendiente.

—Vaya. Qué bien.

—Bueno, hija, tú sigue así con esa dieta y los medicamentos y ya verás como todo se pone bien —dijo su madre en tono consolador —. Nos gustaría saber por qué no vienes mucho por casa. Estamos

un tanto preocupadas.

—No es por nada, mamá... —dijo Herminia, volviéndose para otro lado.

—Yo sí lo sé —dijo su hermana, cogiendo del bolso un caramelo, para refrescarse un poco la boca—. Es por los últimos enfrentamientos que hemos tenido. Envidias, rencores, tirrias, celos, egoísmo, etc.

—Sí, lo reconozco, puede ser por eso. No es nada nuevo. Lo llevamos viviendo desde que éramos pequeñas. Lo que no comprendo es por qué todavía estamos así. Con los buenos momentos que hemos pasado y aún pasamos, de buenas a primeras vuelven a aparecer esas malditas emociones —dijo Herminia sentada en su sillón, donde normalmente leía, o simplemente descansaba.

—Hijas mías, ya está bien. Poned fin a todo esto. Quiero veros siempre en paz, unidas para todo. Planeando una fiesta, yendo de compras, estando con vuestro padre, qué sé yo cuantas cosas sois capaces de hacer. ¿Por qué siempre surge el desasosiego? Que sepáis que rezo por vosotras siempre y que siempre estáis en mis oraciones —dijo una madre totalmente entregada por el amor de sus hijas.

—Forma parte de la naturaleza de cada una, pero sé que puede haber arreglo si examinamos interiormente todos nuetros fallos. Dicen que, si durante el día has cometido varios errores, lo bueno sería hacer una anotación cada noche de todos ellos y así no los vuelves a cometer al día siguiente. Y lo mejor de todo es que funciona. ¿Lo ponemos en práctica? —dijo Eloísa, con la esperanza puesta en su hermana.

—Sé que me va a costar al principio, pero lo intentaré. Aunque tendríamos que arreglar también ese trato diferente que nuestros padres tiene con cada una de nosotras, por pensar que yo soy la oveja negra de la familia. O ese choque de personalidades que siempre ha existido entre nosotras, por ser yo un poco más insumisa y tozuda, sin olvidarnos de las envidias y los celos.

—Hijas, las familias perfectas no existen, en todas se produce algún tipo de discusión, roce o problema. En la mayoría de los casos se puede arreglar, sobre todo existiendo el diálogo y la comunicación —dijo la madre.

—No sé si tendrá arreglo o no, pero... ¿lo intentamos? Esta noche indagaré en mí misma para encontrar mi primer defecto. ¿Y tú? —preguntó Herminia.

—Ese abrazo, hermanita.

—Bueno, nos vemos en la fiesta este sábado ¿no? —dijo Herminia.

—Ah, ¿te ha invitado también a ti? —preguntó Eloísa.

—Pues claro, como sabes, nos conocemos hace mucho tiempo y me gustaría ir. Seguro que veré a más amigos allí —dijo Herminia, pensando en el atuendo que se iba a poner aquella noche.

La primera en llegar fue Lara, con un traje pantalón verde claro, con su marido, vestido de sport. Poco a poco, el ambiente en el barco se iba animando y los invitados iban llegando despaciosamente. Después apareció Eloísa, espléndida, con pantalones de viscosa azul marino y blusa blanca anudada a la cintura, con sandalias de tacón alto muy elegantes. Llevaba un recogido alto que le favorecía mucho a su sonriente cara. La noche prometía un agradable encuentro con personas, tanto conocidas como desconocidas, y esas cosas le encantaban a Eloísa.

—Mmmm... Creo que esta noche lo pasaré bien —dijo mientras daba el primer sorbo a la peculiar bebida que estaba tomando.

Matilda tiene nueva mascota

En el calendario de su sala de estar había señalado hace tiempo la fecha de su próximo encuentro con sus cinco hijos, que sería en un local en el centro de la ciudad, donde se verían todos juntos, charlarían y reirían de nuevo de sus cosas. Sería por su ochenta cumpleaños. Todas estas cosas hacían que doña Matilda renaciera de nuevo. No es que no se vieran muy a menudo, puesto que siempre había quien la visitara cada semana, sino que era el hecho de poder reunir a la familia al completo, aunque eso también significara que el tiempo pasara cada vez más rápido y le quedaran menos ocasiones para poder estar con su gente.

Mientras veía cómo se movía la cortina al correr el aire de fuera, se acordó que dentro de media hora tendría que coger el autobús que iba para el hospital y visitar a Adela Cornejo.

Doña Matilda pertenecía desde joven a una institución benéfica promovida por su parroquia, en la cual se hacían labores muy diversas, como por ejemplo atender a los enfermos de toda la ciudad. En realidad, hacía más cosas, pero una de las que más le gustaba era acudir a hospitales y a las propias casas.

Era una mujer con duende, como se suele decir, y con bastante coraje para entregarse a este tipo de actividades. Además, era la responsable de su departamento y había que andarse con cuidado si no se hacían las cosas bien. A veces se ponía hecha una furia cuando algo no salía como debía ser. En una ocasión, ocurrió que a una de las colaboradoras que trabaja para la institución, mientras pasaba por un barrio abandonado de la ciudad para visitar a un enfermo, la detuvieron por la calle unos ladronzuelos. La pobre pasó, claro está, un mal rato enorme. Le quitaron todo el dinero que llevaba y la dejaron tirada en la calle. Ella creía que no iba a sobrevivir a todo aquello. «Pero ¿cómo se te ocurre irte por la zona más lamentable de la ciudad y a esas horas? Esta tarde no se te ha

encendido la lámpara, hija mía», le dijo Matilda.

***

—Buenas tardes, Adela, ¿cómo se encuentra? Yo la veo estupenda y bella, como siempre, con ese color rosa en la cara que invariablemente tiene usted preguntó Matilda, mientras se acercaba a su cama.

—Pues no creas que estoy tan bien. Me han hecho un cateterismo y estoy un poco molesta y asustada, porque a mi edad tengo más riesgo de complicación. Por lo general, este procedimiento se lleva a cabo sin incidentes, pero en la población de edad avanzada existe mayor riesgo. Y yo ya tengo los ochenta y nueve cumplidos.

—Pues estás como una rosa. Además, yo estoy acostumbrada a ver enfermos con tu misma situación y no es para tanto. Es que no estás dentro del sesenta por ciento de pacientes que se pueden considerar no aptos y eso es muy aliviante —dijo Matilda, queriendo calmar un poco a la Sra. Cornejo.

—Tus palabras me reconfortan. ¿Me puedes pasar un vaso de agua?

—Claro.

Matilda cogió un vaso de plástico imitando a cristal que había en una bandeja, que a su vez estaba sobre un carrito.

—Mi hijo ha venido a verme hoy —dijo la Sra. Cornejo.

—¿Sigue trabajando de estibador?

—Sí, pero están teniendo algunas huelgas por la situación que están atravesando.

—¿Por qué?

—Es todo un poco polémico. Hay opiniones divididas. Hay quienes acusan a estos trabajadores de que ganan unos sueldos desorbitados y otros lo ven como un intento de aminorar los derechos laborales de personas, como mi hijo, que están siempre expuestos al peligro.

—Vaya, espero que todo llegue a solución pronto. Yo estoy más por lo segundo. Creo que se exponen a un riesgo importante, con esas grúas enormes que tienen que manejar y además estar al cuidado de que el barco no se hunda por la gran cantidad de carga que tiene que soportar —dijo Matilda.

—Veo que estás muy puesta en el asunto.

—Es que... procuro estar al día de todo.

Estuvieron charlando un ratito más. Matilda miró el reloj que había justo en la pared de enfrente que marcaba las seis de la tarde. Hora de marchar.

—Querida Adela, se hace tarde para mí y me tengo que despedir. A ver si nos podemos ver muy pronto, y ya en tu casa. Todo va a salir bien —dijo Matilda con una voz suave y dulce.

Matilda no pudo coger el ascensor porque se encontraba averiado, con lo que tuvo que coger las escaleras, aunque le costara un poco más.

***

De camino para casa, ya cerca del barrio donde vivía, escuchó un sonido un tanto escondido y retirado, pero que a ella le llamó la atención. Era como un lamento o gemido. Sí, además, parece que procedía de un animal. Ella se detuvo enseguida. Ese lamento le llegó al corazón. «¿Qué podrá ser?», se preguntó ella.

Al asomarse al siguiente callejón apreció una caja de cartón color marrón bastante grande, pegada a la pared. Abrió la caja, y efectivamente era lo que ella pensaba: un gato. Era un gatito pequeñito, de unos dos meses. Allí estaba solo y abandonado, sin esperanzas de que nadie lo cobijara. Era de color blanco, con manchas negras y de ojos brillantes azules.

A Matilda siempre le habían gustado los animales, de hecho, siempre había tenido alguno en casa, como perros, pájaros e incluso gatos. Como vivía sola, había buscado siempre tener algún animal en casa que le proporcionase compañía. Para ella tener un animal y cuidarlo es sinónimo de salud, pues le hace olvidar otras muchas preocupaciones y tristezas que se le presentan en el día a día.

El último animal que tuvo Matilda fue un perro, también abandonado en la calle, que en cuanto la vio, enseguida entabló mucha amistad con ella, entre otras cosas porque estaba muy falto de cariño y cuidado. Era un Golden Retriever, muy pacífico, inteligente y todo un héroe.

La primera hazaña que realizó fue una tarde de verano, cuando paseaban por la playa. El perro alcanzó a ver un joven ahogándose y pidiendo ayuda en la bahía. Más pronto y más corriendo salió a correr Miki, que así es como se llamaba, hacia su encuentro. Una vez que llegó hasta él con el ímpetu y las agallas que le caracterizaban, lo salvó de morir ahogado en las profundas aguas. Matilda quedó atónita ante la hazaña que había realizado el animal. «Va a ser un honor para mí poder tener a este perro», pensó Matilda, todavía sorprendida. En adelante, presenciaría más

aventuras parecidas a esta. Tanto es así, que incluso el Ayuntamiento llegó a reconocer todas sus proezas, otorgándole una medalla de plata. Murió ya con una edad avanzada, de un ataque cardíaco.

«Esta es mi oportunidad de disfrutar de una linda mascota». pensó Matilda, cogiendo en sus brazos el pequeño minino. Siguió su camino pensando en que lo llevaría al veterinario para que le hiciera una revisión y le pusiera la primera vacuna, si era obligatorio, claro. El gatito, que enseguida se tranquilizó y dejó de maullar, asomaba su cabecita por la apertura superior del bolso de Matilda.

En la plaza de los Cerezos, antes de llegar a su casa, había un encuentro de bailes del mundo que reunía a muchas culturas de todo el planeta.

—Perdone, señor, ¿cuántos países vienen a representar este espectáculo? —preguntó Matilda a un tipo que presenciaba la exhibición.

—No sé exactamente, pero creo que está todo el mapa del mundo aquí metido —contestó irónicamente el tipo.

—¡Qué trajes más llamativos llevan!

—Sí. Son bastante alegres. Sobre todo los de los sudamericanos.

—¿Usted viene de algún país de estos? —preguntó Matilda.

—No, yo soy de Italia y soy visitante de esta ciudad desde hace muchos años. Vengo con mi familia. Nos vamos mañana. Me llamo Paolo, ¿y usted?

—Bueno..., yo... Matilda —contestó un tanto recelosa—. Soy de aquí, de la ciudad.

El turista llevaba una camisa color morado y una chaqueta azul. Iba elegantemente vestido. Tenía el pelo canoso, moreno de piel y con un gran bigote. Matilda, por un momento se sintió atraída por él. Tenía un atractivo especial, no sé, sintió algo de magia. Algo que ella no sentía todos los días. Estuvo así durante cinco o seis minutos. Luego, enseguida reaccionó. «¿Pero qué estoy haciendo? Para ya. Por un momento, he sentido algo equivocadamente», dijo Matilda.

—Señora, encantada de haberla conocido —dijo el italiano sonriendo.

—Igualmente, caballero. Buen viaje de vuelta —dijo Matilda, despidiéndose, un tanto nostálgica, acordándose de los tiempos felices pasados con su marido, el cual falleció hace ya algunos años en un accidente de tráfico.

A veces, el recuerdo de aquel suceso repite como un martilleo por donde quiera que va. Es un recuerdo imborrable. Ella también iba con él en el coche el día del accidente. Era un día lluvioso de otoño. El cielo estaba totalmente cubierto, con lo que la visibilidad era escasa. En un momento de descuido, el coche se desvía a la izquierda y choca irremediablemente contra una valla de hierro que había instalada junto a la carretera. La situación no podía ser peor.

—Doctor, ¿usted cree que tendrá solución? —preguntó angustiada Matilda, con un cabestrillo en el brazo y un collarín.

—Sra., sintiéndolo mucho, no podemos darle muchas esperanzas. Como sabe, ha sufrido un ataque cardíaco. El impacto ha sido muy fuerte para él. Tal y como está, no creo que sobreviva. Lo siento.

No se sabe si fue por la forma de hablar del doctor, un poco soberbia y seca, o por el estado de ánimo en el que se encontraba Matilda, el caso es que esta rompió a llorar sin cesar toda la tarde. Cuando el doctor le confirmó que había fallecido, no se lo creía. Fue un duro golpe para ella y su familia. Este suceso fue también recogido por la prensa y televisión local, ya que era una persona conocida e importante en la ciudad. Había sido presidente de la Asociación Ornitológica de Brento durante mucho tiempo.

***

El perro de la vecina no hacía más que ladrar en cuanto olfateó al gato. Parece que no estaba muy a gusto con su presencia. La señora Ramos se encontraba leyendo uno de sus géneros favoritos —casi siempre leía literatura histórica—, acomodada en el sillón de la terraza de su casa. Era una pequeña urbanización de casitas blancas, todas iguales, con un gran pedazo de jardín, donde todos los vecinos tenían afición a sembrar y cultivar numerosos tipos de plantas y flores.

—Se oye mucho ruido por ahí y no me puedo concentrar bien, ¿es que hay manifestaciones o algo así? —preguntó la señora Ramos.

—¿Manifestaciones? Nada más lejos de la realidad. Manifestaciones de diversas culturas en forma de bailes. Son grupos que han cogido mucha fama, no solo en su país, parece ser que también aquí —contestó Matilda.

—Ah..., parece que tienes bastante información —dijo la señora Ramos—. ¿Has estado por allí?

—Sí, me ha pillado a la vuelta del hospital. Me encontré con un señor con toda la pinta de un caballero y me dio la información. Son bastantes grupos y entre todos ellos forman una longitud considerable.

—Oye, ¿me puedes explicar por qué mi perro no hace más que husmear tu bolso y no para de ladrar? —preguntó la señora Ramos.

—Ah..., bueno, es una mascota nueva que me he recabado —dijo Matilda.

—¡Un gato! Pues habrá que tener cuidado con el perro, porque este no se calla ni aun corrigiéndole.

—Verás, me gustaría que no quedara ningún cabo suelto con este tema. Yo voy a educarle para que esté siempre en casa y así no haya problemas. Los gatos salen menos que los perros.

—Qué bien. Gracias, vecina. De todas formas, creo que solo se están conociendo.

Matilda cogió el cazo con un poco de leche que había en la nevera, cubierto con papel film y después de calentarla un poco, la vertió en un cuenquecito de madera que ella tenía siempre dispuesto en la encimera de su flamante cocina.

Al animalito se le notaba que había pasado bastante hambre durante el tiempo que había estado abandonado. Solo se habría estado alimentando de lo poco que encontrara por el suelo y lo que quizás algún transeúnte le hubiera proporcionado, pero seguro que todo habría sido escaso sostén para él, por lo flaco que se encontraba, y el ímpetu con el que tragaba la leche.

Elena, la veterinaria, le aseguró a Matilda que en pocos días el gato estaría totalmente restablecido. Le puso la primera vacuna trivalente de los dos meses, que es obligatoria en el caso en que el gato viva en casa, sin acceso al exterior y sin contacto con otros gatos. Más adelante se le pondría otra contra la leucemia felina.

***

Durante la mañana, Matilda tendría mucha tarea en la institución. Entre ellas, había quedado con el teniente González para una entrevista importante. El ejército quería colaborar también con la institución en un proyecto que hace bastante tiempo el círculo donde trabajaba Matilda quería llevar adelante. Se trataba de un trabajo para que se pudiera mantener la dignidad de las familias más desfavorecidas, económica y socialmente, a través de una asociación.

—El trabajo consistiría en desarrollar proyectos para mejorar la calidad de vida de las familias, en los focos donde más se necesitase, apuntó Matilda entusiasmada con el plan que iban a emprender.

—Sí, y además proporcionar la mejora de las relaciones familiares y fomentar valores sociales positivos que el núcleo de la familia otorga a las personas —añadió el teniente González, mientras se arreglaba el cuello de su uniforme azul.

—Muy bien, teniente González. Me parece perfecto que estemos de acuerdo en tantas cosas y espero que todo este plan se convierta en una realidad. Debemos sumergirnos bien en este trabajo si queremos buscar soluciones para estas familias que se encuentran en un estado lamentable. Hay muchachos que por vivir en un entorno desestructurado no reciben la educación adecuada, o no quieren recibir enseñanza básica —dijo Matilda.

—Por eso, si llevásemos a cabo todo esto, sería para quitarse el sombrero. Bueno, debo retirarme. Tengo una sesión previa a la conferencia que voy a dar dentro de hora y media. Ha sido un placer.

—Gracias, teniente. Estaremos en contacto.

Desde luego, la obra que estaba a punto de iniciarse sería una de las mejores acciones que esta institución llevaría a cabo desde hace algunos años hasta el momento. Sería un trabajo duro, sin duda,

pues harían falta más voluntarios de los que actualmente cuenta esta entidad y más horas de actividades a realizar.

Matilda pensaba, mientras saboreaba su taza de té, que esto no sería problema, que todo saldría bien, que la buena gente que ocupa el territorio de esta espléndida ciudad estaría dispuesta, como siempre, a colaborar en este gran proyecto. Incluso, habría gente de otras regiones cercanas que se prestarían a participar, como entras ocasiones había ocurrido. Estaba segura de que muchas corporaciones, empresas o industrias ubicadas en Brento estarían dispuestas a ayudar en casos como estos, en defensa de los derechos de las familias.

El mes que viene Matilda tiene viaje pendiente a Madrid, donde se reunirá con los directores de la institución situados en diferentes ciudades del país. Es una reunión que se celebra anualmente para tener un seguimiento de la actividad que se desarrolla en cada entidad y al mismo tiempo es una circunstancia favorable para que haya encuentro y diálogo entre las distintas personas que forman parte de esta institución.

Esta vez no habría que ir obligatoriamente. El año pasado coincidió que se lastimó la cintura debido a ejercer un mal movimiento y no pudo asistir. Resulta que iba caminando por la plaza de los Cerezos una mañana de mucho calor, cuando vio venir de frente un hombre vestido con una chaqueta larga color negro, un sombrero de ala ancha también negro y camisa blanca. Le pregunta dónde está la Biblioteca. Al principio pareció raro, porque era la primera vez que Matilda se encontraba con un judío ortodoxo caminando por la ciudad. Ella se le queda observando, le da la descripción y le sigue observando, hasta que, cuando se vuelve, va y tropieza con un pivote clavado en el suelo para impedir que aparquen los automóviles. Tardó en curarse dos meses de la lesión, y como las cosas de palacio van despacio, no llegó a tiempo para el encuentro.

Iría sola, como de costumbre, porque era solo para los directores. Estos viajes así le ayudan mucho a ella a olvidarse un poco de sus

problemas cotidianos y le hacen sentirse importante y útil.

Esa tarde, Matilda la tendría libre para hacer lo que quisiera. Ella prefirió quedarse en casa y ponerse una de sus películas favoritas. Mientras, se preparaba un té frío y sacaba algunas galletitas de chocolate.

El planeta de los simios tiene para ella algo especial. Disfrutaba viéndola con su marido, primero en el cine y luego en casa, con la familia. Por aquella época, tenían unos amigos peruanos que siempre les acompañaban los fines de semana, cada uno con sus respectivas familias. Cada semana iban turnando de casa. Parece que tenían tendencia a ver películas de ciencia ficción, por eso de que los niños eran todavía pequeños y además les gustaba este género de cine.

Cuando los tres hombres abandonan la nave, cruzan el lago y se empieza a examinar el planeta, suena el teléfono.

—Matilda, la Sra. Cornejo ha fallecido —dijo Raquel, la secretaria.

—¿Cómo? ¿Qué dices? Estuve ayer por la mañana y se le vio muy bien.

—Sí, pero al parecer se complicó la cosa y le ha dado un paro cardíaco. No se ha podido hacer nada.

—Gracias, Raquel. Iré con la familia en cuanto pueda.

Matilda se vistió enseguida y salió camino del tanatorio andando, para acompañar a la familia. Cuando llegó, ya se encontraba allí alguna que otra autoridad, pues era una persona muy conocida, no solo en la ciudad, sino en la pequeña isla cercana a la misma, donde nació.

—Me juraba a mí mismo que no era verdad, Matilda. Que no podía ser. Estaba muy bien todavía, a pesar de sus años. Ella era mi respaldo, mi defensa. ¡Oh! Ha sido muy buena —le decía llorando su hijo.

—Claro, porque te tenía solo a ti. Tú eras su hijo único. Le llegó su momento, como a todos nos llegará. Ahora ella está descansando por todo lo que le ha tocado vivir. Tienes tu familia, que es lo más importante. En el recuerdo siempre te quedará tu madre, cuando te ayudaba en tus luchas por tu trabajo, por tus hijos y esposa.

A Matilda la llamaban por el móvil.

—¿Sí?

—¡Mamá! Te recuerdo que mañana es tu gran día, pasaré a recogerte a las cuatro. Prepárate para emociones intensas. Besitos.

Desvelando incógnitas

No sé por qué, Raúl sabía que en su familia existía un secreto guardado y por ahora no había salido a la luz. Estaba convencido de que lograría desvelarlo un día de estos.

—Me llevaré este —dijo Raúl, pasando el CD a la cajera de la tienda de discos.

—¿Al final te llevas este? —dijo Olga, dando una pequeña caricia en la cara de su novio.

—Sí, llevo un tiempo queriendo comprarlo. Me encanta el jazz y, por supuesto, Frank Parker.

—La verdad es que es una música muy relajante, al igual que la música clásica. Dicen que escuchar jazz es bueno para controlar las emociones y fomentar la creatividad —dijo Olga.

—Las dos cosas están bien. Para mí, la primera es más difícil de llevar a cabo cuando estoy contigo —contestó Raúl susurrándole al oído.

—Mmmm, pues entonces no olvides de poner pronto el disco —dijo Olga—. Oye, ¿qué es lo que me dijiste el otro día referente a un secreto en tu familia?

—Ah, sí. Son cosas que estoy averiguando sobre mi familia. No estoy progresando mucho porque me llevará mi tiempo.

—Pues ánimo, cuando tengas más avanzada la investigación me vas contando —dijo Olga.

Raúl abrió la puerta de la tienda de discos. Salió primero Olga,

abrigándose con un chal color verde claro, porque hacía fresco aquella tarde. Seguidamente avanzó Raúl, colocándose sus gafas de sol. Cuando llegaron al puente de Las Acacias se despidieron, no sin antes darse el concerniente beso.

Esa tarde fue un encuentro rápido porque Raúl tenía deberes familiares, concretamente con su madre. Tenía que llevarla a hacer la rehabilitación del pie, como cada tarde.

***

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Pues estaba casi durmiendo, como tú no venías... —dijo su madre intentando levantarse del sillón.

—Mamá, que llegamos bien de tiempo. No te preocupes. No sé por qué te sientas en ese sillón, sabiendo el trabajo que te cuesta levantarte después.

—¿Has estado con Olga? Por eso has llegado más tarde.

—Que llegamos a la hora de la cita, no me agobies, por favor.

Socorro, su madre, se aturdía por casi todo y más ahora que había dejado de andar naturalmente, con motivo del accidente.

—Toma, llévate un libro de esos que tú compras en tu club y así te distraes en la sala de espera —dijo Raúl, tratando de ayudar a su madre.

—Gracias, pero me has dado el libro equivocado. Coge aquel del fondo azul, que es el que estoy leyendo ahora —dijo Socorro.

—Perdona, te he dado el que no era. Venga, te ayudo a subir al coche.

—Dame el abrigo, Raúl.

—Pero, mamá, ¿todavía te pones este abrigo? Vas a ir forrada.

—Todavía hay que llevar algo de resguardo. Cuando llegue julio, ya será otra cosa —dijo Socorro.

—Mamá, qué estricta eres con la ropa y los cambios de tiempo —dijo Raúl.

—Sé lo que me digo y mis razones tengo, que luego cojo enfriamiento con mucha facilidad y tardo en quitarme los constipados muy tarde. ¿Salimos o no?

—Vamos.

De camino hasta la consulta del fisioterapeuta se podía disfrutar de unas vistas muy diversas de un día despejado, como, los cisnes blancos flotando en el pequeño lago del gran parque, que dividía el casco antiguo de la ciudad de la zona construida más recientemente. Algunos bancos, ocupados por personas mayores, otros más jóvenes o adolescentes y otros vacíos. Las obras del metro, aún por terminar, que impedían a algunos peatones y conductores transitar con normalidad debido a los diferentes cortes de tráfico que se habían ocasionado, con lo cual a Raúl le costó un poco más de tiempo poder llegar a la consulta. Se retrasaron diez minutos, lo que le causó un poco de estrés a Socorro, que no soportaba llegar tarde a ningún sitio. Hubo enfrentamiento entre ellos dos.

—¿Ves? Sabía que llegaríamos tarde. Te lo dije. Ahora hay que esperar todavía más tiempo —dijo Socorro.

—Mamá, hemos llegado tarde por lo de las obras, y ya está. No hay que ponerse así. En cuanto salgan estos, vamos nosotros —dijo Raúl

tratando de arreglar la situación—. Sostén el libro y empieza a leer. Me imagino que en tu club venderán libros digitales. A lo mejor son más cómodos de leer para ti. Se puede aumentar el tamaño de letra, entre otras muchas ventajas.

—Todavía me habitúo bien con los libros de papel. Me gusta la sensación de palpar el papel, olerlo y tenerlo en mis manos —dijo Socorro.

—¿Cómo se titula? —preguntó Raúl.

—El arte del Emperador. Me está gustando bastante. Es una historia muy bonita.

—Cuenta, cuenta y así hacemos tiempo.

—Le tocó ser emperador cuando todavía era muy joven, pero a él lo que realmente le gustaba era ser artista. Era su mayor sueño. Ser emperador era como verse encerrado en una jaula.

—¿Qué clase de artista quería ser? —preguntó curiosamente su hijo.

—Quería ser músico. Tocar el violín.

—Y al final, ¿qué pasó? ¿Se cumplió su sueño?

—No me preguntes, porque todavía voy por la página cuarenta.

—Vaya. No olvides decírmelo cuando lo leas. Por cierto, mamá, últimamente te veo un poco cambiada. No sé, parece que no estás en lo que tienes que estar. Estás mucho tiempo fuera de casa. Parece como si tuvieras algo entre manos y no quisieras contar.

—Ah, no, hijo, no es nada. Sabes que ahora tengo más actividades por la tarde. Además del club de lectura, tengo un curso de pintura al óleo, y estoy encantada —dijo su madre un poco nerviosa, como si realmente quisiera ocultar algo.

—Ah, vale —dijo Raúl un tanto escéptico.

El señor que acababa de salir se puso el sombrero y arreglaba su traje dispuesto a dejar la clínica.

—¿Doña Socorro? —dijo el fisioterapeuta asomándose a la puerta.

—Nos toca, mamá. ¿Por qué no contestas?

—¡Oh! He olvidado hasta mi propio nombre —dijo Socorro.

El fisioterapeuta le recomendó que no posase todavía el pie en el suelo ni por un instante y que para trasladarse utilizase muletas o siguiese con la silla de ruedas.

***

A la mañana siguiente, estaba lloviendo con tanta fuerza que parecía difícil para Raúl salir al trabajo. Cogió la cafetera de la encimera para prepararse un buen desayuno, pensando que mientras tanto se despejaría el cielo un poco. Pero no fue así. Dejó de apretar, pero seguía lloviendo en abundancia. La atmósfera iba a quedar bien limpia. Cogió un bolígrafo y anotó en su agenda la fecha de su próxima entrevista. Se cepilló el pelo. Cogió su chubasquero y enseguida se decidió a salir hacia el coche. Tenía reunión importante a primera hora. Era sobre un proyecto que había entre manos para retransmitir a toda la ciudad, a través de la televisión local, el campeonato europeo de regatas que se celebraría este año en la ciudad de Esbjerg (Dinamarca). Había que elegir a las personas que estarían dispuestas a encaminarse e instalarse durante un mes en esta ciudad marítima.

Al final los resultados de dicha reunión fueron lo que Raúl se imaginó. El cerebro de todo este proyecto decidió que, entre otros, fuera Raúl como reportero a esta celebración. Sería para emprender el viaje a final del mes de junio, porque el campeonato se celebraría

en julio. Ya se lo estaba temiendo, puesto que le caían casi todas últimamente, pero nunca le habían ofrecido nada tan lejos.

—¿Estás seguro que quieres hacer esto? Parece una exigencia ¿verdad? —preguntó Alberto, su compañero de redacción, que siempre le apoyaba en todo.

—Es una exigencia en toda regla —dijo Raúl

—Eso en parte está bien. Es señal de que haces un buen trabajo. Te felicito —dijo Alberto.

—Sí, solo en parte. Es taparte los ojos ante tu situación y tirarte a la piscina. Quieras o no quieras. Mi madre me necesita cada día más. Lo voy a sentir por ella. Pobrecita. Tendré que buscar a alguien por el tiempo que esté fuera.

—Ánimo, amigo —dijo Alberto dándole unas palmadas en el hombro.

***

Por la tarde, ya en su casa, Raúl se dispone a descansar un poco y ve en la habitación de su madre, encima de un estante una carta. Le echa un vistazo y ve que todavía no tiene el remite puesto, pero sí la dirección a la que va dirigida y el nombre del destinatario: calle Arena, 32 280, Babelia, Teófilo Cuesta Tavarez. La deja donde mismo estaba, lleno de intriga por no saber quién podría ser. La carta estaba escrita a mano y con gran delicadeza. ¿Quién sería esta persona? Pero Raúl prefirió no preguntar a nadie hasta que no hubiera más datos. «Creo que esto forma parte del secreto de familia. Seguiré investigando hasta el final. Tampoco quiero que mi padre se entere de esto. No vaya a ser que se monte la revolución. Sería la bomba para él», pensó Raúl. Se dirige a la terraza y se

encuentra a su madre leyendo aquel libro que le estaba gustando tanto sobre el emperador.

—Mamá, ¿ha pasado algo nuevo en tu libro? —preguntó Raúl.

—Ah, hijo, ¿cómo estás? He avanzado algo más desde la última vez que me preguntaste. Sí, ya casi lo estoy terminando.

—¿Y tú cómo estás?

—Bueno, tirando. Me duele muchísimo el pie, como siempre. Esta tarde tendremos que ir de nuevo a rehabilitación. Gracias por poder contar contigo —dijo su madre.

—Mamá, siempre no voy a poder estar contigo. Lamentablemente, porque has sido y eres una excelente madre conmigo. Tengo que decirte una cosa. En el trabajo me han destinado durante un mes a Dinamarca para una retransmisión.

A su madre se le cambió la cara por completo cuando oyó aquello. Se quedó como sin aire.

—No puede ser, hijo. Y me dejas sola...

—Mamá, también está papá, que te puede ayudar. Además, se puede contratar a una persona durante ese mes que voy a estar fuera. ¿Qué te parece? —sugirió Raúl.

—No va a ser lo mismo —dijo tristemente doña Socorro, secándose los ojos con un pañuelo.

—Espera... a lo mejor Olga puede echarte una mano, ahora que no tiene trabajo —dijo Raúl.

—¿Que no tiene trabajo?

—Sí, la despidieron hace una semana.

—Pero ¿por qué?, si es una chica muy maja —dijo su madre hablando en voz baja.

—Todo había ido mal desde el principio Es una historia un poco larga y complicada. Ella te contará.

—Hijo, deseo que allí lo pases bien. ¿Dónde te quedas? ¿En un buen hotel? —preguntó preocupada Socorro

—Me imagino que sí.

—Tengo miedo de que te pueda pasar algo. Es la primera vez que viajas solo tan lejos.

—Mamá, que no soy un adolescente. Además, no está tan lejos. Es un país europeo. Y no voy a ir solo, vendrán algunos compañeros de redacción, cámaras, etc.

—Ah, vale. Eso me consuela algo más.

—Bueno, me voy, que he quedado con Olga para dar una vuelta.

—Está bien, hijo. No vuelvas tarde, que a las siete es la rehabilitación. Dale besos de mi parte.

—Sí, ya lo sé.

***

Tenía por delante solo dos horas para estar con Olga, así que se dio un poco de prisa. La casa de su novia quedaba un poco lejos de donde él vivía y siempre cogía su moto para ir allí.

—Lo siento, no está aquí en este momento, ¿puedes venir un poco más tarde? Creo que salió a caminar por la playa —dijo la madre de Olga.

—Vengo de muy lejos y no creo que pueda volver más tarde. ¿Por qué se ha ido a la playa? Quedamos aquí, en su casa. De todas formas, iré para allá.

—Últimamente no lo está pasando muy bien debido a la pérdida de su trabajo. Si vas con ella, a lo mejor le cambia el semblante.

—Sí, a ver si la encuentro. Gracias. Hasta otro día —dijo Raúl.

Raúl solo tenía que cruzar la carretera principal para meterse en la zona de la playa. La vio enseguida, no tuvo que hacer muchos esfuerzos para dar con ella. Allí estaba, sentada en una roca, divisando el horizonte y pensativa. Se había ido al paro, después de tres años trabajando en el mismo sitio.

—¿Has visto la estrella de mar que ha aparecido ahí, cerca de ti? —preguntó Raúl.

—Ni me he fijado. Ah, sí, es preciosa. Tiene un color rojo muy brillante.

—Es mejor que la pongamos otra vez en el agua, para que vaya buscando el fondo del mar —dijo Raúl.

—Con cuidado —dijo Olga.

—Qué bien hueles. Te has echado perfume de jazmín.

—Sí, es un perfume un poco concentrado. Me lo puse pensando que íbamos a salir.

—Entonces, ¿por qué te viniste a la playa? Quedamos en dar una vuelta. Si tu madre no me dice que estabas aquí no hubiera podido estar contigo —dijo Raúl.

—Es que me sentía mal. Tenía que salir.

—Vaya, el mar está algo revuelto esta tarde y hace viento. Si quieres nos vamos al bar Oak y charlamos, aunque a las siete tengo que estar en mi casa. Te tengo que decir varias cosas.

—No, es mejor caminar por la playa. Venga, cuéntame —dijo Olga.

—¿Sabes? En la reunión que hemos tenido esta mañana ya se ha decidido quién va a ir a Dinamarca.

—Claro, y uno de ellos eres tú —dijo Olga.

—Pues sí. Todavía no se ha concretado cuándo saldremos, pero en breve me lo dirán —dijo Raúl, temiendo que la noticia le afligiría un poco más de lo que estaba.

—Pero en el ayuntamiento hay más periodistas como tú. No sé si podré esperar tanto tiempo. Es que es un mes sin vernos. Y ahora que necesito tanto contar mis cosas a alguien.

—No te preocupes, Olga. Estaremos todos los días en contacto por teléfono... y un mes pasa volando —dijo Raúl para consolarla un poco—. Yo no creo que nuestro amor se tambalee por eso.

—Yo soy de las que piensan que la distancia termina siendo el olvido. Puede ser perjudicial para nuestra relación el no vernos todos los días. El sentirnos acompañados físicamente es necesario, ¿sabes?

—Pero tienes que respetar mi trabajo, mis expectativas, mi independencia y mi libertad. Forma parte de mi trabajo. Eso no quita que te siga amando.

—El amor hay que cuidarlo día a día, y de esta manera no se puede llevar a cabo ese cuidado. Lo más seguro es que no sea esta la única vez que te manden por ahí —dijo Olga.

—Vamos, no te pongas así, que no es para tanto. Nuestra relación va a seguir siendo la misma. En una televisión local no te mandan

nunca tan lejos. ¿No ves que es solo porque es un campeonato europeo, en el cual tiene participación nuestro equipo local? —dijo Raúl cogiéndole la mano.

—Esperemos que sea así —dijo Olga.

Siguieron cogidos de la mano y continuaron el paseo por la playa, cuyas olas masajeaban los pies de la pareja mientras andaban.

—Te voy a seguir queriendo un montón, no temas —dijo Raúl, después de demostrarle su amor dándole un beso apasionado en los labios—. Ah, la otra cosa era que, como mi madre se va a quedar sola durante esos días y tú te has quedado sin trabajo, habíamos pensado que, si quieres, podrías echarle una mano en algunas cosas. Te llevas muy bien con ella —dijo Raúl.

—Sí, como siempre pagando el pato de todo. A ver, ¿habría algún horario o por libre?

—Bueno, la rehabilitación es a las siete, todos los días, por lo demás, como mejor te venga a ti. Pero no te preocupes por ahora, ya te diré cuando llegue el momento.

—¿Hay más cosas? —preguntó Olga irónicamente.

—Ah, sí. Encontré en mi casa una carta de mi madre dirigida a un tal Teófilo. Creo que tengo la primera pista importante del secreto —dijo Raúl.

—¿De dónde y quién puede ser ese tal Teófilo?

—Babelia. Por lo demás no me preguntes, pero quiero averiguarlo.

—Ese es el pueblo de al lado. La verdad es que no me suena ninguna persona con ese nombre, a pesar de conocer bastantes vecinos de aquella población —dijo Olga.

—Claro, viviste allí mucho tiempo. Pero el pueblo es muy grande y

ha crecido mucho en los últimos años. Creo que va a ser difícil saber quién es.

—¿Por qué no le preguntas directamente a ella? Así te ahorras la investigación.

—Prefiero averiguarlo por mí mismo. Tampoco quiero entrar demasiado en su intimidad —dijo Raúl.

—Claro.

A Raúl se le terminaba el tiempo. Acabaron de decirse las últimas palabras y regresó de vuelta a su casa.

Cuando llegó se encontró a su padre viendo la televisión y su madre terminando de leer su libro.

—Hijo, ya tengo preparado un nuevo libro para comenzarlo en breve. Resulta que se ve obligado a ser emperador, aun en contra de su voluntad, pero no olvida su vocación de artista y recibe clases de violín de una bella joven que al final termina siendo su esposa. ¿No te parece un final precioso? Estaba tan interesante que me lo terminé enseguida —dijo su madre.

—Guau, menudo final —contestó Raúl—. Mamá, son casi las siete. Hora de rehabilitación.

***

El día había dado para muchas cosas en la vida de Raúl. Mañana sería otro día. En un intento por saber de aquel misterio de su madre con aquella carta, decidió ir a la mañana siguiente, sábado, al pueblo de al lado para ver si podría coger alguna pista más sobre el destinatario del mensaje. Olga también fue con él, temprano,

sobre las diez. Salieron en moto y su deseo era no tardar mucho en la búsqueda. Habían propuesto después hacer tareas de limpieza en casa, como cortar y regar el césped del jardín de Olga, restaurar una mesa grande de madera que estaba un poco abandonada y una lista no pequeña de labores por hacer.

Dieron un par de golpes a la puerta de la supuesta casa donde se encontraría, en calidad de habitante, el investigado sujeto. Tardaron un poco, pero al final abrieron la puerta. Era una mujer joven, de unos treinta y cinco años con un niño pequeño en brazos, gimiendo porque tal vez tendría hambre. Ella tenía puesto un delantal y se veía que estaba inmersa en las tareas domésticas.

—Buenos días, señora. ¿Vive aquí don Teófilo Cuesta Tavárez? —preguntó Raúl.

—Sí, es mi padre. ¿Quiénes son ustedes y por qué lo buscan?

—Verá, somos vecinos del pueblo de al lado y querríamos hablar con él. Si no le importa decirnos dónde se encuentra...

—Lo siento, no está aquí en este momento. Está en el parque que hay al final del pueblo. Todas las mañanas se dirige allí y está un buen rato. Le gusta jugar a la petanca con los amigos.

—Gracias, señora. Un placer —dijo Olga.

Enseguida se dirigieron hacia el lugar que les había dicho aquella señora.

—Raúl, ten cuidado. A ver si nos estamos metiendo en cosas que no debemos —dijo Olga.

—No te preocupes, no pasa nada. Mira, allí hay unos cuantos hombres jugando. Vamos para allá.

Todavía era temprano y había poca gente disfrutando del esplendor del parque. Pero aquel grupo de hombres, que se les veía experimentados en el juego se encontraban en plena partida matinal. Raúl y Olga prontamente se encaminaron hacia donde estaban los participantes, intentando dar con la persona que estaban buscando.

—¡Perdonen! —dijo Raúl, interrumpiendo por un momento la partida—. ¿Hay aquí entre ustedes alguna persona llamada Teófilo Cuesta?

—Sí, es este señor —dijo uno de los compañeros jugadores.

Estaban acabando la partida y enseguida se acercó dicho señor.

—Buenos días, ustedes dirán —dijo el señor.

—Don Teófilo Cuesta, ¿verdad?

—El mismo.

—Verá, mi nombre es Raúl Gómez y soy periodista del Ayuntamiento de Brento, aunque esto último no tiene nada que ver con lo que necesito saber. Hace algunos meses vengo recibiendo en mi casa unas cartas por correo ordinario a su nombre, con esta dirección. Me gustaría saber por qué.

—Pero... ¿a qué dirección van? —dijo el señor Cuesta.

—Pues a la mía. Calle Dr. Garci, 33, Brento.

El señor parece que se puso un poco alterado, por no saber qué

contestar.

—Eh... No sé... No me diga que usted es el hijo de doña Socorro...

—Pues sí, soy yo. ¿A qué vienen esas cartas?

—Verá, es algo un poco largo de contar...

—No importa. Soy todo oídos.

—Eh... Está bien... No quiero que usted piense mal porque yo esté mandando esas cartas. No es nada de lo que usted se pueda imaginar —dijo el señor Cuesta—. Nosotros hemos sido amigos de la infancia desde muy pequeños. Yo vivía allí, en Brento por aquel entonces. Éramos compañeros de clase en el colegio y nos hemos llevado muy bien siempre. Formábamos parte de una pandilla para todo. Jugar, hacer los deberes, ir de excursión... Precisamente, una tarde que se decidió hacer una salida al campo con el colegio, venía también tu madre y... le salvé la vida. Así literalmente. El camino era muy pedregoso e irregular. Pasamos todos, pero ella se quedó atrás. En un desliz con el pie, cae, resbalando por un terraplén junto al camino y agarrándose como pudo a la rama de un roble que había al otro lado. A unos veinte metros desde donde estaba ella se encontraba el foso al que podía haber caído, perdiendo su vida irremediablemente, si no es porque me percaté rápidamente de lo que pasaba. Entonces, le cogí los brazos y con todas mis fuerzas logré salvarla. Esta es una de las razones más importantes por las que su madre ha querido tener comunicación conmigo y averiguar qué fue de aquel amigo de la infancia. Espero que haya quedado bien informado —dijo el señor Cuesta.

—Por supuesto, señor, lo ha explicado todo muy bien. Muchas gracias por su valentía y por haber salvado la vida a mi madre. Mi determinación de venir aquí es porque todo parecía como un misterio oculto. Yo veía las cartas y ella tampoco quería decir nada. Verá, no me gusta que mi madre tenga cosas ocultas en la familia. Me molesta, ¿sabe?

—Sí, claro, lo comprendo. Su madre me ha hablado mucho de usted

en las cartas, pero al verlo en persona puedo corroborar todo lo bueno que me decía en ellas —dijo el señor Cuesta.

—Gracias, señor Cuesta, por todo. Ha sido un placer.

—Si queréis podéis pasar por casa y tomar un té con nosotros —dijo Teófilo.

—No, se lo agradecemos, señor. Tenemos que volver —contestó Olga, quitándose la chaqueta por el calor que hacía.

Acabaron la conversación despidiéndose los tres y volvieron hacia su casa.

—Me ha parecido todo muy normal. Conque era un amigo de la infancia. Bueno, pues ya se ha desvelado el secreto —dijo Olga.

—No sé si decirle a mi madre que he hablado con este hombre. Le puede caer mal y empezar a echarme en cara mi intromisión.

—Le puedes preguntar para qué son esas cartas, a lo mejor te dice la verdad.

—No sé, ya me lo pensaré. Nos vemos esta tarde en el Oak a las cinco.

—Nooo. Hemos quedado en arreglar el jardín y más cosas —dijo Olga.

—¡Es verdad! Entonces iremos después —dijo Raúl despidiéndose de Olga mientras le daba un achuchón en la cintura.

—Hasta luego.

Cuando llegó a casa, Socorro estaba puesta en la mesa de la sala de estar, precisamente escribiendo una carta.

—Raúl, ¿sabes una cosa? Estoy manteniendo correspondencia con un amigo de la infancia. Él me salvó la vida cuando era pequeña y quiero saber de él. No quiero que sea ningún secreto para ti ni para tu padre —dijo Socorro con una simpática sonrisa.

Su padre, que estaba sentado en un sillón un poco más retirado viendo una película de Alfred Hitchcock, uno de sus directores favoritos, se quitó la pipa de la boca y también sonrió.

¿Quién llama?

Estaba amaneciendo en Brento. Se escuchaban los primeros ruidos de la mañana, como el motor de los coches, el rumor de alguna que otra persona dialogando con alguien y, cómo no, los pájaros dando sus primeras notas, alegrando al vecindario de la plaza de los Cerezos.

—Quiero despertarme —dijo Eloísa levantándose entre las suaves sábanas estampadas con flores color rosa, que tanto le gustaban para ir a dormir.

Se había acostado tarde con motivo de la celebración del cumpleaños del marido de Cristina. Era domingo y quería ir al Molino Viejo a comprar pan para su desayuno. De paso, le llevaría también a su hermana —si no estaba dormida, claro—. Era temprano, le daba tiempo ir a la panadería y luego pasarse por casa de Herminia. Le vendría bien un largo paseo para despejarse un poco.

El mar se encontraba en calma esa mañana. Empezaban a abrir los puestecillos de flores a lo largo del paseo, aunque todavía sin muchos asistentes. El sol, que mostraba un color anaranjado impresionante, iba subiendo poco a poco, parecía querer ofrecer toda su mejor apariencia. Algunas ventanas empezaban a abrirse de par en par. Era una estampa preciosa, con los vistosos geranios colgando de los balcones. Parecía una ilustración realizada por el mejor de los dibujantes.

El Molino Viejo era un despacho de pan que abría siempre muy temprano, incluso los domingos. Era un establecimiento de mucha popularidad y reconocimiento, que data del año 1862. Aunque

parezca increíble, el negocio ha ido pasando de generación en generación hasta el día de hoy, que todavía es llevado por la misma familia.

La panadería ya estaba llena cuando llegó Eloísa.

—¿Se coge número? —preguntó Eloísa.

—Sí, sí. Cójalo de ahí, por favor —dijo la dependienta.

—Vaya, cómo está esto esta mañana, y eso que he venido tempranito... —dijo una señora un tanto desesperada.

Al cabo de unos minutos pudo comprar Eloísa sus panecillos calientes, recién sacados del horno.

Cuando sale por la puerta recibe una llamada de su hermana.

—¿Vas a venir esta mañana? Estoy despierta —dijo Herminia.

—Te iba a llamar yo, pero no estaba segura si lo ibas a coger, como eres tan dormilona.

—Mándame un WhatsApp el día antes, ¿vale? Así no hay problema. Venga, te espero.

Todavía tenía que andar un trozo más hasta llegar a casa de Herminia. Tomó un trago de agua de su botella de plástico, que siempre llevaba cuando iba a dar largos paseos, como en este caso. El territorio era amplio para realizar caminatas de grandes envergaduras y era necesario ir bien preparado. Agua, buen calzado y ropa cómoda.

—Herminia, ya voy llegando —dijo Eloísa.

—Vale, te abro.

—Uf, he llegado cansadísima —dijo Eloísa mientras se dejaba caer en el sofá, con toda confianza.

—Ya te veo. Si quieres hacemos el desayuno para las dos —sugirió Herminia.

—¿Y qué hago con el resto del pan que he comprado?

—Te lo llevas y lo tienes para la comida o la cena.

—Vale, está bien. De todas formas, lo que me sobre lo puedo utilizar para mañana si lo meto un poco en el horno.

—Entonces..., ¿qué prefieres? Tengo té, café y cacao. Panecillos con mantequilla y confitura, paté, cookies... —dijo Herminia.

—Voy a tomar té con leche y mantequilla con la mermelada. Espera, te ayudo.

—No, de eso nada. Cuantos menos seamos en la cocina, mejor. Ya lo traigo yo. Tú mientras ve contándome cosas de la fiesta. Al final estuvimos juntas muy poco tiempo. Solo estuviste con tu círculo de amigos. Bueno..., excepto el rato que estuviste hablando con aquel apuesto joven...

—No era tan joven, era solo la apariencia. ¿No te lo presentaron?

—Pues no. No hacía más que dar vueltas para acá y para allá y no se presentó ninguna ocasión para hablar con él. Contigo sí que se paró bastante rato.

—Sí. Según me contó, no es de aquí de la ciudad. Es un amigo del marido de Cristina. A pesar de lo tímido que es, se ha hecho famoso de repente allí, en su tierra.

—¿De dónde es? —preguntó Herminia.

—De Cornualles. No veas lo bien que me defendí con el inglés. Hace tiempo que no lo utilizaba conversando largo tiempo.

—En mi trabajo lo tengo que emplear todos los días. No me queda más remedio.

—Los recepcionistas estáis obligados. Bueno, como te iba diciendo, este chico es muy conocido allí a través de las redes sociales porque ha sido la persona que captó las imágenes virales de un caballo salvando la vida a su dueño. Por lo visto, este, viendo en peligro a su amo, a punto de ser atacado por unos lobos, empezó a rodearlos de tal manera que logró salvarlo. Y este no es el único trabajo que le ha dado éxito. Recoge maravillas con su cámara, que ha gustado a mucha gente —dijo Eloísa.

—Entonces, tendría bastantes cosas que contarte.

—Sí, pero, por otro lado, no me acabó de gustar.

—¿Y eso? —preguntó Herminia.

—No sé. Es demasiado soñador. Tiene muchas fantasías en la cabeza. Se cree que todo lo va a conseguir. Como muy infantil, a pesar de la edad que tiene. Y yo soy una persona con los pies muy en la tierra, ya sabes.

—Comprendo. Oye, una pregunta, hermanita, si te decidieras algún día por tener pareja, ¿no tendrías miedo de algún tipo de reacción por parte de Héctor? —preguntó Herminia.

—Me lo he planteado alguna vez, para qué voy a decir otra cosa. Pero no tengo miedo. De todas formas, nuestra relación y mis sentimientos hacia él están sin vida. Todo terminó en su momento. No funciona nada. Además, desde que recibió la orden de alejamiento, empezó a rehabilitarse con el tema del alcohol y a mirar más por su salud. No creo que le dé por eso.

No paraban de hablar, mientras degustaban los panecillos con la confitura de frutas. Eloísa se acercó a una mesa blanca pequeña que había puesta junto al sofá, donde había una foto enmarcada

colocada de pie.

—¿Y este retrato? ¿Quién sacó esta foto? —preguntó Eloísa con curiosidad.

—¡Ah! Lo compré en una tienda de Nueva York. Es un misterio, no te lo vas a creer.

—Pero... si se parece un montón a mamá —dijo Eloísa.

—¿Has visto? Es un retrato misterioso. Le pregunté a la dependienta y me dijo quién lo había pintado, pero no sabía quién era la mujer —dijo Herminia.

—Por lo menos sabes el nombre del autor. ¿Lo investigaste por internet?

—Sí, ya he indagado algo. Resulta que este pintor, lo que más hace son retratos de mujeres, aunque no sean muy conocidas. Las viste, unas con velo, otras con sombrero o alguna diadema, como en este caso. Entonces, a mí me sorprendió bastante cuando la vi, por el parecido tan impresionante con mamá. Aunque sé que no es ella, todo parece un misterio.

—Pues sí, la verdad. La mujer está guapísima, como mamá. Te veo con mucho sueño. Es mejor que sigas descansando un poco. Yo me voy a ir. Gracias por todo, Herminia. La próxima vez te vienes a mi casa.

—Muy bien. Gracias a ti. Mañana vas al trabajo, ¿no? —preguntó Herminia.

—No me hables. No quiero ir al trabajo mañana. Me espera una buena carga de mercancía para reponer y no tengo el cuerpo como para muchos trotes —dijo Eloísa—. Y tú, ¿cuándo empiezas con el tuyo?

—El jueves que viene. Tengo mucha ilusión ¿sabes?

—Claro, normal. Vas a trabajar en lo que te gusta. ¡Te estrenas

como maestra de música en un instituto! —dijo Eloísa.

—¿No es genial? Me ha costado mucho trabajo acabar los estudios. Siempre he contado con el apoyo de papá y mamá, pero como he sido muy independiente, he preferido sacarme yo misma las castañas del fuego.

—Me tienes que contar el secreto para poder tener trabajo inmediatamente después de haber terminado los estudios.

—No es ningún secreto. En este caso, suerte, solo suerte —dijo Herminia.

—Dos besitos y me voy. ¡Hasta la próxima! Cuídate mucho.

—Adiós, guapísima. Igualmente te digo. Besos a los papás.

Eloísa salió de casa de su hermana con otra cara distinta a otras veces. Parece que el último encuentro que tuvieron ellas dos con su madre en casa de Herminia sirvió para algo. Hoy mantuvieron una relación cordial, amable, respetuosa y eso hizo llenar de gozo a Eloísa, porque siempre ha tratado de poner paz donde no la hay, lo que pasa que, en una personalidad tan obstinada a no querer cambiar cierta actitud, a veces es difícil. Parece que poco a poco todo va cambiando.

Mientras iba dejando el barrio de su hermana, se tuvo que detener delante de la iglesia por la aglomeración de gente que había en su explanada. Era una boda y lo estaban festejando un poco antes de irse a celebrarlo en algún sitio. La novia era de una gran belleza. No era muy alta, ojos grandes marrones y un vestido de tul con mucho vuelo. Ella pensó para sí que algunos años atrás había pasado también por esa experiencia desafortunada al final, si no llega a ser por sus tres maravillosos hijos.

Se abrió paso entre la multitud, pensando en todo aquello, hasta

que al pasar por el Ayuntamiento se fijó en el tablón de anuncios que había puesto junto a la puerta. Quiso acercarse para ver las novedades que habrían colocado recientemente. Entre otras muchas cosas había una lista enorme con el resultado de las personas admitidas y excluidas para formar parte de una bolsa de trabajo para un puesto de conserje. También se encontró con un anuncio de un crucero a Mallorca durante cinco días para personas mayores de sesenta años, con lo cual, llamó la atención de Eloísa y pensó que podría venir bien a sus padres. No dudaría en comunicárselo. Ellos hacía mucho tiempo que no salían de viaje. Pero lo que le llamó más la atención fue un curso de Técnico en Biblioteca. «¡Este es el mío! Es muy sugerente. Mañana iré a preguntar a la biblioteca, sin falta», pensó Eloísa atraída por el anuncio y atenta a todos los requerimientos y documentación que había que aportar para poder acceder a dicho curso.

Siguió andando un tanto ilusionada con lo que acababa de ver en el tablón. Enseguida sacó el móvil para llamar a su amiga Lara. Justo antes de cogerlo sonaron unas cuantas llamadas, pero sin nombre. Ella se preguntaba de quién vendrían, para devolver la llamada, pero prefirió esperar a que quien fuese volviese a telefonear.

—Lara, ¿cómo estás? ¿Te pillo en un mal momento?

—No, estaba terminando de quitar el desayuno de la mesa —dijo Lara.

—Es por si te interesa algo que he visto en el Ayuntamiento, cuando venía de vuelta de casa de mi hermana.

—A ver, dime.

—Es algo que a lo mejor te puede venir bien en estos momentos, que no tienes trabajo —dijo Eloísa.

—Ya sé, un curso.

—Pues sí, has acertado. Es de Técnico en Biblioteca. Yo sé que a ti te gusta todo ese tema. Quiero ir mañana a presentar la solicitud.

¿Vienes?

—Venga, vale. ¿Me das un toque mañana? —preguntó Lara.

—Perfecto. Nos vemos.

Yendo hacia su casa volvió a recibir otra llamada telefónica, también sin nombre, pero como la vez anterior, no le dio tiempo a contestarla. Cuando sube la cabeza hacia la vegetación, se da cuenta de que hay un hombre escalando por un árbol hasta que queda completamente cubierto por las hojas, impidiendo saber de quién se trata. Todo esto empieza a ser un poco misterioso. Ella empieza a pensar si tendrá relación el hombre del árbol con la llamada. De todas formas, ella sigue adelante y no quiere seguir pensando en ello. Lo único que le apetece es llegar a casa, leer un poco y estar con su familia.

Su madre y sus hijos les estaban esperando en casa cuando llegó.

—No veas, hija, el berrinche que tengo porque no has desayunado con nosotros. ¿Qué te ha pasado? ¿Has estado en casa de tu hermana? —preguntó Mariola.

—Sí, perdonad por no haber avisado, como otras veces me he quedado allí, pensé que ya lo sabríais. Lo siento —dijo Eloísa.

—Vale, hija, pero habéis desayunado, ¿no?

—Por supuesto y muy requetebién, con panecillos del Molino Viejo. Aquí traigo algunos. Mmmm.

—¿De qué asunto habeis estado hablando? ¿No habréis estado tratando el tema de la herencia? —preguntó su madre.

—No, mamá. Ha habido una conversación muy amena. No hemos tocado temas..., cómo podríamos definirlos..., ¿odiosos, detestables?

No, nada de eso. Hablamos un poco de la fiesta de anoche, de cómo nos lo pasamos, de su nuevo trabajo en el instituto...

—Ah, sí, que contenta estoy. Para ella eso es lo máximo, porque era lo que realmente quería hacer, trabajar en lo público, y lo ha conseguido. Así como la ves, es una chica de mucha fe. Es capaz de conseguir lo que se proponga.

—Mamá, ¿vas a ir a cantar al coro de la iglesia? —preguntó Eloísa.

—Claro, hija. A las doce y media tengo que estar allí. Debemos reunirnos todos para ensayar una nueva canción que nos han traído. A ver qué tal sale.

—También me acercaré con los niños. Por cierto, ¿no era hoy la boda de esa vecina nueva que llegó hace un año? —preguntó Eloísa.

—No. Esa chica se casaba solo por lo civil. Ha sido esta mañana muy temprano, con un montón de gente siguiéndolos alrededor.

—Pues he visto otra en la iglesia, al venir para acá. Pensé que era la de ella —dijo Eloísa mientras hojeaba el periódico y cogía una galleta del plato que había encima de la mesa de la cocina—. Según el periódico, la situación política en Italia continúa igual y los índices de pobreza actualmente en el mundo, según el Banco Mundial, son los más reducidos desde hace cien mil años. Es una gran noticia.

—¿Y a qué se puede deber, mamá? —preguntó Jaime, interesado en la conversación.

—Me alegro que hagas esa pregunta. Pues según pone aquí, básicamente es por el avance tecnológico y la industrialización, que ha llegado a países como China, Vietnam o India.

—La verdad es que esos datos dan un poco de esperanza para toda esta gente carente de tantas cosas. Ojalá todos pusiésemos poner nuestro granito de arena y así evitásemos tanto desorden en el mundo —dijo afligida Mariola—. Hoy en la parroquia pediré por todo esto.

La familia prefirió comer en casa ese día, así que prepararon salmón con verduras y natillas de postre. Seguidamente echaron la siesta, cada uno a su manera. Eloísa prefirió ver una peli en voz baja con un final un poco funesto, ya que uno de los personajes principales murió envenenado.

Su madre, Mariola, optó por hacer un poco de ganchillo y así poder terminarse un jersey color morado que no tenía aspecto de que le quedase muy mal del todo. Fabián, su padre, se acomodó en el sillón. Los niños se quedaron los tres dormidos en el sofá. Habían tenido la mañana de juegos, de tal modo que acabaron cansados. Esa tarde de domingo la pasarían tranquilos en casa.

***

Durante la noche, una vez que estaban todos durmiendo, suena repentinamente el teléfono móvil de Eloísa. Sí, suena otra vez misteriosamente y sin saber de dónde proviene la llamada. Era la tercera señal que recibe de esta enigmática e inaccesible persona. Eloísa, en un primer momento, siente miedo, porque todo esto le sonaba como a una especie de amenaza, sin saber por qué ni de quién. Eloísa no contesta nunca el teléfono durante la madrugada, si no sabe quién es el que llama, así que lo apagó rápidamente y se volvió a echar en la cama para intentar quedarse dormida.

—Eloísa, ¿quién era a estas horas? —preguntó su madre preocupada.

—Nadie, mamá, se ha cortado enseguida, sigue durmiendo.

La verdad es que le costó un poco de esfuerzo quedarse dormida, solo de pensar a qué se debían aquellas llamadas, pero necesitaba por todos los medios cerrar los ojos, descansar y olvidar todo esto, para mañana poder averiguar un poco más.

***

A la mañana siguiente, tras desayunar, decidió salir al encuentro de Lara para saber algo más sobre el curso anunciado.

El acceso a la biblioteca no era muy cómodo que digamos, ya que con las obras del metro se había quedado toda la vía urbana un poco trastocada.

—Cuánto tiempo llevamos con estas obras, madre mía, y no terminan —dijo Eloísa.

—Sí, la principal causa creo que ha sido las fuertes e intermitentes lluvias que hemos tenido durante todo el invierno y parte de la primavera.

La persona encargada en la biblioteca no tenía cara de muy buenos amigos. Cuando Eloísa pidió el impreso de solicitud para rellenar, contestó de mala gana diciéndole que no era allí donde tenía que entregarlo.

—Pero bueno, vamos a ver, si ayer lo vi perfectamente que estaba puesto en el anuncio. Es aquí —dijo Eloísa.

—Sí, el puesto es para trabajar aquí, pero la solicitud se entrega en el Ayuntamiento, ¿de acuerdo? —dijo la encargada.

—Eso no hace falta ni que me lo diga. Pues claro que es para trabajar aquí. Pero el anuncio determinaba bien clarito que la solicitud se depositaba aquí. Yo creo que aquí hay alguien que se está aprovechando de la falta de reclamaciones por parte de los usuarios, porque la eficiencia brilla por su ausencia. Por cierto,

¿sabe si va a ser por la tarde o por la mañana? ¿Cuántas horas va a durar? Es que he oído por ahí que va a ser de tarde —preguntó Eloísa.

—¿Quién ha dicho eso? No se lo puedo decir todavía.

—¿Que no? Entonces cómo cree usted que voy a presentar el documento si el curso es de mañana y trabajo en ese horario —dijo Eloísa.

—Mire, señora, no sé nada. Eso lo pregunta mejor en el Ayuntamiento —dijo la encargada, un tanto nerviosa y cansada de tantas preguntas

—Es mejor que nos vayamos, Lara. Aquí no saben nada. Qué mal repartido está el mundo. El mundo laboral en este caso. ¿Cómo se puede tener a una persona trabajando frente a un público con esa actitud? A mí no me quedan ganas de ir al Ayuntamiento —dijo Eloísa un tanto decepcionada.

—Vamos, no te desanimes. Nos daremos un paseo hasta allí y ya está —dijo Lara.

—Me encanta tu colgante de plata —dijo Eloísa.

—Sí, es un móvil que tiene significado para mí. Me lo regaló mi marido, de esas veces que te quiere obsequiar sin saber por qué.

—Oh, qué bonito. ¿Sabes? Así que lo he visto me ha venido a la mente una experiencia por la que estoy pasando. No te lo querrás creer, pero estoy recibiendo llamadas misteriosas por el teléfono. Lo estoy pasando mal. Como siga así voy a empezar a enfermar —dijo Eloísa.

—¿Tú crees en fantasmas? —preguntó Lara.

—Anda, anda, déjate de tonterías, que esto es muy serio.

—Tenemos que saber si ha dejado alguna pista en algún sitio —dijo Lara.

—No, tan solo el domingo, cuando venía de casa de mi hermana, recibí una llamada y me sorprendió ver a un individuo encaramarse a un árbol del parque, pero no pude distinguir quién era —dijo Eloísa.

—Jo, jo, ¿quién podría encaramarse a un árbol si no es porque le falta algún tornillo? Ahora, ponte a pensar.

—Voy a tener que convertirme en espía. A ver, a veces he pensado en Héctor. Aunque va mejorando, todavía no se encuentra muy bien y pasa por episodios un tanto raros. Por otro lado, también podría ser el amigo del marido de Cristina, el de la fiesta de cumpleaños, que estuvo conversando conmigo un buen rato.

—¿Tú crees? No lo parece —dijo Lara.

—¿Qué no? No quiero desmerecer su trabajo y el éxito que ha recibido con su cámara captando todas esas imágenes, pero, la verdad es que, hablando con él, noté cosas muy infantiles e inmaduras que no me gustaron para nada. En fin, que no me gustó su comportamiento. No sé si tendrá algo que ver con todo esto. Héctor nunca ha acostumbrado a encaramarse a los árboles. Vamos, nunca lo he visto. ¡Espera!, ahora que recuerdo, la figura que vi subir al árbol era delgada, de piel morena y llevaba gafas... ¡Sí!, igual que este chico. No tengo dudas. Era él.

—Menos mal, porque vuelve para su país dentro de tres días —dijo Lara.

—Uff, qué alivio. Para que veas que las personas de éxito pueden tener también una doble vida.

Nuestra misión en la vida

Era martes por la mañana y todo empezaba a arrancar en la ciudad. Era un día un poco fresco. Matilda cogió una chaqueta a cuadros, que ya había aprovechado bastante bien, pero no estaba dispuesta a darle largas todavía.

Ese día tenía previsto hacer varias cosas relacionadas con su trabajo en la institución benéfica donde trabajaba. Antes que nada, tenía que contactar con el consulado boliviano para un asunto relativo a una persona que tenía problemas documentales para ejercer el voto en su país. Después tenía una entrevista con una señora que acababa de romper una relación y se había visto en la calle, con dos hijos y apenas sin recursos. Por último, tendría que hablar con alguien que acababan de desahuciar.

—Flipi, la mañana será un poco agotadora, así que reza por mí, que los gatos de eso sabéis mucho. Muak. Adiós, pequeñín —dijo Matilda cogiendo su bolso, dispuesta a echar el día.

Por la calle no paraba el tumulto de personas y coches circulando a toda prisa para llegar a su actividad. Matilda, con su edad avanzada se ayudaba con un bastón a la hora de caminar. Eso le daba seguridad, aunque a veces le llegaba algún que otro encontronazo por un lado o por otro. En ocasiones topaba con gente honrada que enseguida pedía perdón, pero en otras, todavía no habían aprendido a vivir en sociedad o por lo menos no lo demostraban.

Iba andando hasta la segunda planta. Tenía la opción de coger el ascensor, pero podría empezar a gritar en cualquier momento porque sufría claustrofobia, así que no le quedaba más remedio que hacer ejercicio todos los días.

Cuando llegó a su despacho, ya había gente en la sala de espera. La primera en entrar sería doña Amaranta Vidal, que también traía a uno de sus hijos, al mayor. El chiquillo, sin pelos en la cabeza, porque le habían rapado, no venía con muy buen aspecto, ni desde la perspectiva de la ropa ni la de la salud. Traía un resfriado de mil demonios. Lo estaban pasando bastante mal.

—Mire, doña Matilda, he tenido que rapar a mis hijos por causa de los piojos que hay ahora en el colegio. Se lo digo porque no quiero que se sorprenda... Oh, doña Matilda, ¿qué puedo hacer ahora que me he quedado en la calle? Me han desahuciado y no tengo adónde ir. Ya no tengo calidad de vida —dijo doña Amaranta mientras lloraba porque se había quedado sin casa.

—A ver, espera, Amaranta. Tú estás viviendo ahora con tu madre ¿no? —preguntó Matilda.

—Sí, es lo único que tengo. Pero ella no puede mantenernos a nosotros. Su pensión no llega para tanto. Esto es una desesperación, Matilda.

—Vamos a ver, ¿por qué te desahuciaron? Te quedaste sin trabajo en la fábrica, ¿verdad?

—Sí, desgraciadamente hicieron reducción de plantilla y una de las afectadas fui yo. Escogieron a las más nuevas —dijo Amaranta, que seguía limpiándose las lágrimas incesantemente.

—¿Tu exmarido ayuda algo a tus hijos?

—Nada. Desde que nos separamos, no les envía nada de dinero. Vamos, es que ni habla con ellos. No sé para dónde habrá tirado. Sé que con él no puedo contar para nada. Mis hermanos, a pesar de que son unos pocos, cada uno lleva su vida y casi todos te dan la espalda. Porque yo lo que necesito es un trabajo, aunque no sea el trabajo de mis sueños, me da igual —dijo Amaranta.

Se veía que la señora Vidal se tenía que estar enfrentando a sus miedos cada día. Más que nada porque a sus hijos no les pasara nada y estuvieran bien. Por otro lado, la falta de trabajo era otro hándicap para resolver su situación.

—¿Cuál es tu sueño? —dijo Matilda.

—Mi sueño sería encontrar trabajo y salir adelante con mis hijos —decía doña Amaranta sin parar de quitarse las lágrimas con el pañuelo.

—Mira, Amaranta. Conozco una empresa cerca de aquí, ya sabes, la de embutidos... Cárnicas Volanda, que están precisando personal. Si quieres te puedes acercar a informarte.

—Ya, pero es que no me han hablado muy bien de esa fábrica. Me parece que son unos explotadores y abusan demasiado de sus empleados.

—También podrías ir al Ayuntamiento e inscribirte en la bolsa de trabajo, dentro de la categoría que quieras. También están los talleres de empleo, que para eso tienes que ir a la oficina de empleo —dijo Matilda.

—Sí, pero todo eso conlleva un proceso lento. Yo lo necesito ya.

—Pues entonces te recomiendo que vayas a este domicilio y preguntes por Silvia. Es la hija de la señora Rafaela Rosario, que va a necesitar a una persona para acompañarla durante las noches, con lo cual te pagarían más. ¿Qué te parece?

—No estaría mal. Déjame la dirección, Matilda. Muchas gracias.

—¡Suerte!

Doña Amaranta se fue un poco más animada que cuando entró al despacho de Matilda. Aquel trabajo le dio un poco de esperanza. ¿Quién sabe? A lo mejor le iría bien.

Al poco de salir esta señora, entró Raquel, la secretaria.

—¿Es ella? —Raquel no recordaba su nombre.

—Sí, tiene problemas económicos.

—¿Solo económicos? Tengo entendido que el marido va buscando venganza con su suegra.

—¿Sí? Pues no lo sabía. ¿Sabes si ha habido algún tipo de maltrato?

—Creo que sí. Algunos vecinos escuchaban cómo se quebraban los platos en el suelo. Tanto su mujer como su suegra han recibido alguna que otra agresión, lo que pasa que no lo han denunciado. ¿Y sabes dónde está viviendo? En una autocaravana que unos amigos le han dejado mientras no encuentre otra cosa.

—Qué pena. ¿Por qué no me lo habrá contado?

—Claro, la mayoría de la gente va al grano. Lo único que le interesa es el dinero y prefieren no ser escuchados para ese tipo de temas —dijo Raquel.

—También es importante conocer otros aspectos de las personas, para así poder estimar cómo podemos ayudarles —dijo Matilda.

—Por supuesto, pero la gente, en muchas ocasiones no actúa así. Yo sé de una persona que lo pasa mal y no viene aquí porque dice que no se le va a ayudar económicamente por tener familiares con bastantes recursos. Pero si no se acerca, nunca lo va a averiguar —dijo Raquel.

—Aquí se estudia caso por caso y vemos si realmente necesita ser ayudado y de qué manera. Esa es la norma que se ha mantenido siempre. La gente acude aquí y se cree que es todo como el conejo de la suerte. Llegar y topar.

Una vez que Matilda terminó de atender a los casos previstos para

hoy, algunos resueltos y otros todavía no, acudió a una reunión que había convocada desde hacía tiempo para ese día. El tema iba a ser: ¿Cómo acoger a las personas que buscan vivienda? Este tema lo prepararía Matilda para exponerlo, valorarlo y debatirlo entre todos.

Cómo se las compondría Matilda para que la reunión terminara con éxito y los asistentes no se embarcaran en asuntos que no vinieran a cuento, como en la mayoría de las ocasiones pasaba. Era una de las cosas que peor llevaba de su trabajo. A veces no se respiraba un aire demasiado limpio y no reinaba el entendimiento entre los presentes, con lo cual, nunca se llegaba a un acuerdo para llevar a buen término el asunto planteado.

—A ver, si el médico forense manifestó que esa persona murió envenenada en su piso de la calle Naranjo, como me dijo su propio hermano, este caso tendría que estudiarse a fondo —dijo el presidente de la institución, don Calixto Solano.

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó uno de los asistentes.

—Volvimos a vernos a los pocos días de venir aquí —dijo Calixto.

Las palabras de Calixto hicieron inquietar a la gente congregada.

—Vamos, vamos, que el río corra tranquilo, por favor —dijo el presidente, poniéndose de pie mientras explicaba el caso—. Estoy contando todo esto para ver qué podemos hacer para cuando la familia vuelva a venir por aquí.

—La verdad es que es un asunto de mucho peso, porque además, ahora hay una muerte de por medio y puede ser que la familia esté implicada.

Don Calixto no reconoció la voz que venía del fondo de la sala.

—Perdona, no sabía que eras tú, Ramón. Bienvenido otra vez a la entidad.

—Gracias, Calixto, ya sabéis todos que he pasado una mala racha desde el accidente en la nieve, pero estoy aquí de nuevo, sano como una pera. Lo que estaba diciendo es que puede haber partes implicadas en el asunto, las cuales podemos estar atendiendo y nosotros sin saberlo —añadió Ramón.

—Por lo visto, los agentes de policía no paran de trabajar en el asunto. Hasta que no tengamos datos fehacientes, lo mejor sería no seguir actuando —dijo don Calixto.

—Estoy de acuerdo —dijo Ramón.

—Yo también —dijo uno de los asistentes.

Al final, hubo unanimidad y se aprobó que no se siguiera con el caso hasta que la justicia no terminara de actuar.

***

La mañana había sido intensa para todos, especialmente para Matilda, puesto que es la persona de más edad que pertenece a la institución y se sentía muy cansada al final de cada jornada.

Cuando llegó a casa, enseguida le recibió su gatito Flipi, pero parece que fue de una manera para que no se diera cuenta del desastre que había formado en la sala de estar. Ella se puso las manos en la cabeza y se enfadó bastante con él porque, entre otras

cosas, le rasgó las preciosas cortinas que tan laboriosamente había estado confeccionando durante las tardes libres que había tenido el mes pasado.

—Y ahora qué hago, ¡madre mía! Esto es inaguantable. ¡Flipi! Te he educado para que no hagas este tipo de cosas. ¡Va! Es muy pequeño todavía, qué se le va a hacer. Y ahora qué hago con estas cortinas. Están para tirarlas.

El pobre gato no sabía dónde esconderse. Todo asustado, no hacía más que dar vueltas, buscando un escondrijo.

—Flipi, ven aquí. Poco a poco irás aprendiendo —dijo Matilda mientras lo cogía en sus brazos para ponerlo en su cesta.

Matilda no quiso añadir más importancia a lo sucedido y como era hora de tomar bocado, se fue para la cocina. Hoy pediría una pizza tamaño pequeño de las que venden en el Palacio de las Pizzas, un local situado junto a la playa que tiene bastante éxito de público.

La verdad es que las pizzas las hacen muy buenas y les ponen todos los ingredientes que quieras. La pidió de cebolla y champiñones, uno de sus ingredientes favoritos.

El repartidor tardó sobre una hora en llegar porque también tenía que pasarse por unas cuantas casas de la sierra.

—Muchas gracias, joven, pero creo que esta no es mi pizza. Esta es de cebolla y atún.

—Ah... ¿La suya era de cebolla y champiñones?

—Pues sí. No me diga que no la trae. Menudo día.

—Espere, en el transportín tengo más.

El chico, que se le veía bastante novato en el asunto, trataba de rebuscar, preocupado por saber si la caja se encontraba allí. Después de tanta averiguación, al final dio con ella.

—¡Qué bueno! Diste con ella. Con el hambre que tengo.

—Sí, es que creí que era la tercera caja y...

—No te preocupes. ¡Qué tengas suerte con el trabajo!

En lo que iba de jornada, el día no le había hecho mucha justicia a Matilda. Primero, con los casos que tenía que llevar adelante, que iban a ser difíciles de solventar, más que nada por el carácter de algunas de las personas con las que tenía que tratar. Segundo, lo del desastre de las cortinas y, para terminar, la tardanza de la pizza.

Esperaba escuchar algún canto del cielo que le hiciera olvidar un poco todas las cosas negativas que se le habían presentado. Así que para esa tarde tendría que pensarse algo nuevo que la hiciera salir de casa y desahogarse.

Después de comer, se le ocurrió la idea de ir a visitar a Humberto Acevedo, que había estado hospitalizado por una operación de vesícula, pero que ya se encontraba en casa. Humberto era un hombre de altura, dedicando toda su vida a su fábrica de exquisitos dulces, con mucho éxito, además.

—Doña Matilda, ¡qué sorpresa verla por aquí! —dijo don Humberto.

—Ah..., mayor sorpresa es la mía, verle tan repuesto y tan bien. ¿Cómo fue la operación?

—Fue cirugía laparoscópica, con lo que no ha sido muy dolorosa, aunque tengo un poco de inflamación, pero eso es normal.

—Tendrás que llevar algún tipo de dieta.

—No tengo que llevar una dieta especial. Solo comer sano. Tengo ya ganas de volver al trabajo.

—Eso, que seguro tienen que estar echando de menos al capitán de la empresa. ¿Cuándo crees que te reincorporarás?

—Con esta clase de operaciones, en diez días ya estoy recuperado y puedo hacer una vida normal. Mientras tanto he designado a uno de mis hijos para llevar el control de la empresa.

—Ah, seguro que cumplirá con su deber perfectamente, porque la verdad, tienes unos hijos maravillosos. Cada uno en su cargo, llevan una gran responsabilidad y muy bien llevada.

—Sí, la empresa, gracias a Dios, marcha muy bien. A veces se topa con muros difíciles de saltar y nos ponen a prueba, pero cuento con un equipo bastante capacitado y entendedor, que hace posible resolver hasta lo más intrincado.

—Sí, deben hacer una labor magnífica, según el éxito que seguís teniendo. Lo que más me gusta es el rosco de hojaldre con miel. Mmm ¡Qué bueno! ¿Cómo los hacéis tan buenos? Para chuparse los dedos. Muchas mañanas me tomo un trozo con el café con leche. Así estoy, que no quepo en la ropa, pero como tengo que cumplir con mi obligación de golosa... Cualquier día me llevo la sorpresa de la diabetes tocando a mi puerta.

—Pues tenga cuidado, pero no se olvide de mis roscos en momentos puntuales —dijo Humberto, tocándose el vientre porque estaba un poco molesto.

—Le aseguro que no. Don Humberto, ¿y su niña?

—¿Mi nieta? Muy bien. Ha terminado prácticamente en el conservatorio. La verdad es que tiene unas manos para el piano impresionantes. Los profesores decían que avanzaba de una manera desproporcionada con respecto a los otros alumnos.

—Y es verdad, yo la he visto dando recitales en algunos sitios y es impresionante lo que hace. Creo que va a llegar lejos e incluso se podrá ganar la vida con ello.

—Yo también tengo esa esperanza. Aunque va a ser duro para la familia cuando tenga que salir fuera. Pero eso es lo que ella quiere hacer —dijo Humberto.

—No debemos cortar las alas a personas que tienen claro lo que deben hacer, aunque sea una dura decisión.

—Sí, claro, no debemos hacer revocar los sueños de las personas. Cuando fue matriculada en el conservatorio, solo se hizo para que aprendiera un instrumento y tuviera un conocimiento básico de lo que es la música, pero después se fue despertando cada vez más su vocación, llegando a tener unos progresos increíbles. Creo que lo lleva en las venas.

—Sí, porque usted ha tenido mucha relación con la música también —dijo Matilda.

—Sí, es una pena no haber podido continuar, porque talento tenía, lo que pasa que eran otros tiempos y no me dejaban hacer lo que quería. Me sentí un poco manipulado. Querían revolver en mi interior todos mis dones y facultades y sacar lo mejor de mí, pero desde luego, no con la música —dijo Humberto.

—Como decía un coronel amigo mío, colaborador de nuestra institución: a cada habitante de este mundo le aguarda una misión. Eso es maravilloso. Cuando llegamos a tener esa claridad, ya todo lo demás no nos importa. Partimos de una convicción, de una determinación de que eso es lo correcto, lo que estamos destinados

a hacer, entonces estamos conformes. Aunque la vida, a veces, no es un camino de rosas y aparecen nuestras dudas y nuestros tormentos, pero al final siempre sale a la luz la elección que tomamos al principio, nuestro deber —concluyó Matilda.

—Sí, señor, muy bonitas palabras. Cómo se nota que es usted una mujer de fuertes convicciones y creencias —dijo Humberto.

—Por algo trabajo en la institución. Uno se ha criado en un ambiente familiar con muchas personas alrededor, con un determinado pensamiento, que a la vez lo llevaban a la práctica y se establecía como una red en la que todos, estábamos implicados. Eso nos daba fuerza para ser educados y preparados para que con nuestras vidas diésemos ejemplo a los demás. Con esto le tengo que dejar, don Humberto.

—Han sido muy bonitas sus palabras. Ojalá esta civilización que tenemos nunca olvidara los principios básicos para el mantenimiento y continuidad del humanitarismo. Gracias, Matilda, espero verla por aquí pronto —dijo Humberto.

—Eso, y que sea para verle totalmente curado.

***

—¡Niños, a desayunar! —dijo Matilda a sus nietos, que habían llegado esa mañana de sábado para visitar a su abuela—. Os he cocinado tortitas con chocolate y, además, pastel de zanahoria, como el que os gusta. Pero antes os tenéis que comer los cereales y la fruta.

—No voy a poder con tanto, abuela —dijo Celia, arreglándose sus rubias trencitas mientras leía sobre la mesa un cómic de Mafalda.

—Pero qué inteligente es esta niña, con lo pequeña que es y leyendo el periódico.

—Claro, Celia. Así tendríais que ser vosotros también. Creciendo en

cosas que os hagan realizaros como personas cultas y formadas, para saber llevar mejor vuestro puesto en esta sociedad que os ha tocado vivir —dijo Matilda mientras vertía la leche sobre el bol que tenía preparado Miguel por delante.

Celia arrojó una miga de pastel a la cabeza de Miguel.

—Ya sabes, Miguel, lo que tienes que hacer —dijo Celia.

Miguel enseguida sacó pecho, puso una cara seria y mostró una postura como para salir en la portada de alguna revista de actualidad.

—De mayor quiero ser profesor de ingeniería —dijo Miguel, lo que causó algunas risas por la manera divertida en que lo expresó.

Matilda terminó de echar la leche en su taza y se deleitaba viendo cómo sus nietos iban creciendo, despiertos y cada vez más conscientes del mundo que les rodeaba. Los amaba con locura, quizás no de la misma forma que amó a sus hijos. Eran otros tiempos y otras circunstancias. Recuerda una vez, con su hija mayor, la madre de Celia, cuando tenía doce años de edad, que se le ocurrió llegar sola con la bicicleta a una finca de la propiedad de su tía Chus, a las afueras de la ciudad. La que le cayó no fue poco.

—Pero ¿cómo se te ocurre irte sola con la bicicleta tan lejos y por esa zona tan apartada de la ciudad? —dijo Matilda.

—Mamá, yo solo quería ir a jugar con los primos —dijo Marisol, la madre de Celia.

—¡Cuando quieras ir a jugar con los primos, vamos todos, ¿de acuerdo? Por el momento, vamos a dejar colgada la bicicleta en un rincón durante dos meses.

—¡Nooo! No puedes hacerme esto. Es mucho tiempo. ¡La necesito antes!

—Pues así va a quedar la cosa —dijo Matilda.

La niña enseguida se fue corriendo hacia su cuarto a llorar sobre la cama. Aquello fue un mazazo para ella. Con lo que le gustaba montar en bici y de repente verse sin ella durante dos meses.

Ahora lo piensa Matilda y realmente se da cuenta que antes se castigaba más duramente que en nuestros días.

El mundo ha cambiado con respecto a aquellos años. No debió cometer aquel error y ahora se siente arrepentida porque, según piensa, la mejor manera de hacer correctos a los niños es hacerlos felices.

—Abuela, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Miguel.

—No sé, ¿qué os apetece?

—Yo me iría al parque de bolas y estaría allí durante horas metido en la piscina —dijo Miguel.

—¡Miguel y el parque de bolas! Sal y que te dé el aire —dijo Celia —. Yo compraría un helado e iría a dar una vuelta por la playa.

—Miguel, tu prima tiene razón, no puedes estar siempre en el parque de bolas. Allí, encerrado. Incluye también cosas en las que estés en contacto con el medio ambiente. ¿Por qué no vamos a ver una representación que se va a hacer a las doce y media en el parque? Es un espectáculo basado en la famosa película El mago de Oz —dijo la abuela.

—¡Síii! ¡Magnífico! —dijo Miguel, eufórico.

—Bien, voy a arreglarme un poco —dijo Celia.

—Coged el abrigo, que hace frío —dijo Matilda.

Novedades

Su pelo rubio y liso ondeaba en el aire mientras cabalgaba en medio del campo. Siempre le habían gustado los animales, especialmente los caballos. Cuando era niña sufrió una grave caída yendo hacia su casa, dentro de su rancho, que le dejó conmocionada durante un tiempo. Se fracturó la clavícula izquierda y eso le llevó una larga recuperación, además de una cierta desconfianza a tener que volver a montar. Pero era tanto su amor por estos animales, que decidió continuar con su afición.

La verdad es que lo llevaba en la sangre porque sus padres biológicos también tenían caballos en su casa, lo que pasa que ella no llegó a disfrutar de todo eso. La dejaron abandonada en un hospicio cuando tenía la edad de tres años y pasó a formar parte de una familia rica, con grandes posesiones de tierras y algunas empresas.

Se decía que el abandono fue porque la madre padecía esquizofrenia y el padre era un irresponsable, adepto a las drogas.

Cuando Elena a la edad de diecinueve años fue a recabar datos al hospicio, para obtener información sobre sus padres biológicos, el señor que la atendió le dijo que ya no vivían allí, que hacía dieciséis años que abandonaron Brento, pero que no sabía adónde podían haberse ido y que desde entonces no habían tenido más noticias suyas.

Hasta ahora, Elena no ha recibido nunca información de ellos. Es una cosa de la que le gustaría tener conocimiento, más que nada por llegar a entender verdaderamente aquella situación, poder contactar con ellos, tener una visión del estado en el que se encuentran y ver el escenario de las circunstancias que le llevaron a ser abandonada.

Elena tiene ahora treinta y seis años, vive sola en su rancho y

pertenece a una familia extraordinaria. Es hija única, y quizás eso le haya influido a la hora de adquirir una personalidad egocéntrica, aunque cada vez menos.

Junto a ella iban también varios amigos, Fabio y Alejandra, antiguos compañeros de la universidad, donde estudiaron juntos la carrera de Medicina Veterinaria.

—¿Quedamos esta tarde en el bar Oak y cantamos en el karaoke? —preguntó Alejandra

—Ah... ¿el que se ha abierto hace poco en la calle Gretel? —preguntó también Elena

—Claro, podríamos ir a dar una vuelta —dijo Fabio

—Lo siento, tengo dos visitas importantes que no puedo dejar. Es un seguimiento que estoy llevando a una familia por un perro cuya salud corre peligro. Y la otra es con Matilda Ríos. Le prometí que estaría en la clínica para poner la segunda vacuna contra la leucemia a su gato. Así que no voy a poder —contestó Elena

—Vaya, tú siempre poniendo impedimentos para no venir con nosotros. No es porque dude de lo que dices, sé que tienes mucho trabajo, pero es que llevas un tiempo siempre con las mismas respuestas —contestó Fabio

—Fabio, si lo digo es porque es verdad. Tengo mucho trabajo, gracias a Dios.

—De acuerdo. A ver para la próxima —dijo Fabio

—Eh..., a montar podéis seguir viniendo cuando queráis —dijo Elena en voz alta, pues sus amigos ya se iban alejando.

Eran las cuatro menos diez y los ojos grises de Elena estaban fijos

en el pequeño gatito de Matilda. Parece que no se molestó en absoluto con el pinchazo. Incluso quería jugar con un colgante que llevaba Elena puesto en el cuello. Le hizo mucha gracia verle comportarse así. Se sorprendió que no se asustara, como casi siempre pasa en algunos gatos. Desde luego, este era un gato especial.

—Me da la sensación de que va a ser un gato muy inteligente, Matilda.

—A mí también... De momento, ya me ha roto dos cortinas y hace sus necesidades en cualquier parte.

—Bueno, todo es poco a poco. Seguir insistiendo en su educación y ya está —dijo Elena

—¿La próxima cuando sería?

—A los tres meses, para la revacunación de la trivalente. Segunda dosis —contestó Elena

—Perfecto.

—Ahora te tengo que dejar, Matilda, voy a casa de una familia que tiene su perro grave.

—¿Conozco yo a la familia?

—No, creo que no. Son nuevos en la ciudad. Llegaron hace poco. Viven en las afueras. ¡Adiós, Flipi! Que sigas tan simpático como siempre.

Elena salió corriendo hacia la casa de esta familia situada en los aledaños de la ciudad. Era una casa grande con un gran campo

alrededor y algunos animales, como perros, caballos, ganado para pastar, etc.

Verónica se emocionó enseguida cuando vio a Elena, que entraba con su maletín de útiles necesarios para su trabajo, mientras le echaba un poco de pan al majestuoso pavo real que tenían de adorno en su morada.

—Aunque los pavos reales son omnívoros y pueden comer de todo, yo creo que sería más correcto darle maíz, cebada y verdura fresca —dijo Elena

—¡Hola! Si tú lo dices... ¿Quién lo va a saber mejor que una veterinaria como tú? —expresó la señora Granier, alegrándose de su llegada

—Vaya, veo que le gusta leer —dijo Elena

—Sí, es una de mis aficiones favoritas. Este es uno de los libros de cabecera que no faltan en mi biblioteca. Mi marido y mis hijos también comparten conmigo la misma afición

—Pues han elegido una de las mejores, si no la mejor. Para mí también es importante contar siempre con algún distraimiento para leer. Así desconecto del trajín diario.

Se fueron acercando al lugar donde se encontraba el perro, que tenía una postura un poco rara, debido a la enfermedad que estaba sobrellevando. Era un Gran Danés de gran belleza, llamado Doby, al que se le había diagnosticado torsión gástrica, por acumulación de

gases durante la digestión, y claro, había que tratarlo con urgencia, ya que el índice de mortalidad de esta enfermedad es bastante considerable, sobre todo en las razas grandes.

El pobre perro demostraba un gran ejemplo de paciencia y entereza ante el gran dolor y malestar que tenía que soportar.

—Ánimo, Doby, que verás como sales de esta. Tú eres fuerte —decía Elena mientras le observaba con detenimiento y acariciaba su pelo color marrón—. Creo que lo mejor va a ser que lo tengamos durante un tiempo bajo nuestros cuidados, allí en la clínica. Necesitaría observación continua.

—Muy bien, si es mejor así...

De lejos llegaba el sonido de una música clásica con voces líricas, que provenía del interior de la vivienda.

—Ah, es mi marido, que por la tarde le gusta descansar un poco después de la comida, escuchando ópera y esculpiendo madera.

—Yo también simpatizo con esta clase de música. Cada vez me gusta menos la que te zumba en los oídos y no te dice nada. Y lo de la escultura tampoco se me da nada mal —dijo Elena.

—Bueno, ¿sigue tomando entonces la misma medicina? —preguntó la señora Granier preocupada.

—De momento sí. Me lo llevo y ya estamos en contacto, ¿de acuerdo? La llamaré por teléfono por si hay alguna novedad.

—¿Me puedo presentar mañana? —preguntó la señora Granier

—Por supuesto. Venga por la mañana. Durante la tarde tengo una

conferencia en la universidad.

—Sin problema. Tenga cuidado, no quisiera que sufriera ningún ataque por parte de otro perro.

—¿Por qué motivo iba a sufrir algún ataque? Allí los tenemos bien vigilados y cuidados. Además, cada perro está aislado uno de otro. Adiós, señora Granier.

La señora Granier pretendía seguir con su investigación en el asunto. Por lo menos sabía que era ella. Elena era su hija. Esa hija que hace treinta y tres años dejó en aquel hospicio de la calle Abeto y que ahora la iba conociendo cada vez más, por causa de la enfermedad de su perro. Vinieron de Francia para instalarse allí de nuevo, solo por conocer a su hija. La señora Granier, supo desde un principio con qué familia se iría a vivir, aunque nunca llegó a hablar con ellos. Fue una etapa, tanto para ella como para su marido, bastante amarga, pues tuvo que desprenderse de un bebé nacido de sus entrañas por no poder hacer frente a la circunstancia que se le presentaba. La señora Granier no se sentía preparada por aquel entonces para ser madre. Era muy joven y padecía esquizofrenia en aquel momento. La evolución, durante el embarazo, no era muy satisfactoria. Ella sentía que no podría. Estaba inmersa en un mar de dudas. Tampoco estaba preparada para ser esposa, teniendo como pareja a un insensato que no colaboraba mucho en el bienestar del hogar.

Él no era muy partidario de dar a la niña en adopción; era su hija también. Sin embargo, con la enfermedad de su esposa y la situación general en la que se encontraban, llegaron a la final decisión de dejarla en adopción.

Con el transcurso del tiempo las cosas parece que fueron poniéndose mejor. Decidieron hacer una nueva vida en Francia. Allí la señora Granier tenía algunos familiares que les echaron una mano a la hora de encontrar casa y trabajo.

El señor Granier decide presentarse como candidato a las elecciones para la alcaldía de la ciudad francesa donde vivían, ganándolas tres

veces consecutivas, con una mayoría aplastante. Ella también colaboraba con él en su despacho, una vez ya elegido como alcalde, y le ayudaba en los asuntos administrativos. Así, pasaron a otra etapa mejor en sus vidas, con otra categoría y posición social que les hizo conseguir esa felicidad perdida en el camino. Formaron una familia tradicional con tres hijos maravillosos —a los que no abandonaron.

El señor Granier, después de dejar la alcaldía, siguió con su trabajo, dentro del terreno de la política, hasta que se jubiló.

—Hola, Fabio, ¿estáis ahí todavía? —preguntó Elena

—Sí. ¿Ya has cambiado de idea?

—No, no es que haya cambiado de idea, es que al final he terminado antes. Quería saber si quedaba sitio para mí.

—Pues claro, tonta. Puedes venirte cuando quieras. La botella aún no está vacía y te esperan unas cuantas canciones.

—Estupendo, ya salgo.

Elena enseguida maquilló su piel blanca, dio un poco de rubor a sus pómulos bien definidos, dejó su pelo suelto a la altura de los hombros y vistió su pequeña y delicada figura con una blusa fresca y un pantalón vaquero.

La música rock era el género de música que normalmente se ponía en el bar Oak, excepto cuando llegaba la hora del karaoke, claro.

Este ya había empezado y Elena prontamente se integró con los demás.

—¿Te pones ya? —preguntó Alejandra

—No, espera. Voy a tomar una copa antes.

Fabio enseguida se le acercó con inquietud para conversar con ella. Entre ellos dos siempre había existido buena química. Quiso preguntarle cómo le había ido el día y lo bien arreglada que estaba, pero ella hizo entender, con un ademán, que se quería marchar.

—¿Ya te quieres ir? Pero si acabas de llegar. —dijo Fabio

—Sí, pero tú, como siempre, me atosigas con tus preguntas y lo que menos quiero en este momento es ser acosada por la prensa —dijo Elena un tanto ansiosa.

—Vale, vale. Soy humano y además amigo tuyo, ¿qué quieres, que ni si quiera te hable ni me interese por ti? Siempre nos hemos llevado muy bien, no sé por qué ahora me sales con esas. A todo esto, la lasaña del otro día me encantó.

—A mí también.

—Entonces, ¿te puedo besar? —dijo Fabio.

—Fabio, ¡no seas niño!

—Estás loca y eres rara. Por esa razón me gustas. Me he desvelado por ti, hemos compartido muchas cosas, puedo hablar contigo durante horas sin aburrirme, te manifiesto mi aprecio. ¿Aún desconfías de mi amor? Quiero estar contigo.

—¿Para hacer qué? —preguntó ella

—Cualquier tontería. —Y la besa.

***

Un antiguo profesor argentino de la facultad, sabiendo la afición que Elena tenía a la escultura, le encargó una tarde que coincidieron en el ayuntamiento, un trabajo, para después regalarlo a una persona tan especial como su esposa. El trabajo le llevaría más o menos tres meses. Con el tiempo que llevaba ya en esta especialidad del arte, le daría tiempo de sobra.

Se trataba de modelar en metal una imitación de Sylvette de Pablo R. Picasso.

Elena adquirió conocimientos en una rama determinada de la escultura, que era la escultura de estilo cubista y abstracto.

Le hacían algunas obras por encargo, tanto gente de la ciudad como de fuera, aunque, con todo el trabajo que acumulaba en la clínica y en su casa, no las aceptaba todas.

Se había propuesto terminar para febrero del año próximo un gato, también de metal para el jardín de la clínica, que lo colocaría a la entrada del recinto y que según ella sería un adorno perfecto.

Pasaba sus horas libres metida en su taller haciendo lo que más le gustaba. Tenía una lista de numerosas obras de trabajos hechos, unos con el fin de venderlos, otros para exponerlos y algunos se los quedaba para ella o los regalaba.

Lo que mejor se le daba era el metal, aunque también se atrevía con el barro y la madera.

Cuando regresó a casa después de haber estado con los amigos, decidió ponerse en el taller a terminar unos cuantos trabajos. Eso le relajaba y le hacía pensar en cosas, como por ejemplo en la noche que había pasado con sus amistades y en el comportamiento que había tenido con Fabio. No estaba segura de lo que sentía por él.

Llevaban mucho tiempo siendo amigos, pero aquel beso la trastocó. Pero se sentía bien. Tenía curiosidad en saber en qué estaría pensando Fabio, qué estaría haciendo en ese momento. «Quizás esté echado en la cama pensando en la noche que hemos pasado», pensó Elena, mientras continuaba esculpiendo.

A la mañana siguiente, la señora Granier apareció como estaba acordado en la clínica para ver a su perro.

—¿Cómo está Doby? —preguntó—. Tengo ganas de llevármelo.

—Pues todavía hay que esperar algo más. Está estable, pero con la misma gravedad de ayer —dijo Elena—. Todavía le persiste una importante dilatación y torsión del estómago, tiene dificultad para respirar y salivación abundante. Está sedado; tendremos que proceder a hacer un lavado gástrico y luego una intervención quirúrgica.

—Oh, muchas cosas... ¿Cuál es tu pronóstico?

—Bueno, varía según la gravedad. Los perros que vencen las cuarenta y ocho horas superiores tienen muchas posibilidades de sobrevivir.

—Eso me da más esperanzas. Entonces, espero tu aviso con cualquier novedad.

—Por supuesto, no se preocupe.

—Pero... no me hables de usted, tutéame, por favor, que nos vamos conociendo.

—Ya, es la costumbre. Me gusta tratar con respeto a las personas y más a las que no conozco tanto.

—Pero a mí ya me conoces. Puedes tratarme con total confianza conmigo.

La señora Granier trataba por todos los medios ganarse la familiaridad y amistad de Elena. Quería hacerle saber la verdad y no sabía cómo ni por dónde empezar. La veía tan delicada y encantadora que jamás se le ocurriría hacerle daño.

—Por esta carretera seguro que llega antes a su casa. Todo recto, luego coge el desvío por la calle Poblados y enseguida estará allí —dijo Elena

—Ya..., pero mejor cojo por esta calle. Es que hace tiempo que tengo miedo a las grandes masas de agua. No sé, es una especie de fobia.

—Vaya, yo también padezco ese mismo problema desde pequeña. Pero no lo llevo tan mal. He aprendido a darme un refrescón en la playa y caminar de vez en cuando —dijo Elena

—Se llama talasofobia, y puede ser debido a alguna experiencia traumática del pasado. Solo he cogido el barco una vez en mi vida y no creo que lo vuelva a hacer. También se siente temor por lo que pueda haber bajo la profundidad del océano —dijo la señora Granier—. ¿Te has dado cuenta de una cosa? A medida que nos hemos ido conociendo, he captado que tenemos muchas cosas en común. Tú, mi familia y yo. La afición por los caballos y los animales, la música clásica y la ópera, la lectura, la escultura, esta fobia a las grandes masas de agua, el parecido físico que tienes a mi familia. —La señora Granier dio un paso adelante acercándose a Elena—. Elena, ya no puedo sostener esto por más tiempo. Tengo que revelártelo. Esperar más no sería coherente por mi parte. Elena..., yo soy tu madre biológica.

—¿Qué? —dijo Elena desconcertada.

La señora Granier se lo relató todo, desde el principio hasta el final. La reacción de Elena fue de estupefacción total. Aunque ella, en un principio, fuera al hospicio a conseguir información de sus padres y se interesase por su paradero y situación, nunca se imaginó ni por lo más remoto que pudieran ser ellos.

Aquella tarde dispuso no acudir a la conferencia que había prevista. Prefirió dar un largo paseo por la playa para reflexionar y considerar toda la información que le había sido revelada.

***

En la noche de aquel día el protagonista fue el viento, que soplaba bien fuerte golpeando las ramas de los árboles reciamente sobre la ventana del cuarto de Elena. Le costó dormir durante toda la noche. No era para menos, después de toda la avalancha de información, datos y revelaciones. Todo en relación al rumbo, dirección y evolución que había acaecido a su persona y también a su familia. No sería fácil, desde luego, para Elena aceptar todo eso. Se tendría que tomar su debido tiempo.

Todo lo que intentara su madre biológica por explicar de nuevo, para tratar de poner las cosas en su sitio, sería como querer arreglar el agujero de un calcetín con un zurcido.

Sin duda, la simpatía y delicadeza que desprendía la señora Granier siempre eran su mejor arma para embaucar y ganarse el aplauso de los demás, pero... ¿se ganaría también el afecto de Elena?

—Mamá. Perdóname por ser tan directa contigo, pero... ya sé quién es mi madre biológica —dijo Elena tomando el primer sorbo de té que había preparado su madre, como cada vez que se reunían en su

casa de la calle Modrik.

—¿Cómo? ¿Pero qué estás diciendo? —dijo su madre, llevando la mano directamente a su pecho

—Sí... Ayer de mañana quedé con una señora para que viniera a la clínica para visitar a su perro... La señora Granier. Son los vecinos que llegaron hace un año a la ciudad y viven a las afueras, en el campo. Es ella, mamá.

—No me lo puedo creer... ¿La señora Granier?

Elena volvió a sacar a la luz toda la historia y conversación mantenida en la clínica. Su madre no daba crédito a lo que escuchaba. Desde luego, no era plato de buen gusto para ella, pues no parecía muy confiada en esa familia que venía de tan lejos y que no se conocía de nada.

—Hija, sabes que siempre podrás contar conmigo para lo que necesites —dijo su madre poniendo la mano en el hombro de Elena —. Sé que con tu edad eres una mujer fuerte e independiente, pero en lo que concierne a nuestra relación madre-hija siempre estaré contigo. Quiero ayudarte, para que nunca estés sola. Voy a seguir siendo la misma, así que creo puedes estar tranquila.

—Lo sé, mamá, y quiero que sepas que por mi parte también. Siempre he confiado en ti. Gracias por todo —dijo Elena

—Y ahora ¿qué vas a hacer cuando la veas la próxima vez? ¿De qué vais a hablar?

—No sé, mamá. Estoy un poco liada. De momento, me voy para la clínica, que llego tarde —dijo Elena dándole un beso cálido y entrañable en la mejilla humedecida de su madre.

Así que varios días después de recibir la desprevenida noticia, Elena parece que se sentía mucho mejor. Todo lo iba asimilando poco a poco, encajando cada cosa en su sitio. Cada vez todo se presentaba más fácil. No quería seguir teniendo su cabeza llena de cuestiones negativas, que solo le hicieran daño y le incitaran a no salir de un círculo vicioso. Así que intentaba suprimir todo eso a través de su trabajo y demás ocupaciones. En estas cosas, Elena se llevaba siempre la palma.

—Buenos días, Verónica —dijo Elena por teléfono

—Buenos días, Elena, ¿cómo estás?

—Doby ha sobrevivido a la operación. Está muy bien.

—Ah, ¿síii? ¡Mi Doby! ¡Mi Doby! —exclamó Verónica

—Me lo llevo para allá. Hasta ahora.

Verónica Granier, llena de júbilo, ya tenía preparada la mesa con té y pastel para cuando Elena llegara. Lo tenía todo limpio y ordenado. No era para menos. Llegaba su perro, sano, y cómo no, su hija.

Doby venía metido en una gran caja, que tuvieron que transportar entre las dos al portal de la casa. Venía feliz, aunque todavía convaleciente y con mucha hambre. No había comido como Dios manda desde hacía dos semanas.

—Muchas gracias, Elena, por todo tu trabajo, ¿qué hubiera sido de

mi Doby sin ti —dijo la señora Granier

—No. Ha sido trabajo de todo el equipo, no solo yo. Ahora, y sobre todo en verano, que beba mucha agua de forma seguida, deben evitar que haga menos ejercicio físico y que no se estrese mientras come.

—Perfecto, Elena —dijo Verónica—. Doby, mira qué te tengo como regalo de bienvenida, una medalla identificativa de bronce.

—Me gustaría que pasaras dentro para que tomes una taza de té y un trozo de pastel recién traído de la ciudad.

—Tengo mucha prisa, no sé si podré...

—Vamos, si no va a ser mucho tiempo.

Elena cogió un poco de pastel de chocolate y nueces.

—Es el que más me gusta —dijo Elena

—Vaya, a mí también. Coincidimos en algo más. Espero que en adelante no perdamos el trato y la comunicación. Que haya buen entendimiento y respeto entre nosotras.

—Por mi parte, estoy de acuerdo —dijo Elena saboreando su porción de pastel

Dylan no puede más

—No puedo ir, no puedo ir, no puedo ir —repetía Leke

—Lo siento, me es imposible finalizar en mi trabajo para esa hora. Ya sabes cómo están las cosas. Al principio estaba todo muy bien, como suele ocurrir en casi todos los sitios. El horario era de cuatro a siete y a esa hora se terminaba. Pero ahora las cosas han cambiado. No tienen medida para establecer los horarios y nos tienen explotados. No soy yo solo, la lista es amplia. Pero bueno, lo que hagan los demás no me importa. Solo sé lo que yo voy a hacer. Un día de estos hablaré con el director de recursos humanos y comunicaré mi situación y punto de vista —dijo Dylan

—Dylan, la realidad es otra. La realidad es que en la mayoría de empresas en las que quieras entrar te vas a encontrar con lo mismo. Que tú es que todavía eres muy joven y no lo acabas de aceptar. A lo mejor tú, con veintidós años, todavía no lo quieres ver. Creo que lo ideal sería un trabajo de media jornada o jornada intensiva —dijo Gabriela, su prometida, al otro lado de la línea telefónica

—Bueno, pues a lo que íbamos, que lo siento mucho, pero no voy a poder estar para esa hora en la firma de discos. Discúlpame —dijo Dylan

—Discúlpame, discúlpame —repitió Leke

—Oye, dile a tu papagayo que no hace falta que repita ciertas cosas.

Nos vemos, hasta luego.

—Pobre Leke, no te quieren.

Leke tenía su cuerpo vestido de plumas verdes, azules y rojas y era la única y querida mascota que poseía Dylan. Era un papagayo muy inteligente y divertido, sobre todo cuando se disponía a repetir los sonidos que cualquiera a su alrededor emitía.

Dylan, aparte del amor y fascinación que tenía hacia su pájaro, también tenía una gran simpatía para con los pájaros salvajes. De hecho, en su tiempo libre, que venía siendo los fines de semana, siempre que podía, lo empleaba en disfrutar observando y presenciando las aves en su hábitat natural, que por otra parte no tenía que ir muy lejos, pues en Brento había una pluralidad de aves razonable, como por ejemplo alcatraces, gaviotas o cormoranes. Este sábado lo tenía reservado para irse un buen rato a la costa y fijarse en estos interesantes animales. Esto le servía para cortar con el estrés que le estaba produciendo su trabajo.

No solo tenía que realizar las tareas propias de un contable, como la contabilización de facturas, registro de impuestos, mantener al día los libros oficiales, generar informes fáciles de entender e interpretar y luego tener que valorar con eficacia si la empresa tiene algún defecto o algún aspecto en el que tenga que mejorar. No, no solo le estaba asignado eso. Además, debía elaborar y archivar documentos, negociar con proveedores y clientes, y por si esto fuera poco, atención al público, teléfono y reclamaciones. Todo en un tiempo récord y vigilado por monitores.

Lo peor es que la firma de discos de Terry Humprey, gran cantante de música country, sería esa misma tarde y por mucho que porfiara y subrayara a su jefe la significación de salir a su hora, ya se figuraba que no podría ser. Era una época de muchos pedidos que hacían los clientes a Cárnicas Volanda y la cosa no estaba como para obtener muchas autorizaciones. «No es de mi agrado, pero tendré que esperar al domingo para escuchar su concierto previsto»,

pensó para sí mismo el muchacho, mientras masticaba un chicle de menta y se preparaba para dar una vuelta, hasta la hora de comer algo.

Fuera hacía bastante fresco y caían algunas gotas, por lo que tuvo que volverse para coger su paraguas plegable azul y el chubasquero, que, por cierto, le quedaba bastante largo porque había pertenecido a su padre, que medía algunos centímetros más que él.

Con la luz un poco más apagada, a causa del tiempo, se podía ver aún mejor cómo el faro del puerto enviaba una intensa luz hacia el mar y se formaba una preciosa estampa, digna de contemplar.

Pasear y admirar lo que tenía delante le hizo recordar enseguida a sus padres, en Australia, tan lejos de él. Vino a buscarse la vida, como quien dice, buscando otros lugares, aprender otro idioma, conocer mundo..., vivir la vida por su cuenta. Fue una dura prueba para todos al principio, pero comprendiendo que se trataba de un chico bastante formado y prudente para su edad, no lo fue tanto. No los volverá a ver hasta diciembre.

Parece que la lluvia empezaba a apretar y Dylan tuvo que dar enseguida media vuelta hacia su apartamento. Era hora de comerse el plato griego que se había preparado, a base de berenjenas, carne picada y bechamel. Sí, la famosa musaka, pero sin patatas. Se le daba bien la cocina. Ya había conquistado el corazón de su prometida más de una vez con exquisitos platos, que o bien conseguía por internet o los sacaba de su propia imaginación.

—El tiempo no tiene consideración hoy conmigo, Leke. Hay que ver lo que llueve —decía Dylan mientras sacaba de la nevera un refresco y se disponía a zamparse su plato—. Pero, Leke, ¿no me defiendes? ¿No dices nada? Mmmm, ¡pero cómo está la musaka!

A Dylan le quedaba media hora para comer y descansar un poco

más.

A las cuatro tenía que volver al trabajo. Esa tarde sería un poco más dura porque estaba previsto que vinieran tres clientes a hacer pedidos importantes. Además, había que generar un amplio informe sobre el estado de las cuentas. Casi nada. Eso le llevaría toda la tarde y acabaría exhausto hasta altas horas de la noche.

—Leke, la educación que recibí en la Escuela de Administración y Finanzas no contemplaba este abuso. No es justo que mientras unos estén rascándose la barriga, haya otros que no puedan ni ir al baño cuando lo necesitan. ¿Qué te parece? ¿A que no es justo?

—No es justo —contestó bullicioso Leke

***

Al día siguiente, otra vez a la hora de comer, Dylan se encuentra con un, podríamos decir, melodrama en la casa de Constanza, la vecina de enfrente. La gente bullía para allá y para acá, tratando de saber lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Dylan a Fidel, uno de los vecinos concurrentes

—Ahí está la mujer, maldiciendo a los que han tenido la mala idea de poner su fachada de esa manera —dijo Fidel

—Oh... Hemos tenido suerte de no ser nosotros, pero la pobre... se ha tenido que llevar un chasco... —dijo Dylan

—Pero vaya chasco. La han llenado de huevos, harina y algo más oscuro, que no sé lo que es.

—Parece chocolate. ¡Vamos, casi lo justo para hacer un pastel! Eso ha tenido que ser por lo de las fiestas de disfraces que están teniendo lugar estos días. Algunos han debido confundir una fiesta con la falta de respeto y el libre albedrío —comentó Dylan

—¡Insensatos, inconscientes, sinvergüenzas! ¿Cómo han podido? ¡Hay que pedir más control policial en estos casos! Y sus padres estarán tan tranquilos —exclamaba Constanza

—Mujer, no te preocupes. Ahora lo que hay que hacer es tratar de limpiarlo todo como se pueda. Yo me ofrezco a ayudarte en lo que quieras. Me imagino que habrá alguien más aquí que quiera brindarse a ello —dijo una de sus vecinas

—Sí, contad conmigo —dijo otra

—Y yo.

—Estoy de acuerdo, pero antes tendrá que venir la policía a analizar el caso ¿no? —dijo Constanza

—Claro, esperaremos.

***

Para poder salir a través del apiñamiento de gente que había conformado en la calle, Dylan tuvo que hacer lo imposible, hasta que al cabo de algunos tropezones y encontronazos pudo abrir la puerta de su casa.

Le dio tiempo a almorzar, ordenar el apartamento y sentarse un poco a pensar lo que iba a hacer el sábado próximo. Se le ocurrió llamar a Gabriela para saber qué tal le habría ido en la firma de discos.

—Llegamos un poco tarde, porque a mi amiga le surgió un asunto inesperado. Dylan, hubo un jaleo tremendo. Acudió gente de todos lados, no solo de Brento, sino de sitios más lejanos. Todo muy bien. Te echamos de menos —dijo Gabriela

—Ya, estuve muy liado. Oye, ¿habló con vosotros Terry?

—Sí, nos dirigió algunas palabras de afecto y nos entregó unas fotos, también firmadas. El sábado te doy las tuyas. Estuvo muy amable.

—Estupendo, entonces, cuento contigo el sábado, ¿no?

—Está bien, voy. Pero no me puedo quedar mucho rato. Prometí llevar a mi sobrino al parque de bolas y el niño no está como para contradecirle mucho —dijo Gabriela—. Pero el tiempo que esté me vendrá bien para despejarme un poco. Besitos, nos vemos.

Dylan puso un trozo de fruta en la jaula de Leke. Al verla hizo un movimiento de agradecimiento y empezó enseguida a picotearla y a mirar de reojo a su dueño, que cogía su abrigo, camino para el trabajo.

Fuera seguía haciendo fresco y le apetecía colocarse algo que

abrigase su figura corta y muscular. Cada dos por tres ponía en su sitio su flequillo negro, debido a la corriente de aire un poco fuerte que había en ese momento.

Algunos vecinos ya estaban atareados con la limpieza de la fachada de doña Constanza. Fue todo fácil de quitar. A eso se le llama tener vecinos y pertenecer a una comunidad. Aunque se podía contar con Dylan para lo que se quisiera, era una de esas personas solitarias e independientes que, no es que no le gustara tener vecinos ni pertenecer a una comunidad, pero tú en tu casa y yo en la mía. A él le gusta ser libre y autosuficiente.

***

—¿Qué pasa con la limpiadora? La mesa del café tiene dos dedos de polvo. Tendré que limpiarlo yo. No pasa nada, total, por una tarea más, qué va a pasar —dijo irónicamente Dylan

—Está de baja y no han encontrado a nadie para sustituirla —dijo Bibiana, su nueva compañera de departamento

—¿Has ido a darle al señor Trueba el informe que terminé ayer? —preguntó a Bibiana un tanto preocupado

—¿Era al señor Trueba? Pensé que dijiste al señor Astudillo, porque mencionaste la segunda puerta del pasillo a la derecha...

—No. Te veo totalmente despistada. Ni dije segunda puerta ni dije señor Astudillo. Te has confundido. No sé si es porque llevas aquí pocos días, o te pasa algo. Pero fallos así te pueden costar el puesto

en cualquier parte. Ten más cuidado. ¿No te ha llamado la atención nadie?

—De momento no —dijo Bibiana, que se le iba cambiando el color de la cara a cada momento

—Aquí son muy estrictos y mediante este tipo de fallos te puedes ir a la calle más pronto y más corriendo. Verás, el señor Astudillo lleva el Departamento de Recursos Humanos, y el señor Trueba el de contabilidad, con lo cual, ya me dirás tú qué hace un informe de contabilidad en un Departamento de Recursos Humanos. Puede ser que te pase algo, no sé... En días anteriores te he visto también fallar en cosas de estas por el estilo...

—Bueno..., no sé..., es que llevo pocos días... y es todo tan estresante. Mucho trabajo, todo nuevo para mí... —dijo nerviosa la chica

—Para mí también es duro y llevo ya un año. A ver cómo te desenvuelves cuando lleves más tiempo.

Al cabo de una media hora, Dylan recibe la notificación del señor Trueba para que vaya a su despacho. De paso, cogió su cubo de la papelera para vaciarla en el contenedor de papel, ubicado al final del pasillo; cuando terminó de volcar el cubo, se percata de que hay varias arañas recorriendo el fondo del recipiente, una vez que lo había vaciado.

Dylan sufría fobia a las arañas desde que era pequeño, con lo cual, sintió una repulsión tremenda al ver aquello. Fue la gota más grande que colmó el vaso del todo. «¡También arañas! Increíble»

—¿Me podría decir, señor Trueba, de dónde vienen estas arañas que han aparecido en la papelera de mi oficina? —preguntó Dylan lleno

de angustia y agitación

—¿Cómo? ¿Qué me está diciendo, señor Garret? —contestándole con otra pregunta y como no importándole mucho su cuestión

—Señor Trueba, en el fondo de esta papelera me he encontrado con esto. ARAÑAS. Ya se ve que la higiene brilla por su ausencia en esta empresa —dijo mostrando los bichos con un gesto de rechazo y disconformidad—. Lo peor de todo es que padezco fobia a estos bichos desde muy pequeño y me siento fatal. Me ha dado un fuerte ataque de ansiedad y me voy a tener que ir a casa, lo siento.

—No me venga con chorradas, señor Garret. Esta es una empresa seria y los empleados no pueden faltar a su trabajo por esos motivos —dijo su jefe mientras daba un golpe firme y contundente sobre la mesa

—Me parece muy bien, pero yo me voy por el motivo que ya le he explicado

—Queda despedido, señor Garret —dijo el señor Trueba contrariado

—Muy bien. Era lo que estaba esperando escuchar. Me tengo que ir, pero nos volveremos a ver mañana. Buenas tardes

***

Aquella noche le costó dormir, no solo de pensar en aquellos

arácnidos, sino por el ambiente de crispación que se vivió el día anterior en la empresa.

Muy de mañana, fue al Departamento de Recursos Humanos a tramitar toda la documentación necesaria para la formalización del despido.

En esos momentos, Dylan necesitaba el apoyo de alguien; su novia, sus padres, sus amigos. Eran unas circunstancias duras por las que estaba pasando. ¿Qué haría ahora sin trabajo? Una de las cosas más importantes en la vida de una persona. Ahora tendría que acostumbrarse a esa nueva etapa que le tocaría vivir, esperando que no fuera por mucho tiempo. Todo se había convertido, de la noche a la mañana, en otro escenario. De estar prácticamente todo el día ocupado con su trabajo, a no tener ninguna tarea remunerada. Por lo menos, hasta que no encontrara otra cosa, estaría recibiendo una prestación por desempleo. Eso le ayudaría a salir adelante. Sus padres desde Australia también le podrían ayudar, pues, además, son ricos e influyentes, pero él siempre ha preferido buscarse la vida por sus propios medios. Siempre ha sido muy autónomo en ese aspecto.

El sábado amaneció despejado y parecía que el día prometía una gran oportunidad para echar una jornada gratificante en la playa.

—Gabriela, dentro de tres cuartos de hora me paso a recogerte —dijo Dylan por teléfono—. ¿Tardarás mucho?

—No, casi estoy terminando de meter algunas cosas en la mochila.

Él siguió organizando todo lo que tenía que llevarse. Iba a necesitar, aparte del bolso para la comida, un macuto donde meter la cámara de fotos que le compraron sus padres hace varios años, los prismáticos, un poco de abrigo, por si más tarde bajaba la temperatura, un buen libro, el móvil, las llaves de casa, una toalla,

por si le apeteciera darse un baño, y sobre todo las ganas de desconectar de todo y pasar un día tranquilo.

—Pues el agua está calmada esta mañana —dijo Gabriela soltando su mochila encima de una roca

—Sí, tampoco está muy fría. Está divina. ¡Mira, hay bastantes alcatraces y cormoranes! ¡Fantástico!

—Sí, será para ti. Yo mientras me tendré que poner a leer un libro —dijo Gabriela

—No te preocupes, también me ocuparé de ti. Qué pena que en estas playas no se pueda practicar el surfing.

—Sí, generalmente las olas tienen pocos metros de altura. No es como en Australia, ¿verdad? —dijo Gabriela

—No tiene nada que ver. Allí las olas son excepcionales y se puede hacer surf a todos los niveles. Allí he practicado en muchos sitios, como en la playa de Bells Beach, que tiene un oleaje macanudo.

—¿Alguna vez me llevarás allí? —preguntó Gabriela

—Por supuesto, mi amor —dijo Dylan, quitándose la camiseta para darse un primer baño—. ¿Sabes por qué tengo esta cicatriz aquí en el hombro?

—Es verdad. Nunca te lo he preguntado.

—Pues fue allí, precisamente en esa playa, haciendo surfing. Íbamos unos cuantos amigos haciendo un poco de competición, a ver quién

aguantaba más encima de la tabla sin caer al agua. Solíamos hacerlo siempre. Era muy divertido. Lo pasábamos genial. Pero las cosas siempre no pueden salir bien. Yo fui el segundo en caerme en aquella ocasión, con la mala suerte de toparme con la punta afilada de una roca. Entre el fuerte dolor y las olas, que no me dejaban avanzar fui perdiendo fuerzas, hasta que quedé inconsciente. Luego vino un equipo de rescate y todo salió bien. Por poco muero desangrado y ahogado en el agua. Fue una experiencia que me marcó, de alguna manera para siempre.

—Y tanto. Hasta te ha quedado la cicatriz —dijo Gabriela—. Oye, ¿cómo llevas lo del trabajo?

—Bueno, mejor no me preguntes. Ayer tuve un día... Fui a ver al jefe de Recursos Humanos y me dio el certificado del tiempo que he estado trabajando para la compañía. Han sido muchas cosas, Gabriela, las que he vivido allí. Más malas que buenas.

—No te angusties ahora, Dylan. Esto simplemente es una señal de algo. Todo esto lleva consigo un aprendizaje. Verás como sacas algo bueno de todo esto. Aquí estamos para aprender y mejorar en lo que podamos. Te va a salir un buen trabajo muy pronto. Seguro que sí.

—Ojalá. Gabriela, gracias por tu apoyo incondicional. Eres buena conmigo.

Y se rieron los dos de todo, mientras se bebían unas horchatas frías y picoteaban un poco aceitunas y patatas fritas.

La estancia en la playa se iba convirtiendo cada vez más en unos momentos de inmenso disfrute y placer.

—Mira, allí hay un alcatraz en una posición ideal para fotografiarlo ahora mismo —dijo Dylan

—Todo tuyo.

—No, quiero que vengas para que sientas también la experiencia —dijo Dylan—. Ya te voy diciendo.

—¿Tengo que subir a la roca? —preguntó Gabriela

—Sí, con cuidado de no resbalarte. ¿Lo ves? —dijo Dylan cogiendo el prismático, mientras ella intentaba localizar al pájaro a través de la máquina—. Son más grandes de lo que uno se piensa, ¿verdad?

—Sí, tienen una gran envergadura —dijo Gabriela asombrada

—Si quieres vamos a fijarnos en los que están en el aire y los vemos zambullirse en el agua. ¡Mira! Lo hacen verticalmente y a una gran velocidad, para poder capturar a los peces.

—¡Increíble! ¿Se quedan mucho tiempo dentro del agua? —preguntó Gabriela, con curiosidad

—Sobre unos siete segundos, pero pueden tardar más

Después de un buen rato, Gabriela empezó a mirar su reloj. Era hora de irse.

—Prohibido mirar el reloj —dijo Dylan, acomodándose en una roca

—Lo siento, Dylan, te dije que estaría aquí contigo, con la condición de que me tendría que ir antes para ir con mi sobrino. Así que no puedo seguir más tiempo, si no, me espera una buena

—Vale, no te preocupes. Lo importante es que hemos disfrutado el tiempo que hemos estado juntos

—Y mañana... ¡concierto! —dijo Gabriela, incorporando sus cosas en la mochila

—Sí, te recogeré a las siete y media —dijo Dylan, dandole un beso de despedida a su prometida

—¡Saludos a Leke! —dijo Gabriela en un tono gracioso

La tarde venía fresca

—Doña Manuela, debe atenerse a las circunstancias por las que está pasando. Ya sé que saber llevar su situación, con la familia que tiene que llevar adelante, es difícil. Y hacemos todo lo que está en nuestras manos, pero no podemos hacer nada más, salvo lo que le he dicho. Le hemos dado toda la información necesaria. También, previamente le hemos remitido a Acción Humanitaria porque allí seguro que le podrán orientar mejor en ese aspecto que nosotros —le dijo Matilda a una pobre mujer que pasaba por su institución pidiendo ayuda. La mujer parece que salió un poco más esperanzada que cuando entró, pero aun así llevaba el mismo dolor en su corazón porque todavía le quedaba mucho por luchar para conseguir lo que más necesitaba: ayuda económica y sobre todo salud para su hija, que padecía meningitis

—Gracias, señora. Me voy corriendo para el hospital a ver qué me informa el doctor —dijo la señora apesadumbrada por su situación

—Espero que todo salga bien —dijo Matilda—. Me mantendré informada, porque tengo su teléfono. Ánimo, que todo se va arreglar. No pierda nunca la esperanza.

La señora salió con prisas por la puerta de la oficina, preocupada por la comunicación que prontamente recibiría del doctor en el hospital.

—Se puede curar sin tratamiento en algunos casos, pero en otros las consecuencias suelen ser fatales, llegando a tener que recurrir a los antibióticos, como mi sobrino Telmo; pero no dieron resultado. Le

subió demasiado la fiebre y no pudieron hacer nada por él —dijo Raquel, la secretaria

—Vaya, menuda experiencia por la que tuvieron que pasar tus tíos. ¿Qué edad tenía el chiquillo? —preguntó Matilda

—Pues ya tenía sus doce años. Pobrecito mío. Todo eso generó en sus padres un gran deterioro, no solo a nivel personal, sino también laboral y de relaciones con los demás. Luego parece que todo empezó a recuperarse, cuando ella se enteró que estaba de nuevo embarazada. Ni se lo creía, porque pensaban que no iban a poder tener más hijos.

—¿Cuándo? ¿Después del suceso? —preguntó Matilda

—No, el problema venía de mucho antes. Pero, fíjate lo que son las cosas. La vida les quiso regalar un nuevo hijo, como una nueva energía que les diera ánimo y empuje para seguir adelante —dijo Raquel

—Qué bonito. Como un milagro —dijo Matilda—. Quién lo iba a decir, al cabo de tanto tiempo que iba a llegar otro hijo. Más tarde tengo que llamar a esta mujer. La he visto muy turbada por su hija.

—A lo mejor no conviene mucho molestarla, porque estará tan inmersa en sus preocupaciones... —dijo Raquel ordenando su mesa llena de papeles—. Por cierto, Matilda, ¿se sabe algo nuevo sobre la investigación policial que se está siguiendo por el caso de aquel hombre que murió envenenado en la calle Naranjo?

—Siguen los interrogatorios a la familia y demás personas requeridas. Al parecer, va a ser un caso complicado, pero nosotros seguimos con la misma orden de no intervenir con ningún tipo de ayuda hasta que todo no se esclarezca el hecho. Además, no son de

las personas que más necesidades tienen. Cuentan con el apoyo de sus familiares más allegados. También han estado trabajando hasta no hace mucho tiempo. Algunos ahorros les habrán quedado —dijo Matilda

—Son de esas personas que suelen buscarse la vida muy pronto. Lo que pasa que exprimen todo lo que se van encontrando por el camino.

—Escucha lo que dice la radio.

—¿Qué?

—Se espera una ola de calor para este fin de semana en toda la región. No puede ser. Si ayer hacía un frío desmedido que no es normal para esta época del año. Y ahora calor —dijo Matilda

—Matilda, la primavera es así de rara. Ya sé lo que haré este fin de semana. Me iré a la playa. Bueno, también dependerá de los planes de mi marido. Si tiene clases no puedo contar con él.

—¿Clases? ¿De qué?

—Es que se ha apuntado a un club de tenis, influenciado por sus compañeros de trabajo. Uno de ellos se llevó el oro en un campeonato que se celebraba hace años a nivel nacional. Él y tres compañeros más son los monitores. A veces me ha picado el gusanillo de inscribirme, porque recuerdo cuando era pequeña la afición que tenía, junto a mi amiga, de ponernos en el rellano de mi casa y no parar de jugar hasta que se iba el sol. ¡Y lo que disfrutábamos! Qué tiempos aquellos. Pero claro, ahora tengo obligaciones y también otras aficiones, que aunque algunas no estén directamente relacionadas con el tenis, pero son deporte —dijo Raquel

—Pues yo me iré con mis nietos a la casa de campo —dijo Matilda

—No está nada mal; y además con piscina y vistas a la playa. Genial.

—Sí, no me puedo quejar de mi suerte —dijo Matilda, bebiendo un sorbo de poleo menta—. Aunque no será en plan diversión ni relax. Vendrá mi hija conmigo, porque quiero hacer un poco de limpieza, como fregar los suelos y algunas vasijas que tengo en la terraza, además de otras cosas que tengo un poco abandonadas.

—Claro, es normal, no vas a cargar tú con todo. Para eso está la familia —dijo Raquel

Por la ventana del despacho se podía apreciar todavía un ambiente bastante fresco, a pesar de las predicciones que había comunicado la radio hace un momento sobre la ola de calor que pasaría por la ciudad durante el fin de semana. El paisaje presentaba muchos aspectos de un día moderadamente frío, en el que la gente que pasaba por la calle todavía llevaba sus abrigos abotonados de arriba a abajo, unos con bufanda y otros con pañuelo. La mayoría sostenían sus paraguas, debido a la inestabilidad del tiempo. La demografía de esta ciudad ha ido en aumento con el paso del tiempo, sobre todo por la estabilidad social y la política que ha mantenido el país en los últimos años, por lo tanto, no se puede negar que es una población que tiene una colección de habitantes numerosa y con múltiples rasgos y aspectos. El cielo tenía en esos momentos un tono gris propicio para empezar a llover en cualquier momento.

—A ver cómo me defiendo esta tarde en casa con toda la ropa que tengo tendida, si empieza a llover —dijo Matilda

—Jo, parece que estamos en Irlanda. Menuda primavera se nos ha presentado —dijo Raquel, terminando de introducir información en

el ordenador

—No deberíamos gruñir tanto. Dentro de nada se nos presentará el verano y no veremos ni gota de agua hasta octubre, se supone. Eso adelantándose mucho la cosa. Así que debemos estar contentos con esta bendita agua, sobre todo para nuestros campos, que tanto la necesitan —dijo Matilda

—Bueno, son las dos, Matilda. Va siendo hora de irse. A mí me espera mi familia para comer. Según el Whatsapp que acabo de recibir, están allí entusiasmados con el pollo a la pimienta y preparando la mesa. Si quieres te puedes venir —dijo Raquel

—No, te lo agradezco enormemente, Raquel, pero ya tenía mis preparativos y espero la visita de mi hija para comer —dijo Matilda

—Ah, entonces vas a estar divinamente. Vale, nos vemos mañana. ¡Qué disfrutes de la tarde! —dijo Raquel

—Igualmente. Todavía tengo que terminar de hacer el listado de alimentos, pero lo hago enseguida. Que tengas buena tarde y no os atragantéis con el pollo.

***

Buenas tardes, soy representante de la tienda «Cuatro botones» de aquí de Brento. No sé si la conoce... Bueno, verá, traigo un catálogo con un surtido de prendas para mujer, hombre y niño. Para todos.

En esta página puede ver este precioso conjunto de dos piezas en color rosa pastel, muy adecuado para esta época del año, que lo puede llevar, si quiere, para pasear, para un cóctel, o qué sé yo..., para lo que usted quiera. ¿Qué le parece? Eche un vistazo al catálogo, no tengo prisa —dijo el comercial

—Verá, señor. Me ha pillado en una hora muy crítica. Tengo gente en mi casa que me está esperando para comer. Son las tres y todavía no hemos pegado el primer bocado. Como usted comprenderá, me temo que no voy a poder atenderle en este momento. Adiós, buenas tardes —dijo Matilda, molesta por el comportamiento un poco inoportuno y pesado de este señor

—No se preocupe, señora. Le dejo el catálogo para que, tranquilamente en su tiempo libre lo pueda ver. Me pasaré la semana que viene a ver qué le ha parecido.

—Mejor me quedo con el catálogo, pero no se pase. Sé perfectamente dónde está la tienda. Me pasaré por allí si necesito algo —dijo Matilda

—Mamá, ¿quién es? —preguntó Marisol, su hija

—No, hija. Es un representante, pero ya se va.

—Aquí tiene el catálogo, señora. ¡Hasta pronto! —dijo el comercial un poco desencantado por no haber tenido suerte con nadie del vecindario que le había correspondido ocuparse durante toda la tarde

—¿Ya se ha ido? —preguntó Marisol

—Sí, se le ve un poco desanimado. Me quería colocar un traje de cóctel. Como si yo frecuentara mucho los cócteles.

—Me lo podías haber enseñado.

—Que no, Marisol. Que no me ha convencido. Soy más de visitar las tiendas. Además, lo sabes muy bien. A ver si en esta semana vamos a esa tienda y nos conviene algo para el verano.

—A mí me está haciendo falta una chamarreta para esta temporada —dijo Marisol

—Eso, que sea fina, que ya no se usan los tejidos gruesos —dijo Matilda, levantándose para ir por más pan a la cocina

—Pero qué buena está esta ensaladilla rusa. Desde luego, uno de tus mejores platos. Está para concurso —dijo Marisol

—Y ¿qué me dices del revuelto de verduras con jamón?

—De escándalo. ¡Qué virtud tienes para la cocina, mamá!

—Espero que tu puding con galletas también me sorprenda —dijo Matilda—. ¿Dónde te has dejado a Celia?

—Con su padre. Prefirieron quedarse solos y tranquilos en casa. Además, Celia tiene que hacer muchos deberes y luego ir a clase de música.

—Ah, no lo sabía. ¿Está practicando ya con algún instrumento?

—Sí, desde el primer día. Tenía muy claro que quería la flauta travesera.

—Ah, qué bien. Mi Celia dando un recital de flauta travesera. Sería

maravilloso —dijo Matilda

—Pues no te creas que tardará mucho. La veo con ganas. Anda, termina de comer y damos un paseo.

—Vale, a ver si así se me baja un poco el vientre. He comido demasiado —dijo Matilda, bebiendo un poco de agua

—Mira la tele. ¿Has visto el enunciado de ese programa? La cárcel desde dentro. Tiene que ser interesante.

—Si quieres conocer un poco mejor la cárcel y su funcionamiento, yo te puedo contar algunas historias. Para mí no es ningún descubrimiento. A lo largo de mi vida, trabajando para la institución he tenido tiempo de conocer a unas cuantas personas que han habitado en ella, algunas durante mucho tiempo. El tiempo suficiente como para haberse perdido los momentos más importantes en la vida de sus hijos. Eso sí que debe ser doloroso y un gran tormento para esa persona. Me acuerdo del caso de un hombre —le contaba Matilda a su hija mientras salían a pasear— que se había tirado entre rejas durante veinte años en unas condiciones asquerosas, en una celda llena de bichos y con una comida repelente. Lo condenaron por un asesinato que no cometió. Solo porque lo confundieron con otro hombre de un gran parecido físico. Cuando salió presentó una demanda exigiendo que le pagasen una cantidad importante de dinero por el error cometido. Al final la justicia rectificó la imprecisión en no reconocer realmente al verdadero autor del crimen, pero ya era tarde. Había pasado una parte crucial de su vida encarcelado, sin poder vivir ni compartir de cerca los mejores momentos de su familia y amigos.

—¡Ay! Creo que voy a llorar —dijo Marisol, impresionada por la historia—. Es que estoy de un sensible... y, además, cómo lo has contado tú...

—Desde luego, no es como para ponerse a cantar.

—¿Te apetece un helado —preguntó Marisol

—Pero ¿cómo puedes querer un helado con el tiempo que está haciendo?

—Pero, ¿es que todavía no sabes que a mí me gustan en cualquier estación del año? —dijo Marisol

—Sí, pero, hija, hoy podrías hacer una excepción.

—Vale, no pasa nada. Otro día será.

—Invitaré yo, ¿eh?

—Tranquila, que lo tendré en cuenta.

Seguían andando tranquilamente por el borde del paseo marítimo. Las olas iban y venían tempestuosamente por el temporal de viento que se había asentado en la ciudad desde hacía varios días. Aunque todavía no había empezado a llover, todo hacía suponer que de un momento a otro empezarían a caer las primeras gotas. Pero de momento la gente continuaba paseando junto al mar, entre otras cosas, por la estampa tan bella y atractiva que regalaba el furioso paisaje costero. Matilda y su hija quisieron también aguantar todo el tiempo que pudieron sin mojarse, para contemplar el escenario.

—¿Qué te ha parecido el paseo, mamá? —preguntó Marisol

—Genial. Me he encontrado conmigo misma, como casi siempre que salgo a caminar.

—¿Me podrían dar algo para comer, por favor? —balbuceó un pobre hombre, acercándose a las dos, que al parecer llevaba bastante tiempo sin cobrar un digno sueldo todos los meses.

Tenía un aspecto muy descuidado, le faltaban algunos dientes y llevaba un sombrero de gran dimensión. Le cubría un abrigo largo hasta el tobillo y como calzado tenía unos deportivos bastante viejos. A Marisol y Matilda les sobrecogió un poco verle con esa apariencia y su semblante, reflejaba la necesidad de ser amparado por su carestía de recursos básicos para vivir dignamente. Así que, madre e hija se vieron en la responsabilidad de ayudarle, en la medida de sus posibilidades.

—Gracias, señoras. ¡Dios las bendiga! —dijo el pobre hombre.

—No hay de qué, señor. Tenga cuidado al cruzar.

—¿Dónde está su familia? —preguntó Matilda

—Soy viudo y mis hijos no han querido hacerse cargo de mí —contestó el pobre hombre

—¿Tiene algún tipo de pensión o ayuda? —preguntó Matilda

—No tuve derecho a cobrarla en su momento por no haber trabajado los dos últimos años reglamentarios. Solo percibo una pensión no contributiva, pero me da para muy poco, como usted comprenderá —dio el hombre con cara de pocas esperanzas

—Pásese mañana por la institución donde yo trabajo, en la calle

Álamo, número 11. Estaré por la mañana. Pregunte por doña Matilda, que soy yo. A ver en qué podemos ayudarle.

—Gracias, señora, por su atención. Es usted muy bondadosa. Mañana estaré allí. ¡Bendiciones!

Matilda y Marisol continuaron su camino de vuelta a casa comentando la conversación que habían tenido con aquel hombre desvalido.

—Si la historia de la cárcel me conmovió, el encuentro inesperado con este hombre no ha sido menos impactante. Y pensar que tú te rodeas todos los días con personas de estas características. Eres fuerte, mamá.

—No se trata tanto de fortaleza como de voluntad. Solo es llegar a un nivel de conciencia tal que te haga ver que esas personas necesitan tu ayuda. Esa ayuda no va a venir de un lugar abstracto. Ahí es donde tienes que entrar a formar parte de esa asistencia o colaboración. ¿Lo entiendes?

—Sí, depende de cada uno de nosotros. Por otra parte, no es ninguna novedad. Es una cosa que frecuentemente lo están diciendo los medios de comunicación. Creo que lo de este hombre también es un poco de mala suerte —dijo Marisol

—Si quieres te puedo contar sobre un caso que nos vino hace tres años, también de un indigente. Esta vez un joven indigente de cincuenta años. Se llamaba Ramiro y no tuvo que vivir una vida fácil, la verdad. Por diferentes motivos tuvo que vivir en la calle. Sin techo propio. El entorno en el que se desenvolvía le hizo caer en las drogas y para poder adquirirla, le llevó a robar por diferentes sitios. Esto desencadenó el encierro en la cárcel, donde estuvo durante dieciocho años, perdiendo gran parte de su juventud. Cuando sale de prisión, esta persona acude a nosotros y gracias al

apoyo que recibe de nuestros colaboradores, como psicólogos, trabajadores sociales y demás asesores, Ramiro se va convirtiendo poco a poco en otra persona. Al parecer, una persona con inquietudes. Lo último que sé de él es que tiene la intención de iniciar sus estudios en Antropología este año. Quiere hacerlo como hobby, porque le gusta estudiar. Además tiene montada una zapatería que le ha proporcionado suficiente aceptación y acogida.

—¡Guau! De indigente a exitoso hombre de negocios —dijo Marisol

—Por eso te lo he querido contar, porque me parece una historia un poco peculiar. Así deberían terminar todas. Este hombre ha sabido salir del hoyo en el que se encontraba, con ayuda, por supuesto, pero ha sido él el que ha salido. Eso es tener coraje y fuerza de voluntad, ¿no te parece?

—Es un ejemplo a seguir, sin duda —dijo Marisol, echando un vistazo a los nubarrones del cielo—. Mamá, no hemos traído paraguas, como no nos demos prisa, creo que nos va a caer una buena.

—Vale, pues iremos a paso ligero. Me he acordado que tengo que llamar a la mujer que estuvo esta mañana en la institución con el problema de su hija. Sufre meningitis —dijo Matilda sacando el móvil de su bolso

—Mira, parece que hay manifestación de huelga. Es del colectivo de informáticos. Por lo visto han tenido el centro de salud bloqueado durante toda la mañana —dijo Marisol

—¿Y qué es lo que reivindican? — preguntó Matilda

—Me parece que exigen la equiparación del sueldo con respecto a los que son personal estatutario fijo, ya que hacen el mismo trabajo,

pero ganando mucho menos, además de otros derechos que tampoco les corresponde.

—Ah, sí, lo estaban poniendo por televisión el otro día. Desde luego, si desempeñan el mismo trabajo, es una verdadera injusticia y un engaño. Desgraciadamente, eso pasa en casi todos los sitios y en todos los puestos. Hace dos meses pasó igual con el colectivo de maestros —dijo Matilda

—Por otra parte, ahí están los más humildes, ganando una miseria y ni siquiera les da por montar ninguna huelga.

—No contesta el teléfono. La llamaré mañana en la oficina —dijo Matilda

Matilda y Marisol se dieron prisa en caminar, debido al tiempo que se avecinaba.

—Gracias, mamá, por esta tarde tan maravillosa que he pasado contigo. Me hacía falta tu presencia. Bueno, ya me voy para casa. Me he dejado allí asuntos pendientes.

—Dale muchos besitos a Celia, que se pase pronto a verme y que estudie mucho —dijo Matilda

—¡Vale! ¡Nos vemos! Que descanses...

Aquella noche, Matilda se bebía su vaso de leche caliente con miel, como casi siempre. Le dejó un poco a su gato, que le gustaba acurrucarse junto a sus piernas, en un cesto color marrón bien mullido que le había confeccionado ella misma. Sentada en su mecedora, frente a la chimenea, leía un libro que había sacado de la

biblioteca esa misma mañana.

En ese momento se acordó de llamar a doña Manuela, para saber el estado de su hija. Afortunadamente, le comunicó lo feliz que se sentía porque ya había salido del peligro.

Solo se escuchaba el tic tac incesante de su reloj de péndulo, marcando las nueve y media, colgado justo encima de la chimenea. En esos momentos no había nada que se opusiera o que pudiera competir con aquella escena tan plácida y tranquila. Matilda empezó a dar cabezadas en su mecedora, después enseguida reaccionaba y volvía otra vez a la lectura. El sueño le estaba venciendo poco a poco. A Flipi ya le había vencido hace media hora. Estaba totalmente enroscado y en el séptimo sueño. Matilda estaba cansada y cuando ya no pudo más fue en busca de su cama, porque seguir en su sillón se convertía en una pérdida de tiempo. Así que se plantó su pijama color azul, apagó su lámpara y se dijo: «Mañana será otro día».

Lo que Eloísa no se esperaba

—No está a la venta, señora. Está reservado para un cliente.

—No, no tengo intención de comprarla —dijo Eloísa observando con precisión una sortija que llamó su atención al pasar por delante de la joyería de la calle Génova.

Tenía que recorrerla todos los días para ir y venir del trabajo. Hecha con oro blanco y adornada con una bella circonita azul, Eloísa quedó cautivada con la alhaja, pero no quiso pensar en ello ni darle más importancia. A fin de cuentas, por una razón u otra, estaba bien surtida de adornos de ese género. De repente arrancó a correr porque llegaba tarde a su destino. Esta semana le tocaba trabajar de mañana. Se topó de frente una manifestación, y si no se daba prisa, seguro que recibiría alguna recriminación por parte de algún compañero o del propio jefe.

Eloísa, al ir entrando a la calle del supermercado, vio cómo centelleaban las luces de los coches de la policía. Toda la gente estaba en el exterior, entre otras cosas, porque no era hora de abrir todavía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eloísa a su compañera Araceli

—Estoy helada. Al parecer, han entrado esta madrugada para llevarse un montón de mercancía. Dinero no se han podido llevar porque, como sabes, hace tiempo que no se queda ni una moneda aquí dentro —dijo Araceli

—Me imagino que las cámaras lo habrán recogido todo —dijo Eloísa

—Esa es una de las cosas que están intentando ver. La verdad es que el delito que han cometido ha sido grande.

—Bueno y... ¿qué hacemos entonces? ¿Ha dado alguna orden el jefe desde que estás aquí? —preguntó Eloísa

—Sí, ha estado. Se comprende que no podemos entrar mientras la policía está investigando —dijo Araceli

—Por lo que veo, creo que vamos a tener la mañana libre. Entre otras cosas, me va a venir fenomenal. Así podré hacer algunos trámites en el ayuntamiento y el banco. ¿Sabes que la alcaldía está promocionando un plan integrado para el desarrollo emocional en la infancia? —dijo Eloísa

—No.

—Pues ya se están recogiendo las solicitudes. Es para ayudar y educar a los niños a saber gestionar mejor sus sentimientos y su mundo interior. Tengo aquí toda la información, si la necesitas...

—Gracias. ¿Dónde se harían las actividades? —preguntó Araceli

—En el colegio en el que estudien.

—Ah. Me parece interesante. Me llevo tu información y lo veo tranquilamente en casa —dijo Araceli

—Muy bien, a ver qué pasa mañana con el trabajo. ¡Hasta mañana, Araceli!

La policía seguía trabajando en el interior del local intentando coger alguna pista evidente del delito. Habían señalizado todo el lugar con cinta de balizamiento color azul y blanco, para evitar que nadie pudiera pasar. Eloísa, al ver que allí no podía hacer nada, dio media vuelta y marchó para casa, no sin antes hacer las gestiones oportunas.

—Buenos días, Jorge. ¿Te pillo en un mal momento? —dijo Eloísa

—Pues mira, precisamente estaba en medio de una discusión —dijo Jorge

—¿Sí? Espero que no sea grave.

—No, mujer. Es una cuestión de negocio familiar. Estamos cuestionando lo que te dije ayer.

—¿El qué? —dijo Eloísa

—¿Ya no te acuerdas? La situación actual en cuanto a la calidad de productos y servicios. Pero ahí no queda todo. Estamos debatiendo el lugar donde vamos a mudar nuestro negocio.

—¿Cómo? Pero si ahí estáis como reyes. ¿No sería mejor abrir una sucursal en otro sitio y conservar ese? —dijo Eloísa

—No puede ser. Los dueños del local nos dan de plazo cuatro meses

para que busquemos otro sitio. Lo necesitan para su hijo. Va a abrir una tienda de menaje y decoración. Así que estamos de patitas en la calle —dijo Jorge

—Entonces, será mejor dejarte y que sigas metido en materia —dijo Eloísa

—No, por favor. Di lo que tengas que decirme. Es que me he enrollado hablando sobre el tema y...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto, querida. No hay ni que preguntarlo.

—Lara me llamó para ver si podíamos ir al teatro. Ellos hace tiempo que no van y se acordaron de nosotros. ¿Qué dices? ¿Sacamos las entradas esta tarde? — preguntó Eloísa

—Pero... primero habrá que ver la cartelera, digo yo.

—Ah, sí. Te lo puedo decir por teléfono... o mejor te lo mando por Whatsapp y luego tranquilamente lo hablamos.

—Estupendo, no terminaré muy temprano, pero me dará tiempo a verlo —dijo Jorge

Parece ser que la vida de Eloísa había tomado una variación desde hace unos meses. Había conocido a una persona, que de una manera u otra le estaba cambiando su existencia, pero en este caso para bien. Eloísa todavía no había sacado de él ningún defecto o, por lo menos, grandes defectos, solo los que cualquier ser humano puede tener. Jorge le ayudaba en muchas cosas. Estaba con ella en buenos y malos momentos. Siempre tenía una palabra agradable con ella. Ella dice que era hora de que llegara este tiempo en su

vida. Que bastante había pasado. Hace unos meses que Eloísa consiguió su nulidad matrimonial. Ha sido un proceso un poco largo, a pesar de la abreviación que se ha producido en algunos plazos, pero aun así la tramitación ha girado en torno a un año.

***

—¿Por qué no me has abierto la puerta? —preguntó Eloísa, cargada con la cesta de la compra

—Estaba muy liada en la cocina, preparando las albóndigas para el almuerzo y se me iban a quemar. No te esperaba tan pronto —dijo su madre

—Sí, es que ha habido movida en el trabajo. Se han llevado gran cantidad de cosas —dijo Eloísa

—Pero ¿ha habido daños personales? —preguntó su madre

—No, afortunadamente. Después hice algunas gestiones y compré verdura y fruta, que sé que faltaban en la despensa. Al parecer, te ha llegado para hacer la salsa de las albóndigas.

—Sí, una aprovecha hasta el último retazo.

—Qué bien, a eso se le llama una experta cocinera —dijo Eloísa

—La que se tiene que alimentar mejor es tu hermana. He hablado con ella y las analíticas siguen igual, a pesar de que ha cambiado la

alimentación. No sé por qué. Estoy preocupada por su anemia. Es una enfermedad que hay que estar muy pendiente de ella. También le dije que se viniera a comer; no sé lo que hará.

—Estupendo. Mamá, ya me ha cobrado el banco otra vez comisión por la tarjeta. No hace nada que me quitaron otro buen pellizco. Esto es un abuso.

—La modalidad que yo uso no tiene ningún tipo de comisión. Tienes que hacer una media de cinco operaciones al mes y tú sabes que yo la utilizo mucho —dijo Mariola

—No lo entiendo. Yo la manejo también bastante y me cobran a menudo. Tendré que ir a consultar otra vez.

—De todas formas, ya sabemos que los bancos están cobrando comisión por lo más mínimo, ya sea cobrar un cheque, contratar una hipoteca, transferir dinero y un largo etcétera.

Entretanto, suena el teléfono de la casa. Era Herminia para decir que no iba a ir a comer porque había llegado agotada del trabajo y la noche antes se había preparado la comida para hoy. Mariola no hacía más que preguntarle por su salud, que se alimentara bien, con carne y verdura con hierro. Le rogó que se vieran lo más pronto posible. Herminia muchas veces no podía soportar tanto exceso de protección, así que todo esto no hizo más que contribuir a que la conversación durara menos tiempo de lo normal.

Mariola terminó de completar los platos con las albóndigas y los plantó en la mesa, vestida con un mantel de cuadros azules y blancos. Los cubiertos ya estaban puestos, así como la jarra del agua, el pan y todo lo necesario. Llamaron a los niños que estaban charlando y jugando en la sala de estar.

—¿Cuál es la mecánica de ese juego? —preguntó Beatriz

—Es un juego de cartas para que alguien no tenga más remedio que enfrentarse a una situación comprometida, o sea, pasar el marrón —dijo Jaime

—Ah, entonces no me gusta. Prefiero los juegos que te hagan pensar, como el ajedrez y el sudoku, por ejemplo —dijo Beatriz

—Creo que nos han llamado a la mesa —dijo Álvaro

***

—¿Te ha dado tiempo a ver la cartelera? —preguntó Eloísa, retocándose los labios, porque el café y el pastel habían hecho que desapareciera gran parte del carmín que había puesto en su expresiva boca.

—Sí, había unas cuantas obras que estaban muy bien. Está difícil la elección. Yo me decantaría por un clásico: Casa de muñecas —dijo Jorge

—¿Esa te gusta? Yo prefiero algo más alegre, como por ejemplo El sueño de una noche de verano, si hablamos de clásicos, claro. De todas formas, nunca vamos a estar del todo de acuerdo. A ver qué dice Lara.

Jorge y Eloísa estaban tomando café, sentados en la terraza del

conocido café La Estación, con vistas al mar. Las hojas de los árboles se movían con el viento de poca intensidad y eso hacía que sus flores, al agitarse cayeran al suelo. La temperatura era agradable e invitaba a dar una salida por el paseo. Eso se notaba, sobre todo por el número de personas que había congregadas, precisamente por aquella área de la ciudad.

De pronto se acerca una mujer llena de angustia al espacio donde ellos estaban, dando testimonio de que su hijo había desaparecido hace un buen rato y no daban con él. La verdad es que la mujer se encontraba en un gran aprieto.

—La última vez estaba junto a mí y se dirigió hacia ese edificio gris. Después ya no lo volví a ver. ¡Dios mío! Que no le pase nada.

—¿Ha denunciado usted a la policía? Debería hacerlo cuanto antes —dijo un viandante que pasaba por allí

—Sí, ha sido lo primero que he hecho en cuanto le perdí de vista — contestó la pobre señora llena de agobio e incertidumbre

—Disculpe, señora, ¿qué edad tiene su hijo? —preguntó un camarero

—Solo tiene seis años.

—Seguro que aparece, no se preocupe. Estas cosas pueden pasar — dijo Eloísa

—Hace un cuarto de hora que no le veo. Por favor, que aparezca.

Siempre le tengo dicho que si se despista debe quedarse quieto y no moverse del sitio. Espero que me haya hecho caso. Sé que tiene que estar llorando —dijo la madre

—Ahí lo tiene, señora —dijo Jorge, levantándose de la silla—. Al parecer ya lo han encontrado.

—¡Miguel! ¿Dónde estabas? —gritó su madre

—Se había dirigido al parque de bolas. Cuando llevaba un buen rato lo reconoció un vecino suyo y enseguida nos lo dijo. Al final no ha pasado nada. Menos mal —dijo la policía

—Gracias a todos, de verdad. No sé cómo expresar mi mayor gratitud por la colaboración que ha habido por parte de la gente y de la institución policial.

Después de un rato parece que todo volvió a la calma en la terraza donde estaban Jorge y Eloísa.

—Hay que ver la que se puede liar en tan poco tiempo —dijo Eloísa

—La madre estaba bastante preocupada —dijo Jorge

—Ya te digo. A veces es difícil controlar el movimiento de los niños. Lo digo por propia experiencia.

—¿Te ha pasado algo así alguna vez con los tuyos?

—Recuerdo una vez que Beatriz, cuando estábamos en la playa, una tarde de verano, eligió quedarse a jugar con una familia que teníamos al lado. Al cabo de un tiempo fui para que se comiera una rodaja de sandía. Allí no estaba. Miré por todos lados, pero por el tumulto de gente era difícil divisar su figura. Pregunté a la familia con la que había estado y me dijo que se habían ido a jugar a la orilla. Pero seguía sin verla. Me llamó la atención un barco pequeño que había puesto a unos diez metros de la orilla y... ¡le vi su cara sonriente cómo bajaba del tobogán! Mientras bajaba me decía: «¡Mamáaaaa, estoy aquí!». No sabes la alegría que me dio al verla. Es una cosa inexplicable. ¿Nunca te ha pasado una cosa así con tu hijo?

—Ahora no recuerdo bien porque tiene ya veinte años. Pero seguro que también habrá para contar algo.

—¿Damos un paseo o continuamos aquí más tiempo? —preguntó Eloísa

—Espera, Eloísa. Quería darte algo. No sé si te gustará. Lo he comprado con todo mi cariño. Cuando lo vi, enseguida me dispuse a comprarlo y pensé: «Creo que le gustará. Además, va en línea con su estilo». Jorge sacó de su bolsillo una cajita color violeta muy bien adornada con un lazo color plata. Ella todavía no se imaginaba lo que podía ser exactamente, pero por la forma de la caja y lo pequeña que era, bien podría ser un broche, unos pendientes o... un anillo.

—¡Oh! ¡Qué casualidad! Es la sortija que vi esta mañana en el escaparate y me quedé flechada con ella. ¡Gracias, Jorge! Ha sido un gran gesto y un detallazo por tu parte —dijo Eloísa, toda emocionada, a la vez que se dirigía a él para darle un suave y dulce beso en los labios.

—Me alegro que te haya gustado. Ahora si quieres ya podemos dar un paseo.

—De acuerdo.

Las gaviotas no hacían más que viajar a tierra, lo cual quería decir que iba a cambiar el tiempo. Seguramente el viento comenzaría a arreciar y los marineros no podrían salir a faenar mientras permaneciera el temporal. Pero para eso todavía habría que esperar unas horas. Mientras tanto, la gente aún disfrutaba del buen tiempo en el paseo. Un niño gozaba dando lengüetazos a su helado, cogido de la mano de su madre, y su hermano se apropiaba de un balón elegido por él en uno de los tenderetes que siempre había provistos a lo largo de la gran acera del paseo. Una pareja de enamorados participaba de la afición del patinaje cogidos de la mano. La paz y la armonía constituía la principal característica que regía todo el entorno. No parecía divisarse ningún conflicto. La ciudad estaba tranquila. No había tiempo para aburrirse.

—Eloísa, ¿mañana te incorporas al trabajo? —preguntó Jorge

—Sí, creo que sí. Tengo que llamar a mi jefe primero, a ver qué pasa. Por cierto, mañana haré la reserva de las entradas al teatro. Te mantendré informado sobre lo que diga Lara, de sus preferencias.

El día había tenido un poco de todo. Por un lado, la contrariedad del robo cometido en el supermercado, luego aquella estancia tan deliciosa en el paseo marítimo, acompañada por el contratiempo del niño perdido durante el cuarto de hora más largo que seguramente habría vivido aquella madre. La sorpresa, que hizo explotar de alegría a Eloísa cuando, de repente, se encontró con aquel anillo, que coincidentemente había visto esa misma mañana en aquella joyería. Eloísa había sido testigo de muchas cosas durante ese día. Ahora era hora de descansar y, de algún modo, construir mentalmente lo que podría ser el día siguiente, aunque luego las cosas siguieran otro camino distinto.

***

—¿Fuiste a trabajar ayer? —preguntó Lara, colocándose el fular de seda verde a juego con la falda

—Sí. La policía dice que fueron tres personas jóvenes quienes cometieron el robo. Fue una persecución larga, desde aquí hasta la ciudad de al lado. Perdieron el control de su furgoneta, hasta chocar con otro coche, pero no hubo víctimas graves —dijo Eloísa

—Entonces, han tardado poco en reparar los desperfectos provocados, ¿verdad?

—Solo han sido los daños causados por la apertura violenta de la puerta, aunque también hemos tenido que reponer toda la mercancía que faltaba. Oye, esa chaqueta te queda genial. Te hace una figura muy erguida. Me gusta —dijo Eloísa

—Me la compré en aquella boutique que fuimos una vez, pero que ahora no recuerdo el nombre... Esa de la calle Lope de Vega.

—Ah, sí. Me acuerdo porque cerca nos encontramos con una reunión de personas que querían meterse en la fuente porque hacía mucho calor —dijo Eloísa

—Enséñame tu mano. ¡Es precioso!

—¿Te gusta? Me lo ha regalado Jorge. ¿A que es bonito? Es mi anillo de compromiso.

—Divino. Se nota que hay mucha felicidad entre vosotros. Espero que siga así toda la vida —dijo Lara

—Eso espero yo también.

—Bueno, chicas, dejad de hablar, que la obra está a punto de empezar —dijo Jorge

El domingo se iba desarrollando bastante bien. Por ahora no había ningún defecto que ponerle. Eligieron por unanimidad El sueño de una noche de verano, acompañado también por la música de Mendelssohn. Maravilloso. Desde luego, el personaje de Hermia, muy bien conseguido, no solo a nivel de interpretación, sino también a nivel de vestuario y caracterización. No se hizo muy largo. En torno a las once había concluido todo. Hubo una gran ovación por parte del público. La obra fue todo un éxito.

—Ahora tendremos que ser pacientes para poder salir de aquí primero y coger un taxi después que nos lleve a casa —dijo Jorge un poco cansado de los apretujones que daba la gente, intentando abandonar el teatro.

—A mí no me importa esperar. Lo que hemos visto esta noche no tiene precio —dijo Eloísa

***

—Para la apertura de la nueva oficina habrá que tener en cuenta una serie de cosas, como por ejemplo todo el equipo informático, material tecnológico y el mobiliario. A lo mejor no se ajustan a la nueva ubicación, por los requisitos técnicos que plantean —dijo Jorge

—Claro, también deberíamos tener en cuenta el acceso para los empleados. Un lugar no muy alejado, con posibilidades de transporte público —dijo uno de los empleados que asistía a la reunión

—Ahora sí que se podría aprovechar para encontrar un local más grande, ya que está creciendo mucho la demanda de trabajo y eso repercute afortunadamente en la producción, con lo que se necesitarían también más empleados —dijo el jefe de recursos humanos

Mientras se manejaba toda aquella plática para intentar llegar al acuerdo de dónde podrían ubicar el negocio, Jorge se acordó de repente que sería una buena idea contratar a Eloísa como secretaria, teniendo en cuenta el bagaje profesional de que disponía, habiendo trabajado durante mucho tiempo en aquella empresa de automóviles.

Cuando se lo propuso, Eloísa estaba limando el cuchillo para empezar a cortar toda la verdura del estofado. Su madre se encontraba con ella. La noticia fue totalmente inesperada, como caída del cielo. Parece que la vida se volvía cada vez más confortable para Eloísa.

Alarma en el puerto

Era ya casi la hora de comer. La consulta se había quedado vacía y el doctor Carlos subrayaba bien a la señora Bustos que tuviera cuidado de no ingerir la comida sólida los primeros días después de la extracción, para evitar daños.

—No sé si me acordaré, con lo glotona y despistada que soy...

Terminaba su jornada de trabajo por hoy. Las tardes las dedicaba a estar con los niños y sus aficiones. Por su altura, podía permitirse jugar a vóley playa en un equipo formado por unos cuantos amigos de la ciudad. Debido a la práctica del deporte, su cuerpo se había transformado visiblemente, llegando a tener una estructura corporal bastante fuerte y una muy buena planta.

Hace dos años que se quedó viudo. Su mujer padecía cáncer de páncreas. Estuvo en tratamiento durante un largo tiempo, pero no sirvió para que el mal desapareciera. Debido a ello, Carlos empezó a sufrir una crisis emocional un poco fuerte, aunque ahora ya lo lleva mejor.

Por el momento vive bien solo y no necesita a nadie a su lado, excepto sus hijos, claro. Tiene su casa a las afueras de la ciudad, en una zona tranquila, donde pasa su tiempo libre cuidando un gran jardín y su perro pastor alemán de cuatro años, que le proporcionan la alegría y el equilibrio que a veces necesita.

Su jardín está repleto de muchas variedades de plantas pertenecientes a la gran flora del país. Él se encarga de recabar, a través de amigos o yendo directamente a los invernaderos del lugar, una gran diversidad de especies de plantas, provenientes de distintos puntos del país y también del extranjero. Está completamente fascinado con la flora sudamericana. Tiene especies

preciosas traídas de Caracas, como orquídeas, helechos, palmeras y otras muchas clases de plantas.

El año pasado, sus compañeros de vóley playa le enviaron una gran caja con una linda palmera de Madagascar, todavía en crecimiento, claro, porque este tipo de plantas pueden llegar a medir unos seis metros de altura. Se la entregaron con una carta cuidadosamente escrita con bellas palabras ofrecidas a su persona y especialmente a la gran dedicación y entrega a este deporte que ha significado tanto para él. Ahí está todavía, plantada en su peculiar jardín y bien acompañada de tan atractiva vegetación, que hace las delicias aun del menos aficionado a esta distracción.

El viernes por la tarde quiso llevar a sus hijos al cine y aprovechar la sesión infantil con descuento.

Los chiquillos querían detener el reloj aquella tarde por lo bien que lo estaban pasando con su padre. Era una producción francesa muy divertida, con la que había que ser muy impávido para no soltar una carcajada de vez en cuando.

Carlos sabe ejercer de padre y madre como nadie. Saca tiempo de donde no tiene y lo emplea de una manera magistral. Con imaginación, trata de descubrir actividades y entretenimientos nuevos con los que animar a sus hijos. Echan en falta a su madre, no solo por ser su madre, sino por las edades que tienen todavía. El más sublevado es el mayor, con trece años, que por nada del mundo aceptaría a otra mujer por madrastra. Nadie les trataría igual que su propia madre, según él. Es algo que no puede evitar, solo de imaginarlo le dan ganas hasta de vomitar. «Te repito y te repetiré hasta la saciedad que no estoy dispuesto a admitir a ninguna mujer suplantando a mi madre en mi casa, ¿te has enterado?», es una de las advertencias que le hace Javier a su padre cada vez que sale a la conversación el tema. Su padre no contesta. Mueve el cuello hacia otro sitio porque no quiere entrar en discusión. Está en un momento de su vida delicado. Todavía tiene muy presente la pérdida de su esposa, a la que ha querido tanto. Descubrir en estos momentos a

otra persona sería algo francamente difícil. Nadie podría sustituirla.

***

Carlos se encontraba en la biblioteca mirando la bibliografía de algún autor importante sobre jardinería para adquirir cierta obra que llevaba mucho tiempo queriendo conseguir.

—Buenas tardes, Carlos.

—Vaya, buenas tardes, Mireya, la nueva. ¿Qué tal estás? No te he visto en los entrenamientos en los últimos días —dijo él bisbiseando.

—Bueno, la verdad es que he estado un poco pachucha esta última semana —dijo Mireya tocándose el cuello

—¿La garganta?

—Sí, la dichosa garganta. Siempre me está dando problemas. ¿Qué te parece si salimos fuera para poder hablar?

Salieron a la explanada que había delante del edificio.

—Vaya. Este es un deporte en el que tienes que estar al cien por cien, si no...

—Si no... fuera. Como siga así...—dijo Mireya

—Tanto como eso... Yo también he tenido que estar ausente en alguna ocasión. Verás, cuando era pequeño —tendría unos trece años— sufrí un accidente caminando sobre el borde de un muro, en un parque de esta ciudad. El muro tendría una altura de un metro, aproximadamente. Siempre he sido un poco «manipulador» y rápido de mente. Tengo que reconocer que he hecho lo que me ha dado la gana con mis padres, que por otro lado, han sido sobreprotectores conmigo. El caso es que, por más que insistían para que bajara del muro, estaba obstinado en continuar con mi ocupación, hasta que, imprevistamente di un mal paso y caí derecho al suelo con una costilla rota. Desde entonces, he tenido que parar por lesión en algunos momentos.

—Claro, me imagino. Si estás resentido de ahí...

—Pero es que me chifla este deporte. Jugar con gente que conoces, aquí al ladito del mar... A ti ya veo que también te gusta.

—Bueno, sí. Siempre he sido muy deportista. Muy activa. En el colegio siempre destacaba en esta disciplina. Lo sigo haciendo como afición, pasatiempo. La limitación que veo es que, como no estamos federados, no se nos reconoce nada extraordinario que hagamos. Además, si sufrimos algún accidente, no existe ningún fondo de cuotas que lo cubra —dijo Mireya

—Totalmente de acuerdo contigo. Es un gran inconveniente que tenemos al no estar federados —dijo—. Vale, Mireya, nos vemos en el próximo entrenamiento.

—Muy bien, hasta luego.

—¿Vas a seguir ahí dentro? —preguntó Carlos

—Sí, tengo que ver alguna cosa más. Estoy haciendo un trabajo para la universidad. Es sobre los metales pesados.

—Ah..., pues que no te resulte muy pesado —dijo Carlos mostrando una sonrisa —. ¿Cómo puedes conjugar trabajo, estudios y casa? A

veces me viene la tentación de estudiar Biología, solo como hobby, pero por más cálculos que hago, me faltan horas en el día —dijo Carlos

—Pero si tú eres un máquina. Puedes con todo lo que tienes, ¿por qué no vas a poder con esto? Es todo organizarte.

—Es todo tener tiempo. Tendría que dejar alguna de mis aficiones, pero por el momento no creo que pueda. Bueno, voy a parar de hablar, que me tengo que ir —dijo Carlos

—Hasta luego, cuídate.

Parece que Mireya sentía cómo su corazón le latía más rápido de lo normal durante todo el trayecto a su casa. Era algo que no se podía explicar. Ella sabía perfectamente que el sentimiento que percibía no iba a llegar a ningún sitio. Ni por su parte ni por la de él iban a existir grandes esfuerzos porque los sentimientos hicieran ensamblar el afecto y la simpatía que ambos se tenían el uno al otro.

***

Carlos tenía que recordar a doña Marta Gutiérrez que viniese a consulta para darle unas explicaciones sobre el orden en que debía proceder con el tratamiento que le había prescrito, debido a su gingivitis. «En cuanto llegue, la llamo», pensó Carlos

La clínica de Carlos lleva abierta cuatro años. El comienzo no fue muy fácil que digamos, como ocurre en casi todo, pero poco a poco ha ido ganando fieles clientes, gracias no solo a su profesionalidad y de todo su equipo, sino también a la habilidad en el trato amable

con los pacientes y su gesto de cordialidad para con todo. Por eso, en un corto periodo de tiempo, no tardó en tener éxito.

—Siéntese cómoda —dijo el doctor

—Gracias. ¿Va a empezar ya, doctor Carlos?

—Tutéeme si quiere, Marta, que ya hay confianza.

—Sí, pero es que me gusta tratar con respeto a las personas, aunque ya las conozca —dijo la señora Gutiérrez

—Eso pasa al principio, luego ya hay que soltarse un poco. Es mejor hablar con confianza.

La señora Gutiérrez se sacudió la gran melena de pelo que portaba, siempre suelta por encima de los hombros, mientras se cubría el cuello con un florido pañuelo color azul pastel y después se sentó.

—¿Cómo sigue tu marido? —preguntó Carlos

—Oh... Está hecho un toro.

—¿Sí? Con lo que ha sufrido con el herpes. ¿Le ha quedado alguna secuela?

—¿Has visto? Con lo que ha sufrido. Bien del todo no se queda. Por lo menos eso ha dicho el médico. En algunas ocasiones sigue sintiendo calambrazos.

—Ya. Ese tipo de virus provoca mucho dolor, aunque todo se suele

resolver al cabo de una o dos semanas.

—¿Dos semanas? Mi marido se ha tirado de baja un mes entero. Le ha atacado demasiado. Ha sido de los peores.

—Marta, vendrás el lunes que viene para una limpieza dental en la que te eliminaremos los restos de placa y sarro. Después la restauración dental, porque he visto que en algunas partes lo necesita y por último te orientaremos para que desde casa sepas cómo mantener una buena higiene bucal. ¿De acuerdo?

—Vale. Entonces el lunes. Una pregunta, ¿podría traer ese día a mi hija para una ortodoncia que necesita? —preguntó Marta

—No, para ella mejor te doy cita para otro día. ¿Qué te parece el miércoles?

—De acuerdo. Gracias por todo, Carlos.

La ciudad parecía tranquila a esas horas de la mañana. La plaza de los Cerezos, tenía ya bastante gente paseando por su suelo empedrado. Unos con más prisa que otros, y otros sin ninguna prisa.

Durante varias mañanas venía apareciendo un enigmático hombre peculiarmente vestido con chaqueta negra, pantalones anchos y camisa floreada, portando una carpeta de documentos. Siempre cruzaba la plaza sobre la misma hora en dirección a la calle Granados. No era muy usual ver a alguien vestido así, con ese aspecto todos los días.

—¿Quién será ese tipo con tan mal gusto para vestir? —se preguntaba Rosi, la chica auxiliar que trabajaba con Carlos en la consulta.

—Lo desconozco por completo. El caso es que se le ve pasar todos los días con esa apariencia tan peculiar... —dijo Carlos

—Bueno, seguro que alguien nos lo dará a conocer. Aquí nos enteramos de todo —dijo Rosi

***

Carlos tenía por delante dos alternativas para pasar el domingo: estar en familia o con sus amigos. La segunda opción se trataba de pasar un día de montaña y llegar al punto más alto de los montes Azunates. Todo muy tentativo, el único inconveniente es que Carlos tiene miedo a las alturas y eso le provocó gran desilusión, porque le hubiera venido muy bien la escapada al aire puro. Así que no le quedó otra elección que transcurrir el fin de semana en el puerto, que está lleno de entretenimiento, tiendas y bares por todos lados.

Los chiquillos no mediaron palabra ni rechistaron al respecto. Enseguida se les vio dispuestos y entusiasmados con la propuesta, sobre todo por ver los mercadillos y las tiendas, montarse en la noria, comer helado y chucherías. Era fantástico.

—Papá, ¿podremos visitar el barco carabela que ha venido para estar expuesto todo el fin de semana? A mis amigos les encanta. Es de la época de los descubrimientos y, además, dentro te explican con detenimiento el nombre de cada objeto, su funcionamiento —dijo Javier, el mayor de los hermanos

—Está bien, yo creo que nos dará tiempo a ver muchas cosas. Aunque también vamos con los abuelos. Tenemos que ir al paso de ellos.

El plan estaba completamente diseñado para no aburrirse ni un ápice. Tantas cosas que ver y con esas características, daba para mucho.

***

El día se despertó bastante soleado y con suave brisa. El timbre empezó a sonar más temprano de lo normal y es que a estos abuelos, cuando les dan vuelo para salir o estar con los nietos, no hay quien les detenga. La abuela Margot lucía un sombrero de ala ancha, tipo pamela, pero más recortada.

—Hace demasiado sol y no me puede incidir en la cara. Enseguida me salen manchas —dijo Margot, retocándose la nariz.

—Claro, y de paso ostentamos un poquito, ¿no? —dijo su marido Ángel

—Perdona, yo no ostento de nada. Como bien sabes desde que me conoces, tengo la piel muy sensible. ¿Y tú? Adónde vas con esos zapatos, que parece que vienes de la guerra. Mira quién habla. Dejándome a mí por presuntuosa y él llevando unos tanques en los pies. ¡Qué mal gusto!

—Vale, ¡ya!, ¿nos vamos para el puerto? —preguntó Carlos

—Por mí sí —dijo Margot

—Síiiii, ¡vamos! —contestó Pablo, el más pequeño

—Estupendo, cojo el móvil y salimos.

Una vez en el puerto, estuvieron tomando café, helado y refrescos en los bares que había por allí. Visitaron la carabela, que tantas ganas tenía de ver Javier. Fue asombrándose por todo lo que veía y preguntándole al guía todas las dudas que le iban apareciendo. «Es un chico bastante aplicado para estudiar y la Historia es una de las cosas con las que más simpatiza», le explicaba su padre al guía que les había tocado para mostrarles el barco

—Abuelo, ¿tú no subes a la carabela? —preguntó Javier.

—Prefiero quedarme por aquí, mientras tanto.

—Where is the street market, please?

—¿Qué? —contestó el abuelo un poco cortado—. Javier, ayuda a esta señorita extranjera, que está preguntando algo.

—Abuelo, quiere saber dónde está el mercadillo.

—Bueno, pues díselo tú —dijo el abuelo

—The street market is there, beside de Ferris Wheel —dijo el muchacho

—Oh, thank you very much. You are kind!

—Ok, bye. Thanks.

—¿Has visto qué nieto tengo? —dijo el abuelo dirigiéndose a Margot

—Abuelo, es que los idiomas se me dan muy bien —dijo Javier

La visita al puerto estaba siendo todo un éxito, todo parecía tranquilo. De repente se oye un grito.

—¡Ahh..., socorro, auxilio, ayuda! ¡Al ladrón, al ladrón! ¡Llamen a la policía!

A la pobre Margot le habían asaltado unos cuantos mangantes para llevarse su bolso. No le dio tiempo siquiera a averiguar quiénes eran. Solo sabía que eran unos chicos jóvenes, pero no tenía conocimiento si eran de la ciudad o de fuera.

—Madre mía, no me preocupa lo que llevaba dentro, tan solo el mal rato que estoy pasando. Esto es perjudicial para mi corazón. Yo ya no tengo energía para soportar estas cosas —dijo aturdida doña Margot.

—Mamá, a lo mejor la policía los coge. Yo los he llamado en cuanto he oído tus gritos. No te preocupes.

—No voy a hacer ningún comentario. Como siempre, desprevenida de todo. Solo pensando en sus cosas. Claro, así cómo va a darse cuenta de nada.

—¡Tú te callas! ¿Qué pasa? En vez de defenderme en la situación en la que me encuentro, te pones a reprocharme cosas. Perfecto, muy

bonito. ¡Y que sepas que todo lo que acabas de decir es falso!

Al cabo de un tiempo, habiendo perdido las esperanzas de encontrar lo perdido, se oye una voz grave detrás de la abuela.

—¿Doña Margot? —dijo la voz—. Aquí tiene su bolso, sano y salvo.

—No puede ser. ¡Qué eficacia, señor policía! —dijo Margot sorprendida.

—¿Lo ves? Te dije que lo encontrarían. Ha sido fácil. ¿Lleva el dinero? —dijo Carlos.

—A ver... ¡Sí! Está todo tal y como lo dejé. Gracias a Dios.

—Perdóname, Margot, por lo que te dije antes. Fui un poco brusco —dijo Ángel, el marido de Margot.

—Bueno, eso ya lo hablaremos en casa—dijo Margot

—Vámonos para casa chicos. Ya ha estado bien por hoy. Pero que conste que lo hemos pasado genial —dijo Carlos

—Sí, que conste. Es como si hubiésemos participado en una película de bandas de delincuentes. Al final ha sido hasta divertido. Menos cuando la abuela se puso mal, claro —dijo el pequeño

***

El lunes, a primera hora, ya estaba Rosi ordenando la sala de espera y dando algunos toques de limpieza a la consulta, antes de que

empezaran a llegar los primeros pacientes. Estaba previsto que el doctor Carlos tuviera que atender a seis personas en el transcurso de toda la mañana. La primera de ellas, como ya le había indicado el doctor, sería señora Gutiérrez.

—¿Ha llegado el doctor? —preguntó la señora Gutiérrez

—Sí, ya le dejé nota de que iba a llegar a primera hora —contestó Rosi

—Muy bien, me sentaré por aquí.

—Otra vez está cruzando la plaza ese señor raro.

—Sí, ya sé quién es. Resulta que es el marido de una tal señora Morales que vive en la calle Granados. Desde que sufrió un terrible accidente en la carretera hacia Dos Campos, no está en plenas facultades mentales. Está en trámite de separación y pasa todos los días a dar la lata a la mujer, con papeles e historias —dijo la señora Gutiérrez

—Pobre hombre por estar así, y pobre mujer por tener que soportar todo eso —dijo Rosi

El doctor Carlos, después de haber hecho la limpieza y demás cosas que tenía programado efectuar a la señora Gutiérrez, la despidió amablemente hasta la próxima visita, que sería con su hija el miércoles, para lo de la ortodoncia.

Resultó ser muy buena idea para ella cambiar de dentista. El anterior no le acababa de gustar. No reunía las mejores condiciones. En primer lugar, tenía la sala de espera hecha un desastre. Los

pacientes no se podían sentar cómodamente con tantas revistas pasadas de fecha encima del sofá. El tipo era un poco retorcido y poco amigable. Encima le cobraba un ojo de la cara y los tratamientos no eran muy efectivos.

—Entonces, hasta el miércoles, con su hija. Buenas tardes, que tenga un buen día —dijo el doctor Carlos.

Tenía todavía que atender a varios pacientes hasta terminar la jornada de la mañana. Esa tarde se había prometido darse un premio, como por ejemplo quedar con sus amigos del vóley playa en un pub de la ciudad donde solo ponían música hip-hop.

A la caída de la tarde, ya se estaba arreglando para salir; tenía la cara limpia y afeitada, en la que destacaban sus grandes y penetrantes ojos azules. A sus cincuenta años, se conservaba bastante bien. Estaba hecho un chaval.

—Hijo, ¿vas a salir? —preguntó el abuelo Ángel

—Sí, he quedado con unos amigos para escuchar algo de música. Pero no puedo llegar tarde. Mañana, como siempre, tengo que madrugar. Estaré aquí para las once. Cuidad de los niños —dijo Carlos

—Está bien, hijo. Vete tranquilo. No bebas, por favor.

—Yo dejé el alcohol hace mucho tiempo, papá. Me considero una persona sana. Me voy. Hasta luego.

El local desprendía un olor a vainilla delicioso y las luces empezaron a cambiar a un color distinto. Carlos levantó la vista para hallar a sus compañeros y enseguida los vio que estaban junto a la barra charlando y tomándose algo. Unos cerveza, otros whisky, otros zumo...; había para todo. Él pidió una cerveza sin alcohol.

—¿Qué os parece si nos vamos a aquellos sillones, al lado de la ventana? —sugirió Carlos

—No, estamos aquí bien —dijo uno de sus amigos

—Vale, si quieres vamos los dos. Te acompaño —dijo Mireya—. Además, quiero informarte de algo. ¿Te acuerdas el otro día, cuando nos encontramos en la biblioteca?

—Sí, claro.

—Es que el bibliotecario me dio esto para ti. Por lo visto se te había quedado olvidado en la mesa —dijo Mireya—. ¿Recuerdas?

—¡No puede ser! Mi bloc de notas que tanto he buscado. Menos mal que no había mucho escrito. Seguro que alguien ha visto algunas de las chorradas que he puesto.

—¡Va! No te preocupes —dijo Mireya sonrojándose enseguida—. Además, me dijo que lo cogió prontamente de la mesa

—Entonces, tú sí lo has visto —dijo Carlos un poco disgustado.

—Que no…, era solo para comprobar a quién pertenecía. Además, hay confianza, ¿no? —le dijo tocándole el hombro como signo de entendimiento y lealtad.

El hombre con la chaqueta de rayas

El pobre salió abatido de su última entrevista de trabajo. La buena estrella no le acompañaba últimamente y estaba fracasando en las entrevistas. En esta última cita, con una empresa de limpieza, exigían para su incorporación estar en posesión del título de analista de datos económicos, cosa que él no poseía y, de hecho, para anteriores empleos no le había hecho falta. Dylan alzó la vista hacia el reloj de la iglesia de San Marcos, que marcaba la una y veinte de la tarde, y se acordó de llamar a Gabriela para comer algo en las terrazas del puerto.

—Gabriela, vente ahora, a las dos, si puedes.

—Pero Dylan, con el viento que hace y además va a empezar a llover... No habrá nadie en las terrazas.

—Sí, sí que hay. Están protegidas con las carpas. Anda, vente. No es para tanto —insistió Dylan

—Está bien. Me arreglo un poco y voy para allá —dijo Gabriela, que estaba finalizando un trabajo para la universidad y lo tendría que presentar en breve

Dylan buscó un sitio orientado hacia la playa, concretamente El Sol Griego, donde acostumbraban a ir de vez en cuando. Tenía una figura en forma de olivo a la entrada del comedor, como uno de los símbolos que hacen reconocer enseguida al país helénico. Tenía más cosas que hacían referencia a su cultura y tradiciones, como estatuas de algunos dioses, fotografías y, cómo no, la propia comida, a la que era muy aficionada la pareja.

—Qué pronto has llegado —dijo Dylan

—Pues sí, además es hora de comer algo. ¿Cómo te ha dado por comer fuera, después de la situación en la que nos encontramos?

—Chiquilla, habrá que comer algo, digo yo. Además, una cosa no quita la otra. De vez en cuando hay que darse un capricho. También he buscado un sitio que no sea muy caro, y como nos encanta la comida griega...

—Sí, sí. Si está muy bien. Yo no digo nada.

—Bueno, y cómo llevas tu trabajo —preguntó Dylan.

—Lo estoy terminando. Me quedan un par de cosillas nada más.

—Entonces, una vez que acabes el trabajo, prácticamente tienes terminada la carrera...

—Sí, ya tengo unas ganas de ponerme a trabajar que no sabes bien. Lo que pasa que antes tengo que ponerme a estudiar las oposiciones. Quiero ser funcionaria. Lo voy a intentar, ahora que todavía soy joven y tengo más tiempo.

—Para estudiar no hay edad, Gabriela, pero si estás viendo la oportunidad ahora, pues adelante. Tengo un vecino que triunfó en el trabajo a los cincuenta años. Después de pasar por varios calvarios en su vida, como problemas con la familia y crisis personales de todo tipo, al fin consigue el trabajo de su vida, que no es otro que el de conductor de autobús. Parece ser, según me ha contado, que es el único empleo en el que se ha sentido como un rey. Enseguida me viene a la mente aquella frase crucial para mí de Abraham Lincoln: «Si dispusiera de ocho horas para cortar un árbol, emplearía seis en afilar el hacha». Merece la pena emplear el tiempo en formarse, preparar bien el terreno para desempeñar mejor tu compromiso laboral, conocerte mejor a ti mismo, corregir tus fallos... —dijo Dylan

—Precisamente eso es lo que estoy haciendo. Aunque todavía me queda mucho por recorrer —dijo Gabriela

Mientras estaban comiendo, pasó por allí un extraño hombre con una inclinación hacia delante en la espalda, un poco acusada, una chaqueta a rayas burdeos y azules, el pelo cortado a media melena, un gran mostacho negro y ojos grandes penetrantes del mismo color.

—¿Has visto el tipo que viene por ahí? Qué extraño, ¿no? —preguntó Gabriela

—Sí, la verdad, ese tipo de personas no se ven todos los días.

El camarero, comprendiendo la conversación que tenía la pareja, prontamente se dirigió a ellos.

—Le conozco. Lleva poco tiempo viviendo aquí —dijo el camarero

—Es la primera vez que le veo —dijo Gabriela

—Claro. Sale muy poco. Proviene de una familia aristocrática de Hungría. Heredó una gran fortaleza en su tiempo. En su país se le tiene como una figura importante, ya que cogió toda su fortuna y la repartió entre los más pobres. Bueno, la verdad es que se quedó con una parte importante para instalarse en este país, poder comprarse una gran casa y vivir tranquilo.

—Entonces, se ve que el altruismo le indujo a convertirse en un héroe en su país —dijo Gabriela

—Sí, eso parece. Según cuenta él, claro —dijo el camarero

—Entonces, ¿por qué le daría por venirse aquí? —dijo Dylan

—Según la conversación que tuvimos hace algún tiempo, quería cambiar de aires. Le gustaba viajar y conocer países nuevos. Según me dijo también, este no sería el último país en el que residiría —dijo el camarero

—Bueno, si es esa la causa, está bien. Tiene que ser duro abandonar tu propio país, al que además has ayudado con una buena parte de tu patrimonio y en el que tienes que sentir arropado por tanta gente que se siente agradecida por la gran labor que has hecho —dijo Dylan

—¿Qué profesión tenía allí? Si es que se dedicaba a algo...

—Era médico. Médico cirujano de mucho prestigio, pero en una de sus operaciones cometió un error que le cambió la vida, no solo a él, sino al paciente. Hizo una incisión quirúrgica en una parte del cuerpo equivocada. Era la primera vez que le ocurría, tras muchos años profesión, y eso le llevó a perder un poco el sentido a su vida. El paciente, como es normal, quedó indignado y hecho polvo. Él no quedó en mejores condiciones, así que decidió hacer una buena obra de caridad, jubilarse y salir de su país.

—Vaya, qué historia, ¿no? Así que no quiso intentar seguir con la medicina —dijo Dylan

—No, con la que le estaba cayendo, decidió venirse aquí.

—Bueno, ¿qué van a tomar? Que con la conversación se nos ha ido el santo al cielo.

—Ah, sí, es verdad. Yo quiero una musaka. ¿Y tú? —dijo Dylan

—Queso griego con huevos y crutones de pan —dijo Gabriela

—Muy bien. Después les pido los postres.

***

Al día siguiente, Dylan salió nuevamente a buscar trabajo, como generalmente hacía todos los días, y fue a parar a la recepción de un concesionario de vehículos para entregar un currículum. También debía rellenar un formulario con todos sus datos. Mientras estaba poniendo la fecha de nacimiento se dio cuenta que a su derecha estaba sentada la misma persona de la que habían estado hablando el día anterior en el restaurante griego, que por cierto, no se mencionó su nombre en ningún momento. Sí, aquel personaje extraño de bigote negro y chaqueta a rayas. Estaba leyendo un periódico en el sofá reservado a las personas que vienen a solicitar información.

—Buenos días. Creo que este señor está primero. En cuanto termine estoy con usted. Dígame, señor —dijo la recepcionista del concesionario

—Eh..., yo solo venía a entregar un currículum —dijo Dylan,

adelantándose un poco

—¿Tiene cita concertada? —dijo la recepcionista

—Pues no.

—Entonces tendrá que esperar unos diez minutos a que llegue el jefe de personal.

—Muy bien, gracias.

—Perdone señor, ¿qué deseaba? —preguntó la recepcionista al extraño hombre

—Verá, necesitaría cambiar de vehículo —dijo el extraño señor

—¿Es que ha tenido algún problema o simplemente quiere cambiar?

—Simplemente quiero cambiar. Tengo en mente algo un poco más pequeño. Vivo solo y no necesito un coche tan grande. En Hungría era otra cosa. Estaba con mi familia e íbamos a todas partes juntos. Luego fueron creciendo y se han ido alejando de mi lado poco a poco.

—Claro. ¿Y su mujer?

—Mi mujer falleció cuando mi hijo mayor tenía veinte años. Le dio un ataque al corazón. Era comprensible. Se atiborraba de cosas poco saludables, sobre todo le encantaba todo tipo de carnes con salsas. Le cambiaba la cara cuando le invitaban a alguna barbacoa —dijo el señor extraño

—A ver, ¿me podría decir su nombre? Dentro de unos minutos le

atenderá nuestro comercial.

—Mi nombre es Ferenc Orosz —dijo el señor

El señor Orosz se sentó a esperar mientras hojeaba una revista

—Perdone que me entrometa en sus cosas, pero he estado escuchando y..., bueno..., tengo un tío que tiene el colesterol por todo lo alto. Tampoco se cuida mucho. Cualquier día, Dios no lo quiera, nos puede dar un susto —dijo Dylan

—Es de las enfermedades más universales que hay, qué le vamos a hacer. Todos los excesos son malos —dijo el señor Orosz

—Así que tiene pensado cambiar de coche

—Sí, el que tengo tiene muchos kilómetros encima y ya es hora de cambiar. Además, permítame que le diga un secreto. En una de mis operaciones, no quirúrgicas, precisamente, sino comerciales, recibí cuarenta mil euros falsos en efectivo. No lo entiendo, porque es un banco de mucho prestigio, con el que llevo mucho tiempo trabajando. Lo denuncié a la policía y están investigando el caso. Lo más bonito es que el banco me dijo que no asumía ninguna responsabilidad. Que somos nosotros, los clientes, los que tenemos que revisar con una máquina si los billetes son falsos o no.

—Entonces, ¿qué tiene previsto hacer? —preguntó Dylan

—Mire, quiero deshacerme cuanto antes del dinero. Así que tendré que preparar mi viaje hasta Hungría. Por eso quiero cambiar de

coche. Debo entregar este dinero lo antes posible.

—La verdad es que ha sido una mala gestión por parte del banco, que por cierto, no debe ser de mucho prestigio ni confianza.

—Le doy toda la razón —dijo el señor Orosz

—Señor Orosz, nuestro comercial le está esperando en su despacho. Por ese pasillo, la tercera puerta de la derecha —dijo la recepcionista

Poco después, Dylan entrega en mano el currículum al jefe de personal y este le hace una entrevista. Se queda con él en que ya le llamarían para darle la respuesta. En caso de que la contestación fuera afirmativa, tendría que realizar primero un periodo de prueba de quince días y, si fuera bien, le harían un contrato de tres meses. Dylan salió muy contento y esperanzado. Le dijeron que tendría muchas posibilidades de ser escogido por la formación que poseía y su experiencia laboral, que empezó a adquirir inmediatamente después de terminar sus estudios.

Al salir Dylan del concesionario, sonó la campana de la iglesia dando las once de la mañana y se acordó del compromiso que tenía con Gabriela. Tenían el honor de asistir a una charla en el ayuntamiento sobre la felicidad. Se habían inscrito hace una semana y la idea partió más bien de Gabriela, ya que el tema le venía como anillo al dedo para el trabajo que estaba a punto de finalizar, por tanto, muy acorde con sus estudios de Psicología.

Habían quedado en la puerta del Ayuntamiento a la doce menos cuarto. Había muchísimas personas en la cola, entre ellas, Dylan distinguió enseguida a Elena, la veterinaria, prima de Gabriela.

—¡Elena! Cuánto me alegro verte de nuevo —dijo Dylan

—Sí, la verdad es que me interesa mucho la charla. Debe estar muy bien —dijo Elena

—Hay que ver, prima, ya no quedamos nunca para salir. Parece que estás un poco perdida últimamente. ¿Te pasa algo? —dijo Gabriela

—No, nada. Es que ahora estoy un poco más inmersa en el tema de mi madre biológica. La estoy conociendo poco a poco y, además, tengo más trabajo en la clínica y termino muy cansada. Cuando esté más libre, no dudes, que te llamaré.

—Bueno, ¿por qué no nos describes un poco a tu nueva madre? De repente, dos madres —dijo Dylan

—Prefiero no contar mucho porque en estos momentos estoy empezando a conocerla y no os puedo decir con seguridad cómo es. Aunque como persona, muchos de vosotros a lo mejor la conocéis. Es muy tierna, amigable, servicial, no sé, muchas cosas —dijo Elena

—Yo creo que no le cambiará la personalidad. Tiene que ser una estupenda madre. ¿Cómo se lleva eso de tener dos madres? —dijo Dylan cogiendo las entradas de su bolsillo, porque la charla estaba a punto de empezar y había que ir acomodándose.

—Estoy acostumbrándome poco a poco —dijo Elena

—Oye, ¿en qué crees que os puede ayudar esta charla? Con lo felices que se os ve siempre —preguntó Elena

—¿A nosotros? Más que nada por Gabriela. Como está terminando sus estudios de Psicología, le viene fenomenal —dijo Dylan

—Yo definiría a este hombre que nos va a dar la conferencia como un buen maestro y conocedor de la materia. Me he estado documentando y tiene un currículum impresionante, lleno de másteres, doctorados, trabajos y colaboraciones en todo el mundo. Algo tendrá que contagiarnos —dijo Gabriela

—No te creas, a veces los que presumen de tanto título no llegan al gran público tan fácilmente. Eso va en la persona, no en los títulos —dijo Dylan

***

Dylan y Gabriela salieron satisfechos con la conferencia a la que denominaron charla funcional y provechosa. El ponente, además de ser una persona bastante preparada, tenía una gran habilidad para llegar al público. De origen ruso, Anton Ivanovsky perteneció a una capa de la sociedad un tanto desvalorizada, hasta que con su esfuerzo y la ayuda de su familia logró salir adelante trabajando como vendedor de puerta en puerta en los comienzos, para poder sacarse sus estudios, hasta convertirse en un psicólogo de gran éxito en todo el mundo, sobre todo gracias a sus publicaciones, con las que ha conseguido una gran popularidad.

—El señor Ivanovsky me ha dado varias ideas para añadir a mi trabajo. Estará perfecto. Creo que me darán una buena puntuación —dijo Gabriela

—Ha sido esta una gran ocasión para venir y escuchar a este tipo —dijo Dylan

—No digas «a este tipo». Hay que demostrar un respeto hacia esta categoría de personas.

—A ver, que lo estoy tratando bien. Era una manera de hablar íntimamente entre nosotros.

—Su próxima ponencia será en Bélgica, la semana que viene, con el mismo tema —dijo Gabriela

—Todavía tiene que hacer bastante frío en Bélgica —dijo Dylan

—Lo dices como si fueras a ir.

—Me encantaría. Ya sabes lo que me gusta conocer mundo. Gracias a ello estoy aquí, en esta ciudad, contigo.

—No te podrás quejar —dijo Gabriela

—¿De qué? ¿De la ciudad o de ti?

—Las dos cosas merecen una consideración, pero yo, siendo un ser humano, creo que tengo derecho a algo más.

—Por supuesto. En este caso, las dos cosas hacen un conjunto perfecto —dijo Dylan, dandole seguidamente un cálido beso a su prometida

Mientras iban caminando se escuchaban los sonidos de los altavoces

de los vehículos que iban haciendo propaganda electoral por las calles. Primero eran unos, y después eran otros, representando cada uno a su partido político. En algunas plazas había grandes grupos de personas, simpatizantes o no, que se acercaban por el eco que emitían las organizaciones políticas, que con sus estrategias hacía atraer a una gran cantidad de gente. El suelo estaba algo mojado por las primeras gotas que estaban cayendo. La gente, sin embargo, iba bien preparada de paraguas, por si acaso.

—Si algún periodista de los que hay por aquí te preguntara a qué formación política votarías, ¿qué contestarías? —preguntó Gabriela

—Prefiero no mojarme, así que vamos a hacer un poco de ejercicio, que no hemos traído paraguas —dijo Dylan

—Entonces, ¿no te decantarías por ninguno?

—Es difícil, Gabriela, por eso he dicho eso. Anda, vamos.

El sol dejó de brillar totalmente y el cielo cada vez estaba más oscuro. Dylan y Gabriela empezaron a correr porque el número y tamaño de las gotas de agua era cada vez mayor. Gabriela llevaba en los pies una especie de zuecos que le dificultaban el paso por el suelo mojado, cuantimás si tenía que correr. Los deportivos que llevaba Dylan, por el contrario, hacían que sus pasos fueran más firmes. Todo parecía que se desarrollaba como en una de esas escenas encantadoras de películas de enamorados, intentando buscar un refugio en el que guarecerse mientras se divierten corriendo. Todo ello con un guion un poco estricto y conciso debido a la velocidad que llevaban y a las inclemencias del tiempo. A Gabriela la pusieron perdida más de una vez por el paso acelerado de los coches que salpicaban el agua sin ningún tipo de respeto hacia los viandantes. Al final, pidieron un taxi y se quitaron de

problemas.

***

—Menudo remojón nos dimos ayer, Dylan. Todavía tengo la ropa en el tendedero, sin secar. Con este tiempo tan inestable nunca sabes con lo que te vas a encontrar —dijo Gabriela, mientras se acercaba la cuchara rebosante de yogur griego que se había pedido para postre

—Sí, además fuimos víctimas de la mala educación de algunas personas. Por ejemplo, los coches que pasaban sin ningún miramiento y los tropezones de la gente que corría, intentando llegar lo antes posible a casa —dijo Dylan, que se había abrasado la lengua momentos antes con el gemistá que había pedido y que ahora lo estaba intentando arreglar con el helado

—¿Sabe, camarero? Ayer vi en el concesionario de la calle Tropa al tipo este raro del que hablamos el otro día aquí.

—Ah, sí. El señor Orosz, Ferenc Orosz. ¿Y qué?

—Bueno, me dijo que estaba allí porque quería cambiar de coche para viajar a Hungría porque tenía que entregar un maletín que le habían dado con billetes falsos.

—¿Que le habían dado? ¿Quién? —preguntó el camarero

—El banco —dijo Dylan

—Cada vez me gusta menos la conducta de este hombre —dijo el camarero—. El otro día me dio más datos sobre su vida. Me dijo que había sido contrabandista antes de casarse y que se lo ocultó a su mujer durante el tiempo que duró su matrimonio. Me dice unas cosas...

—No sé hasta qué punto puede ser verdad todo lo que dice. Con tipos así, ya se sabe... Lo mismo puede ser verdad, o no. Lo mismo puede ser la cosa mucho peor de lo que es... No me fío nada —dijo Dylan

—Quién sabe, a lo mejor es un delincuente que tiene su ruta establecida y ahora ha venido a parar aquí a hacer de sus fechorías —dijo Gabriela

—En mi opinión es un pobre tipo que a lo mejor no tiene dónde caerse muerto —dijo el camarero

—Pero si viene mucho por aquí, no podrá estar muy mal de dinero —dijo Gabriela

—Sí, pero a saber de dónde saca ese dinero —dijo Dylan

—Pero hay otro dato importante que no he dicho —dijo el camarero

—Cuente, cuente —dio Gabriela, cada vez más metida en el misterio de este señor

—No sé si alguna vez os habréis dado cuenta, pero se ha hecho con una vestimenta exactamente igual a la tapicería de mi comedor. En más de una ocasión no he podido localizarle con facilidad, si no es porque me llama en voz alta y porque me estoy acostumbrando.

—Claro, a lo mejor es que quiere pasar desapercibido a alguien que viene al mismo restaurante —dijo Gabriela

—Camuflarse por algo —dijo Dylan—. En fin, tipos raros hay en todas partes. Nos vamos, amigo. Queremos ir a la presentación del libro de Bernardo Belloni. Es sobre poesía. ¿No has leído nunca nada de él? Hace unos versos espectaculares y manifiesta muy bien los sentimientos y emociones, sobre todo en lo referente a la vida en general. Te lo recomiendo.

—Gracias, amigos. ¡Hasta la vista!

De camino a la presentación, a Dylan le suena el teléfono.

—Es del concesionario. Me han aceptado para el trabajo —dijo Dylan todo ilusionado

—¡Estupendo, enhorabuena! ¿Cuándo empiezas? —preguntó Gabriela

—Tengo que estar mañana a las nueve.

—Pues que tengas suerte, cielo.

Índice

Prólogo 7

Cosecha de ciruelas 9

Amigas incondicionales 23

Matilda tiene nueva mascota 39

Desvelando incógnitas 51

¿Quién llama? 67

Nuestra misión en la vida 81

Novedades 95

Dylan no puede más 111

La tarde venía fresca 125

Lo que Eloísa no se esperaba 139

Alarma en el puerto 153

El hombre con la chaqueta de rayas 167